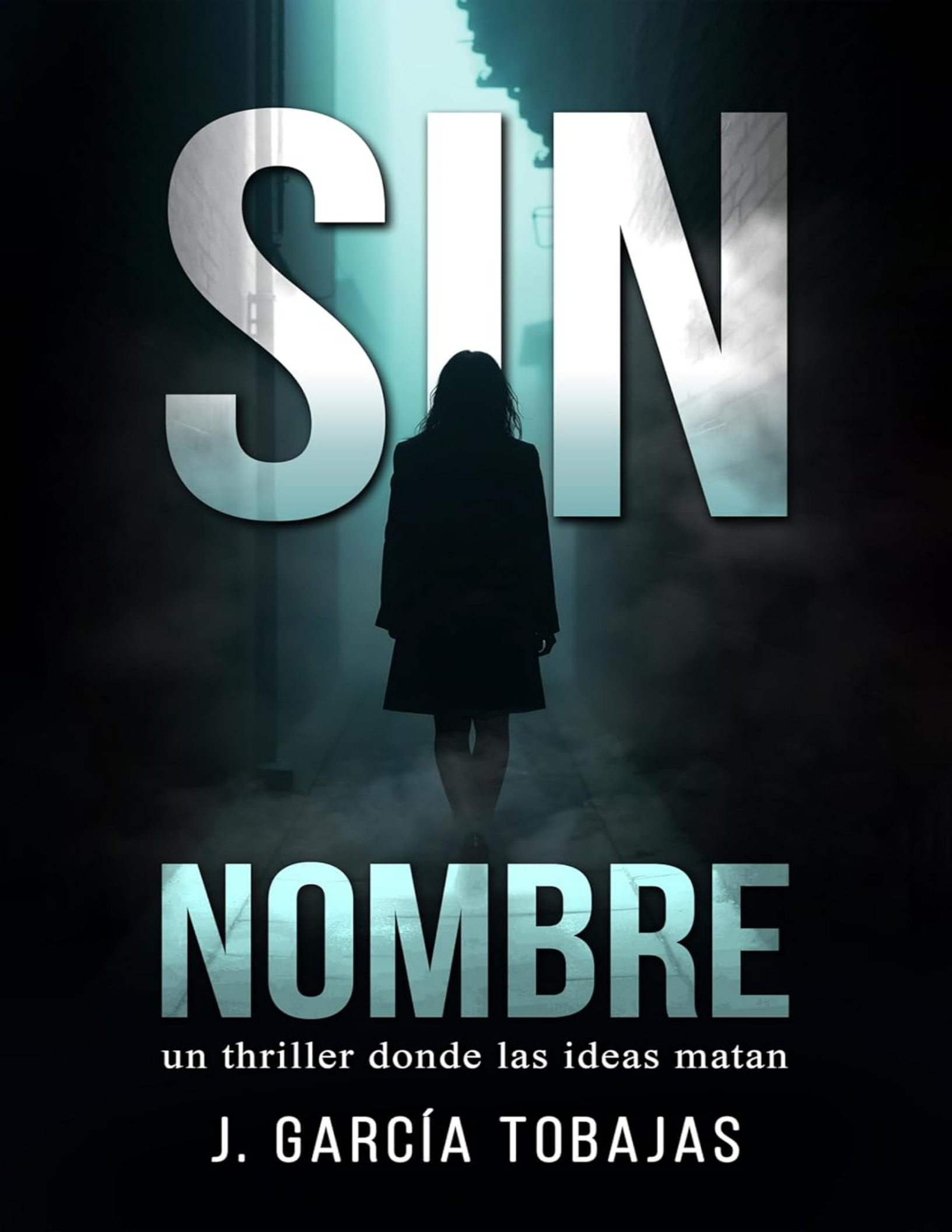

SIN
NOMBRE
un thriller donde las ideas matan
J. GARCÍA TOBAJAS

SIN NOMBRE

un thriller donde las ideas matan

JORGE GARCÍA TOBAJAS

Copyright © 2025 Jorge García Tobajas
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798285535171

Escribo lo que me gusta leer.

Espero que también te guste.

Índice

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete

Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno

UNO

Viernes, 16 de febrero de 2024. 01:30 a. m.

Hay noches en las que el mar envía la niebla hacia la tierra; era una de esas, y una nube con cuerpo de bruma se deslizaba por cada rincón del barrio de pescadores de Tarragona.

Era una noche extrañamente fría. La humedad atravesaba la ropa y la piel hasta calarse en los huesos.

La noche olía a sal, ese olor salado que se cuela en la nariz y llega casi al cerebro, ese olor que solo se puede sentir a la orilla del mar.

Unos minutos antes, en un callejón estrecho atrapado entre edificios viejos y empobrecidos, un hombre con barba y mirada cansada intentaba dormir.

Buscaba refugio en la oscuridad, tumbado sobre unos cartones y tapado con unas mantas sucias y maltratadas por el tiempo. La mayoría no sabía su nombre, para unos pocos era *el Cojo*.

Las farolas arrojaban una luz tenue y amarillenta sobre el suelo.

Una figura ágil había surgido de la sombra como una aparición. A contraluz era apenas perceptible, difuminada. Proyectaba una larga sombra.

El Cojo tardó unos instantes en reconocer a la figura que se acercaba, pero, cuando lo hizo, se tranquilizó. Habían compartido

algún cigarro después de haberle dado algo de comida, o unas monedas.

—¡Buenas noches! —saludó el *Cojo* con una voz ronca. Intentaba dibujar una sonrisa que le salió torcida.

—¿Qué tal, amigo? —respondió con una calidez que parecía genuina, mientras se acercaba al hombre—. ¿Todo bien por aquí? ¿Necesitas algo?

El *Cojo* asintió con la cabeza. No era muy amigo de aceptar ayuda; prefería pedir durante el día y sobrevivir con las pocas monedas que recibía, pues lo entendía como un trabajo. Pero aquella noche era especialmente dura y aquella visita le alegró. Esa noche tendría un poco de compañía, al menos durante un rato.

La figura se acercó con una sonrisa en la cara y, después de meter la mano en una bolsa gris, sacó un bocadillo y se lo ofreció. Aprovechó ese instante de confianza, una droga que nubla la razón y hace perder el miedo para colocarle al viejo una bolsa en la cabeza.

El Cojo experimentó un frío repentino en el cuero cabelludo y, antes de poder reaccionar, una mano ágil cerró una bolsa de plástico herméticamente alrededor de su cuello.

Una brida de plástico chirrió al tensarse, presionando la bolsa contra el cuello de ese hombre. La mano de la figura, firme y decidida, sujetaba la bolsa con fuerza, marcando el punto y final de esa vida.

Ciego y asustado sentía que se ahogaba; sentía cómo su respiración colmaba el aire de la bolsa. Era incapaz de reaccionar, incapaz de librarse.

El pobre desgraciado luchaba por respirar, el aire se había convertido en algo inalcanzable.

Sus pulmones ardían, sus ojos se desorbitaron en la oscuridad, y su cuerpo se retorcía en una silenciosa agonía. Sus manos arañaron

el plástico, intentando en vano romper la barrera que lo asfixiaba.

La lucha fue breve y pronto sus movimientos se volvieron espasmódicos y descoordinados hasta que el cuerpo quedó inerte.

La figura permaneció inmóvil durante unos segundos mientras mantenía la presión sobre la bolsa, quería asegurarse de que no quedaba rastro de vida en el cuerpo del mendigo. «Solo unos segundos más. Solo tengo que aguantar un poco más.»

Cuando el verdugo estuvo convencido del final, cortó la brida asegurándose de no dejar ninguna marca y la guardó en el bolsillo. Tiró de la bolsa con firmeza y entonces se descubrió la cara desencajada del Cojo.

Sus miradas se encontraron por un instante; sin embargo, no sintió nada. Ni remordimiento ni lástima. Guardó la bolsa como quien guarda un pañuelo en el bolsillo.

El corazón volvía a caminar, recuperaba su ritmo habitual; notaba cómo los latidos se relajaban. Hasta hace un momento había sentido un golpeteo rápido dentro de su pecho que ahora se había transformado en un tibio temblor en sus manos.

Lo había hecho siguiendo el plan que había trazado, según lo previsto, sin precipitarse y siguiendo los pasos necesarios para no dejar ninguna pista. La obsesión era no cometer errores. Pasaban unos minutos de la una de la mañana.

Dejó el cuerpo en el suelo, limpió cuidadosamente la baba que le resbalaba por la comisura de los labios y le colocó los brazos de forma que pareciera que se había quedado dormido. A continuación, le situó la mano derecha sobre el pecho y la izquierda pegada al cuerpo.

Se detuvo un momento, observó el cuerpo y el lugar desde varios ángulos. Dio un último vistazo para asegurarse de que la escena parecía un simple accidente.

Aún llevaba los guantes puestos. Tenía la brida y la bolsa en el bolsillo; debía tirarlo todo por separado, cada cosa en un contenedor.

La oscuridad envolvió de nuevo a la figura mientras se alejaba por el callejón. Dejaba atrás el cuerpo inerte del hombre al que, unos minutos antes, había llamado amigo. Caminaba con orgullo. El aire parecía más ligero ahora, menos frío. Una idea se apoderó de sus pensamientos: «Uno menos.»

DOS

El día estaba despertando al mismo tiempo que la niebla se levantaba y clareaba el amanecer.

Se adivinaban las primeras luces rasgando el horizonte.

Un joven de unos veintitantos años, con el pelo revuelto y ojeras que delataban una mala noche, caminaba distraído calle abajo. Tenía la mirada clavada en el móvil, avanzaba con el piloto automático. Justo al cruzar el pequeño paso en forma de túnel que salva las vías del tren giró a la derecha.

Se llamaba Marc y era camarero en una pequeña taberna. Su turno empezaba en media hora, pero le gustaba llegar con tiempo para prepararse un café y hojear los periódicos.

Avanzó unos metros más y observó la imagen de un hombre tirado en el suelo. No era habitual, pero tampoco era nada extraordinario, y pensó que era un indigente aún dormido. Al acercarse unos pasos más notó algo que le hizo frenar en seco, como si hubiera chocado contra un muro invisible. Un detalle le pareció fuera de lugar. No sabía si era el olor que despedía, intenso y agrio, la postura del cuerpo o el silencio absoluto que se percibía. Lo miró y vio la palidez azulada de la cara.

El corazón de Marc se desbocó, latiendo con fuerza. Se acercó al indigente, le golpeó en la pierna con su pie, pero no tuvo respuesta.

Le gritó para despertarle, pero solo consiguió asustar a las palomas, que alzaron el vuelo espantadas. Ese hombre no reaccionó.

No había duda.

Le temblaban las manos. ¿Qué debía hacer? Con la voz entrecortada por el nerviosismo, marcó el número de la policía local. La voz al otro lado del teléfono sonaba impaciente.

—Guardia Urbana de Tarragona, ¿dígame? —preguntó la mujer al otro lado del teléfono.

—Hay… hay un hombre... —balbuceó Marc, sin poder articular las palabras—. En la esquina de la calle Sant Andreu… Creo… Creo que está muerto…

—Entendido, calle Sant Andreu. ¿Nombre del alertante? ...Bien. Una patrulla está en camino. No toque nada y permanezca en el lugar hasta que lleguen

La llamada se cortó y Marc se quedó ahí, temblando y paralizado por la escena que tenía delante. Esperando, tal y como le habían ordenado.

Exactamente dos minutos después una patrulla de la policía local llegó al callejón con las sirenas apagadas.

Los agentes eran dos hombres jóvenes, con aspecto serio y cansado; se acercaron al cuerpo con cautela. Su mirada se cruzó con la de Marc, que permanecía aturdido en la entrada del callejón, observando la escena como si fuera una pesadilla. Uno de los agentes se acercó al cuerpo, dudó unos instantes antes de tomarle el pulso en el cuello y luego miró a su compañero con un gesto grave.

El policía cogió la emisora y avisó por radio a comisaría para confirmar la muerte de ese hombre; no tardaron en pedir la presencia de los Mossos d'Esquadra.

El tiempo pareció ralentizarse. Aunque aún era temprano, el sol empezaba a remontar y el cielo cambió a un tono azul oscuro; el

tráfico de la mañana comenzaba a sonar a lo lejos. Una patrulla de los Mossos, con el inconfundible coche, irrumpió en el callejón.

Bajaron dos agentes y, tras conversar brevemente con la Guardia Urbana, tomaron el mando de la situación: acordonaron la zona y cerraron la calle. Le hicieron las primeras preguntas a Marc, pero poco pudo decirles.

Enseguida, con la voz todavía agitada por el descubrimiento, uno de los Mossos se comunicó por radio con la central, informando de la situación y solicitando la presencia del Área Central de Investigación de Personas (ACIP) de los Mossos d'Esquadra.

La respuesta no se hizo esperar y desde la central, alertada por la gravedad del aviso, se activó el protocolo de investigación.

Las muertes de personas sin hogar siempre generaban incomodidad, no solo por la crueldad del acto, sino también por la dificultad que entrañaba la investigación. Era bastante normal que la identificación fuese lenta, porque muchos no tenían ni documentación, ni familiares que los reclamasen o echaran de menos. Muchas veces se convertían en casos sin cerrar más tiempo del necesario.

El tiempo transcurría despacio; la espera y un murmullo lejano reinaban en el callejón.

Una decena de curiosos se agolpaban junto a la cinta policial con la esperanza de ver algo con lo que alimentar los corrillos de vecinos; el rumor había corrido por el barrio. Entre los curiosos estaba Ramón, uno de los mendigos de la zona. Era un veterano y conocía al muerto, enseguida supo quién era.

Se conocían hacía tiempo y habían pasado muchos ratos juntos, sobre todo al atardecer, mientras buscaban el mejor lugar para pasar la noche.

TRES

El día había despertado rápidamente, el sol ya se había elevado sobre el horizonte y su luz había transformado el mar en una manta de color gris azulado.

Unos veinte minutos después de la llamada a la central, un Seat de color gris entró en la calle y se acercó lentamente a la escena. Se detuvo y, segundos después, bajó una mujer joven.

Al bajar del coche, hizo un repaso visual de toda la escena girándose sobre sí misma; al acabar, se dirigió hacia los Mossos que la esperaban y se identificó como Paula Sardà, sargento del Área Central de Investigación de Personas (ACIP). La conocían de sobras, pero no le gustaba saltarse ningún paso; siempre pensaba que los atajos provocan errores.

—Sargento Sardà, al mando de la investigación —se presentó con voz firme—. ¿Cuál es la situación?

Uno de los Mossos le explicó lo que sabían: un chico había encontrado el cuerpo de camino al trabajo, que había visto algo extraño y, al acercarse, se dio cuenta de que estaba muerto y llamó a la policía.

Paula escuchaba con atención, asintiendo con la cabeza mientras tomaba notas en una pequeña libreta. Luego se dirigió hacia el cadáver, deteniéndose a unos metros, como si temiera perturbar el descanso del fallecido. No era especialmente aprensiva y por desgracia había visto ya demasiados muertos en los últimos años.

Era algo que no se había planteado cuando decidió solicitar el acceso en el cuerpo de investigación, conocía algunos compañeros que no habían sido capaces de gestionarlo y habían dejado la unidad al poco tiempo de entrar…

—¿Habéis tocado algo? —preguntó Paula. Siempre era escrupulosa con los procedimientos.

—No, sargento. Hemos acordonado la zona y no hemos tocado nada más que lo estrictamente necesario —respondió uno de ellos.

—Bien, perfecto —Paula hizo un gesto con la cabeza a los agentes del ACC —. Venga, ya podéis empezar.

El equipo forense se puso manos a la obra con una precisión milimétrica: lo llevaban en su ADN. Paula los conocía a todos y admiraba la forma en la que se movían, el modo en que cumplían las acciones una detrás de otra sin saltarse ninguna, convencidos de que cualquier error podría contaminar las pruebas y perder información valiosa en la investigación. Paula supervisaba, los observaba en cada detalle con mirada atenta unos metros por detrás, disfrutaba viéndolos trabajar.

Al mando de todo el equipo forense estaba Elena; llevaba varios años ya trabajando en Tarragona y era una profesional excelente. Los investigadores confiaban en ella y sabían que si había algo raro en una escena o en un cuerpo ella lo encontraba. Elena era una mujer morena, rellenita y con la cara redonda. Era amante del negro, del color negro que siempre usaba en su ropa y del humor negro. Sus ocurrencias ponían de los nervios a todos sus compañeros, era capaz de hacer humor hasta en medio de la escena más macabra, pero nunca perdía la concentración.

Elena se acercó al cuerpo del mendigo provista de guantes de látex, gafas y mascarilla. Con extremo cuidado giró la cabeza del muerto revelando un rostro pálido, azulado y congestionado de la víctima. Enseguida le llamaron la atención las petequias, unas pequeñas hemorragias con forma de punto que se dibujaban en su

piel, fueron la primera confirmación de la causa de la muerte. Repasaba mentalmente: «Aparecen en las muertes por asfixia, indican un aumento de la presión venosa… Podía haber más causas, pero eran especialmente típicas en esos casos…»

Otro técnico tomaba fotografías desde distintos ángulos, capturando hasta el más mínimo detalle del escenario del crimen.

Mientras tanto, un tercer agente, con una linterna forense, examinaba la zona buscando cualquier rastro que estuviera oculto entre la basura. La causa parecía clara, pero había que seguir el procedimiento.

Paula se acercó a la entrada del callejón. Allí esperaba Marc, seguía sentado inmóvil, todavía intentando asimilar la imagen que se había encontrado esa mañana. Era la primera vez que veía un muerto y los vómitos le trepaban hasta la boca y tenía que hacer esfuerzos continuos para retenerlos. Tenía la mirada perdida.

Ella se puso en cuclillas delante del chico y enseguida notó el temblor y las náuseas en su cara. El olor a bilis escapaba de su boca al hablar. Cruzaron unas palabras, Marc seguía en shock, y Paula enseguida supo que sacaría muy poco de él.

Solamente era el desafortunado que había encontrado el cuerpo; había sido el primero en pasar por allí esa mañana, solo eso. Ese chico no olvidaría ese día.

Paula lo miró con empatía e hizo un gesto a uno de sus agentes para que lo acompañara a la comisaría para tomarle declaración.

Todos los compañeros de Paula decían que era muy seria, demasiado estricta, y eso le había costado ya más de una discusión, sobre todo con los más veteranos.

Ellos tenían otra forma de verlo, eran más prácticos, se relajaban más con las normas. Ella no lo soportaba. Aún era joven, una chica morena que apenas acababa de cumplir los treinta y ya ocupaba un puesto de responsabilidad en el cuerpo de los Mossos.

La ecuación era sencilla: una mujer joven y profesional. Tenía que haber tiranteces; ya le había tocado plantar cara a alguno de los veteranos cuando le habían hecho comentarios fuera de lugar.

Siempre había querido ser policía, desde que jugaba en la calle de su pueblo. Un lugar pequeño, situado en la provincia de Lleida. Había estudiado derecho, pero en su cabeza siempre estuvo la idea de entrar en los Mossos, no le había resultado difícil.

Era buena estudiante y las pruebas teóricas no fueron un obstáculo. Tampoco la parte de exámenes físicos, no era una atleta, pero su constitución delgada y el hecho de haber practicado deporte desde pequeña hicieron que unos meses de entrenamiento fueran suficientes.

Desde que había ingresado en el cuerpo tuvo claro en qué sección quería estar. O más bien donde no quería estar: no quería tráfico, ni asuntos básicos de vigilancia ciudadana. Quería ser importante, dedicarse a casos importantes; a veces pensaba que se debía a la influencia de la televisión en la que se muestran a esos policías que resuelven casos muy complicados como por arte de magia. Con el tiempo había aprendido que no era así, que no había magia, ni trucos, y que únicamente seguir el método daba resultados. Seguir el método y trabajar duro, y a eso se dedicaba todos los días.

Se despidió de sus compañeros y volvió a comisaría. Estaba muy cerca de allí, en un barrio cercano a las afueras de la ciudad. No eran más de 10 minutos en coche.

Durante ese día tocaría hacer papeleo, era necesario, intentar localizar alguna cámara o algún testigo que les ayudara a tener algo más de información. Era difícil, en ese callejón apenas había negocios que vigilar y dudaba que alguien se metiera en líos por un mendigo. Había que esperar a la autopsia. Ahora solo quedaba seguir el rastro y esperar a que el muerto hablara.

CUATRO

La estrecha carretera comarcal serpenteaba a gran velocidad, iluminada por los faros del coche mientras él hundía el pie en el acelerador; sin embargo, Marcos parecía estar cada vez más lejos.

En los altavoces del coche sonaba lo mismo sin parar. La agonía sonora de su compañero segundos antes de morir ocupaba todo el espacio y le envolvía hasta hacerle sentir el peso. Era un lamento de dolor que se repetía en un bucle interminable, solo se interrumpía cuando una voz le culpaba de la muerte de Marcos, entonces volvía a empezar.

El sudor frío le despertó. Cuando se incorporó en la cama, aún podía escuchar el eco de lo que su mente traumatizada le recitaba.

La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por la luz difusa que se filtraba por la ventana. Miró su reloj, eran las ocho de la mañana del 17 de febrero. Ese dato le sirvió para ubicarse, para anclarlo a la realidad.

No era capaz de vivir tranquilo, no era capaz de dormir sin tener pesadillas. Desde la noche en que murió Marcos había discutido con los pocos amigos que tenía, se había enfrentado a todos los que querían ayudarle.

Estaba obsesionado. Todo se había precipitado en los últimos dos meses: el inicio del caso, las primeras complicaciones, los retrasos en la investigación por culpa de la burocracia. Marcos y él investigaban un caso de asesinato en un pequeño pueblo, aquel

caso se complicó y no pudieron evitar dos muertes más. Y una de esas muertes fue la de Marcos.

Sentía que había sido culpa suya, le había mandado al matadero únicamente para avanzar, para tensar la cuerda, anteponiendo su orgullo de policía a la seguridad de un compañero.

Seguía pensando que podía haberlo resuelto antes de no haber sido por la burocracia, los formalismos lo habían retrasado todo. Se lo había echado en cara a sus superiores. Quizás discutir con los demás era una huida, un lugar en el que esconderse de sus remordimientos, de su culpabilidad.

Enseguida lo tuvo claro, quería marcharse de allí. Alejarse de las trabas que le habían hecho precipitarse. Decidió dejar la policía. Cambiar de aires por completo, darle un giro a su vida.

Dejó la ciudad en la que vivía y volvió a Tarragona buscando refugio.

Era de allí, allí se había criado, y además, le había surgido una oportunidad. Aún conservaba el piso en la calle Santa Ana, en el que había vivido con sus padres casi hasta los dieciocho, hasta que se mudó por culpa del trabajo de su padre.

Había llegado a la ciudad la tarde anterior y había ido directo al piso, le costó distinguir el edificio; no era como lo recordaba, había envejecido.

Habían pasado casi veinte años desde la última vez y habían hecho mella en la fachada. La calle sí que estaba igual que en sus recuerdos, era gris y estrecha con edificios a cada lado completamente mimetizados en el casco antiguo de la ciudad. Iba de la Plaza del Rey a la Plaza del Foro.

Por el camino volvió a sentir la opresión en el pecho que lo atenazaba cada día desde aquella noche. El ajetreo y las voces festivas de los turistas rompían el equilibrio inestable de su tranquilidad.

Había muchos turistas, demasiados, agolpados en aquellas pequeñas plazas en las que había jugado de pequeño y a las que había vuelto para refugiarse.

Le costó abrir la puerta, la llave se resistió hasta que un chirrido metálico la convenció.

El piso le recibió oliendo a humedad y a tiempos pasados. Las paredes húmedas mostraban cómo la soledad les había hecho daño. Lo recordaba más grande y más alegre, entonces no estaba solo.

De vez en cuando enviaban a una persona de confianza para que lo abriera, entrara un poco el aire y limpiase lo más urgente, pero la falta de uso se notaba. El frío de esa noche no ayudaba, no se sintió como esperaba. Esperaba sentir el calor del hogar, pero no lo encontró.

Se esforzó en ahuyentar esos pensamientos, no quiso darle más vueltas, así que puso sábanas limpias en la cama de matrimonio y se acostó. Había sido un viaje largo y estaba cansado y triste.

CINCO

Para despejarse, se dio una ducha rápida y fría maldiciendo al calentador, que estaba estropeado. Por un instante se vio a sí mismo de niño en esa misma ducha, gritando cuando la bombona de gas butano se terminaba y el agua caía helada. Tenía que arreglarlo cuanto antes. Se puso ropa cómoda y bajó a desayunar.

Entró en el primer bar que vio abierto: un bar de esos pequeños, que han vivido miles de historias de los vecinos, oscuro y con el persistente olor a cocina. Pidió un café con leche y cogió el periódico local. Sonrió al verlo: hacía años que no leía el *Diari de Tarragona*.

Mientras hojeaba la prensa, no pudo evitar escuchar la conversación de un par de clientes que estaban a su espalda.

—Oye, ¿te has enterado de lo del mendigo? —preguntó una voz a su espalda—. Dicen que lo encontraron tieso en el Serrallo.

Pol bajó un poco el periódico de forma instintiva, intrigado.

—Sí, esta mañana… en la radio —respondió otra voz—. ¿Se lo han cargado, o qué?

—Pues no sé… —dijo el primero—. A saber... Con esos, no creo que se calienten mucho la cabeza, ya te digo

Pol frunció el ceño. Apretó los labios, a punto de intervenir, a punto de decirles que para la policía todos los casos eran importantes. Pero se contuvo. En el fondo pensaba que quizás no era del todo cierto.

Apuró su café antes de que se enfriara y salió del bar. Esa mañana tenía varios recados por hacer y, además, quería dar un paseo por la ciudad.

***

Aún no eran ni las nueve y Paula llevaba ya un rato en comisaría. Hacía frío esa mañana y, aunque llevaba el pelo corto, no secárselo antes de salir de casa había sido una mala idea: el aire helado la había golpeado al salir a la calle.

No prestaba especial atención a cuidarse; era una mujer llamativa, sin ser especialmente atractiva, y el pelo corto hacía destacar unos grandes y brillantes ojos negros. El no usar maquillaje no le restaba encanto; ser morena era una ventaja, o eso le decían siempre sus amigas.

Iba a ser un día ajetreado: tenía que poner en orden los pocos datos que tenía de la muerte del día anterior. Preguntaría a los forenses si tenían alguna información sobre la causa de la muerte. Después de que ella abandonara la escena, los técnicos continuaron su trabajo y, un par de horas más tarde, el juez ordenó el levantamiento del cadáver, que fue trasladado a la unidad forense para la autopsia.

Había abierto el caso en el sistema informático; cada caso tenía un expediente en el que se iba acumulando toda la información al respecto. Sin embargo, ella mantenía sus notas en papel, todo apuntado en una pequeña libreta que jamás olvidaba en ningún lugar: siempre la tenía encima.

Repasó sus notas: «Mendigo aparece muerto, parece asfixia. Descubre el cuerpo un camarero de camino al trabajo. No parece que sepa nada importante. Esperar informe forense»

Llamó a los forenses.

—¡Bon dia! Soy Paula. ¿Tenéis algo ya? —preguntó, forzándose a sonar más amable de lo que le apetecía.

—¡Hola! Qué va, aún no tenemos nada… Es evidente que murió asfixiado, pero no sabemos aún cómo fue.

—¿Cuándo crees que tendréis algo? Ya sabes que estas cosas siempre urgen. ¿Sabemos ya quién era? ¿El nombre?

—No, tampoco… Te puedo decir que tenía una tarjeta de *Tots iguals*. Sé que es un grupo de voluntarios de aquí, de la ciudad. No llevaba ninguna identificación.

—Vale, envíame una foto por *mail*. Iré a ver si lo conocen.

—Enseguida te la paso.

SEIS

Poco después de las once de la mañana, Pol salía de un elegante edificio de oficinas situado en la parte alta de la Rambla, la arteria principal de la ciudad.

Después de decidir dejar la policía, tuvo que plantearse qué venía después. Sí, tenía algo de dinero ahorrado para tirar unos meses, pero debía trabajar en algo. Además, necesitaba estar ocupado: era la única forma de no pensar continuamente en aquella noche.

Después de barajar algunas ideas, se decidió por una: quería seguir investigando, trabajaría como detective privado. Pensaba que era lo más lógico.

Pronto descubrió que su experiencia como policía no era suficiente. La ley había cambiado y los investigadores privados estaban muy regulados; antes de poder hacerlo, debía convalidar los estudios de criminalística y la experiencia que tenía.

Por suerte, todos esos años en la policía le habían proporcionado algunos contactos. Hizo un par de llamadas a algunos conocidos, reclamó algunos favores que le debían y, enseguida, tuvo la solución.

Podía trabajar como colaborador de un investigador titulado —la ley lo permitía— y un buen amigo le había encontrado un puesto precisamente en Tarragona.

Era una agencia local de poca monta, pero le serviría para ganar algo de dinero y aprender cómo funcionaba el mundillo hasta poder

establecerse por su cuenta.

No le pagarían mucho, pero tampoco lo necesitaba por ahora.

Había acudido puntual a la cita con el jefe de la agencia, el señor García: era un hombre mayor, vestido de manera anodina con un traje de color gris claramente pequeño para su anchura y viejo para ser de esta temporada. Se peinaba hacia atrás para ocultar una evidente calvicie, pero no lo conseguía.

En la oficina se habían puesto al día con una charla cordial. Su nuevo jefe era una de esas personas que hablan mucho y muy rápido, de las que les llevar las riendas de la conversación. A Pol no le importaba; no le hacía sentirse especialmente cómodo, pero aquello no era realmente malo.

—Vienes bien recomendado, chaval, ¡canela fina! —dijo García, inclinándose hacia adelante con una sonrisa amplia—. Y la verdad es que me vienen de perlas un par de manos aquí, ¡que no doy abasto!

—Espero poder aprender el tiempo que estemos juntos. Gracias por la oportunidad —respondió Pol con una sonrisa educada.

García —así le gustaba que lo llamaran— le explicó el tipo de trabajos que solían hacer allí.

Insistió varias veces en que en aquella ciudad nunca pasaba gran cosa y que lo más habitual era vigilar a los cónyuges que se tomaban ciertas libertades.

—¡Ay, estas libertades! ¡Qué cosas! —Se rio al decir lo *de las libertades*, haciéndose gracia a sí mismo.

—Aparte de eso, chaval, algún pequeño robo, temas de trabajadores que fingen bajas en el trabajo... Pero vamos, nada del otro mundo. ¡Cosas sencillas del día a día! Aquí estarás más tranquilo que un cura en un confesionario, te lo digo yo.

—Ya le digo, será perfecto para aprender.

—A ver, no disimules. Sé de dónde vienes, y tú ya vienes aprendido de casa. Bueno, creo que con esto ya vas servido —dijo García, soltando una carcajada—. ¿Qué te parece empezar el lunes?

—El lunes es perfecto —respondió Pol con una sonrisa, deseando que terminara la reunión.

—¡Dicho y hecho! El lunes a primera hora, ¡nos vemos aquí! —García se levantó de su silla y le extendió la mano—. ¡Pasa un buen fin de semana, chaval! Y... ¡si puedes, tómate esas libertades! —volvió a reír, encantado con su ocurrencia.

SIETE

Prácticamente a la misma hora que Pol salía de la agencia, un poco antes del mediodía, Paula aparcaba su coche en la calle San Lorenzo, muy cerca del local de una ONG local llamada Tots Iguals.

Antes de ir, se había informado un poco. Era un grupo local de voluntarios que se dedicaban a ayudar a personas sin hogar.

Principalmente les proporcionaban comida, ropa de abrigo y algo de ayuda para hacer papeleo. Tenían un local en el casco antiguo de la ciudad, cedido por el arzobispado, y recibían alguna subvención del ayuntamiento.

Nada más llegar se dio cuenta de que tenían muchos usuarios, más de los que ella hubiera imaginado.

Junto a la puerta de entrada había más de una decena de personas, en su mayoría hombres, esperaban en fila. Pacientes, taciturnos, mustios.

Aunque seguramente todos se conocían, no hablaban entre ellos.

Paula se acercó a la puerta de entrada; tuvo que atravesar la fila bajo la curiosa y callada mirada de ellos. Pudo sentir cómo la escrutaban al pasar.

Al entrar, se encontró con una chica joven, alta, de constitución fuerte y con no más de veinticinco. La recibió saludándola con la mirada.

—Buenos días, soy Paula Sardà, sargento de los Mossos d'Esquadra —se presentó, al tiempo que mostraba su placa de identificación.

—Buenos días, ¿qué necesita?

—Quiero hablar con algún responsable de la organización. Estamos investigando una muerte que ocurrió hace un par de noches.

—Sí. Nos hemos enterado —hablaba con entereza pese a la noticia, casi fría. Tenía una llamativa libélula tatuada en su cuello —. Nadie lo echará en falta; es triste, pero es así.

Los ojos de Paula no pudieron disimular la sorpresa y se clavaron en la chica. —¿Cómo? ¿Sabéis quién era?

—Otro de los chicos nos lo dijo, todos se conocen. No por los nombres, claro, pero sí por los apodos. Todos tienen uno.

—Y… ¿puedes decirme su nombre? Aún no lo hemos encontrado en la base de datos; tardará un rato.

La joven se levantó y recorrió con paso rápido un pasillo hacia el interior del local. Al cabo de unos pocos segundos, volvió a aparecer, ya de vuelta. Con una sonrisa más diplomática que real en la cara, invitó a Paula a cruzar ese pasillo.

—Al fondo le espera Ada, es la coordinadora de todo el grupo. El señor Sancho no está; él es quien creó esto. Es el verdadero jefe, es el mejor. Tiene una visión muy clara de cómo deberían ser las cosas. El resto… seguimos su ejemplo.

Al hablar de Josep, la chica recordó aquellas tardes en las que, desde su habitación, oía charlar a su padre y a Josep durante horas. Aquella forma de hablar: sobre la sociedad, sobre las diferentes clases y aportaciones; aquella capacidad de expresar sus ideas siempre la había cautivado. Entonces aún era una adolescente.

Paula notó la ausencia momentánea de la chica, pero asintió y, después de mirar atrás, vio cómo había aumentado la fila de indigentes por su interrupción. Sintió una punzada de vergüenza.

Atravesó el pasillo mientras el rumor de la calle se alejaba; al final del mismo, se encontró una puerta cerrada.

El cartel indicaba: Coordinación.

Golpeó los nudillos contra la puerta, con firmeza, dos veces. Se oyó una voz que la invitó a pasar.

—Buenos días. Soy Paula Sardà, del Área Central de Investigación de los Mossos. Estamos investigando la muerte de una persona.

—Hola, Paula, soy Ada. Ada Camps. Encantada de conocerte, aunque no son las mejores circunstancias —el saludo sonó educado, agradable—. Supongo que será por el Cojo; Ramón, otro hombre de la calle, nos lo contó, nos dijo que el muerto del Serrallo que ha aparecido esta mañana era él.

—Sí, es ese asunto. ¿Saben el nombre real de esa persona? Nosotros lo tendremos esta tarde o, como mucho, mañana, pero es importante saberlo cuanto antes. ¿Saben si estaba enfermo? ¿Por qué dormía allí?

—Sí, claro. Ahora te explico lo que sabemos de él. Yo he hablado un par de veces, quizás alguna más, con él. No era diferente, bastante distante… como la mayoría de ellos. Desconfiado al principio, sí. Hay que ganárselos poco a poco. Con algunos ni así.

Ada era una mujer menuda; llevaba unos pantalones marrones muy ceñidos que marcaban sus redondeces, y el pelo corto le redondeaba la cara. Debía de haber sido una mujer guapa unos años atrás, pero ahora, camino ya de los cincuenta, esa forma de vestir no acababa de encajarle.

Aquel era su despacho; estaba completamente lleno de papeles, estaban extremadamente ordenados, si, pero saltaba a la vista que

eran demasiados. Armarios, estanterías y cajones rebosaban carpetas: expedientes de personas a las que ayudaban, solicitudes de ayudas sociales, proyectos del año…

Paula pensó que era un espacio muy oscuro, que faltaba una ventana para darle algo de luz.

—¡Aquí está! —exclamó Ada, al tiempo que sacaba una fina carpeta de color marrón claro de un cajón. Se la ofreció a Paula.

La policía, al tiempo que abría la carpeta, le volvió a preguntar sobre el fallecido. No quería despistarse.

—¿Era de aquí? ¿Sabes si tenía familia?

—Ninguno es de aquí ni de allá. Ya no son de ningún lugar. No creo que tuviera familia; en el expediente constará todo lo que nos haya contado.

Así era: era un expediente bastante completo. Empezaba indicando el nombre: Antonio Guzmán Ortiz. Indicaba que era de Cartagena, nacido en 1980. Sin familia conocida.

También pudo leer que llevaba más de tres años bajo el paraguas de la ONG.

Paula aprovechó para indagar un poco más sobre Ada.

—¿Hace mucho que estás aquí? Ayudando, quiero decir.

—Uf, ¿cuánto tiempo?, muchísimo. Algo más de veinte años llevo aquí metida —el cansancio asomaba en sus ojos al decirlo, la fatiga y la frustración.

—Gracias por la ayuda. Si necesitamos algo más contactaré contigo.

—¡No hay de qué! Seguro que me encuentras aquí.

Paula giró sobre sí misma, cerró la puerta al salir y con paso rápido cruzó el pasillo hasta la salida. No se percató de que la chica

de la recepción la analizó con atención, de arriba a abajo, al salir.

Quería salir rápido de ese sitio: era un lugar triste. Sin decir nada, se escurrió de nuevo entre la fila de personas que esperaban la ayuda diaria. No miró atrás; con la cabeza agachada, se dirigió directa a su coche.

OCHO

El sonido que produjo la puerta cuando Paula la cerró provocó un chasquido en la cabeza de Ada. Responder a las preguntas de Paula le había hecho daño, por un instante volvió a ser consciente de por qué estaba ahí.

Su mente retrocedió, fugaz, a aquellos días mientras, casi sin querer, tomaba un marco con una vieja foto de un grupo de jóvenes. Era de antes de que todo se torciera.

Era la Tarragona de principios del siglo, y ella, una chica de unos 25 años, de buena familia y que disfrutaba la vida justo después de acabar la universidad junto a su hermano. Tenía una vida cómoda, y nada hacía presagiar que no fuera a seguir así.

Tenía un hermano mellizo y siempre habían estado muy unidos, pero en el invierno anterior todo había empezado a cambiar.

Él se había distanciado, había cambiado de grupo de amigos y tenía muchas discusiones con sus padres. El buen chico se estaba torciendo.

Ella fue la primera en darse cuenta: su hermano se drogaba. Al principio solo lo intuyó, pero pronto lo supo con certeza. Cada día lo hacía más: fiestas diarias con drogas y alcohol. Sus nuevas amistades se aprovechaban de su dinero. Fue la primera en hablar con él, y todavía pensaba que había sido la única en preocuparse de verdad por él.

Sus padres no hicieron nada por él. Su padre era muy estricto y lo único que hizo fue cerrar el grifo del dinero; pensaba que así se acabarían las fiestas, pero esa no fue la solución.

Su hermano se rebeló aún más, entró en una espiral de la que no supo salir; había perdido el norte. Totalmente fuera de control.

Una noche de verano sonó el teléfono de casa. Era la policía: su hermano había tenido un accidente con el coche y había muerto. Si cerraba los ojos, aún podía oír el llanto de su madre y recordar la mirada perdida de su padre. Al día siguiente les confirmaron lo que ella sospechaba: su hermano estaba borracho y drogado en el momento del accidente. Aquello acabó con la vida de su hermano y la de sus padres, y cambió la suya para siempre.

Durante mucho tiempo, Ada se despertó sobresaltada por las noches, soñando que sonaba el teléfono, reviviendo aquel agudo timbre.

Nunca había sido capaz de superar la muerte de su hermano: culpaba a sus padres, se culpaba a sí misma. Culpaba a todos en realidad.

El sentimiento de culpa le hizo dar un giro a su vida, y dedicar sus siguientes años a ayudar a los demás solo era un parche; ni siquiera había servido para calmar su sentimiento de culpa.

Toda aquella dedicación, haber abandonado los negocios familiares, dejar atrás una vida cómoda y vivir escuchando lamentos y penas ajenas no habían servido de bálsamo.

Toda su vida, sus días y sus noches, la dedicaba a ayudar a los demás. De una forma o de otra, a través de la ONG o de maneras más sutiles, más privadas. De maneras que no quería que se supieran.

NUEVE

Domingo, 18 de febrero. 6:17 a. m.

Esa mañana se sentía mejor y quería disfrutar un poco el tiempo libre que le quedaba antes de empezar a trabajar al día siguiente. Volvía a tener un trabajo sin horarios, un trabajo que, otra vez más, le marcaría el ritmo de vida.

Había dedicado toda la tarde anterior a su piso. El primer día no había querido complicarse. Estaba tan cansado que quiso irse directamente a la cama, pero no podía seguir así. El agua caliente no podía esperar más.

Después de la reunión de trabajo fue directo a una ferretería y compró un calentador. No le fue difícil cambiarlo; no era un virtuoso, pero esos pequeños arreglos de la casa se le daban bien.

Entre las emociones por la mudanza y la continua sensación de ahogo por los recuerdos de Marcos, que no le dejaban dormir, seguía cansado, así que, después de disfrutar de una ducha caliente, bajó a por cuatro cosas para picar.

Se fue a la cama con el estómago lleno. Esa noche decidió no tomar ninguna pastilla. Estaba empeñado en no tomarlas si no era necesario. Desde lo de Marcos, había noches en las que no conseguía dormir o se despertaba empapado en sudor por culpa de las malditas pesadillas.

A la mañana siguiente, Pol se preparó el desayuno: nada especial, un café con leche bien caliente y poco más. El piso seguía frío.

Terminó de arreglarse delante del espejo; quizás por querer dar una buena impresión en su primer día, se miró más de lo habitual. No sabía desde cuándo tenía aquellas arrugas; no se había dado cuenta hasta ese momento, pero su cara ya delataba el paso de los años.

Aún era joven, pero el paso del tiempo, la falta de sueño y el dolor empezaban a dejar huella en forma de canas y arrugas.

Apuró el segundo café de la mañana mientras miraba por el ventanal del comedor; había amanecido gris y el aire soplaba con fuerza desde el mar. Era un día frío.

El hipnótico cielo gris le hizo perderse en sus pensamientos y, sin darse cuenta, su mente se transportó a aquella noche; volvió a sufrir la punzada de saber que su compañero estaba muerto.

Al volver en sí, no encontró más que melancolía: el comedor donde había jugado de pequeño, con los mismos muebles, las mismas cortinas, pero ahora vacío e invadido por olor a humedad, a abandono.

Pensó que tenía que salir rápido de esa casa, ir a la calle.

Bajó las escaleras hasta la puerta principal del edificio. Al abrir la puerta, el bullicio de la gente yendo y viniendo a primera hora de la mañana rompió el silencio de la escalera. El contraste le sorprendió.

Tardó unos segundos en recordarlo: los domingos por la mañana montaban un mercado de antigüedades en esas calles. No lo dudó un instante y se dirigió directo a recorrerlo.

No lo recordaba así; le parecía que hacía años había más vendedores y menos gente. Estaba lleno de turistas —la mayoría ingleses— curioseando entre los puestos mientras los vendedores se esforzaban por hacerse entender. No le parecía que compraran mucho, pero armaban mucho alboroto.

Al llegar a la Plaza de la Seu, giró a la izquierda y bajó por la calle Mayor, dejando la catedral a su espalda. Se detuvo, dándose la vuelta un momento, para contemplarla: la recordaba más oscura.

Conocía bien el camino; las tiendas eran otras, pero lo demás seguía igual. Al final, después de dejar atrás el ayuntamiento, llegó a la Rambla. Poco a poco la fue recorriendo, caminando junto a las terrazas de los bares, en dirección al mar.

Al llegar al Balcón del Mediterráneo, un mirador con vistas al mar que mostraba su fuerza unos metros más abajo, vio un par de personas durmiendo en la calle. Ya había visto un par más durante el camino. Era algo muy habitual en las grandes ciudades, pero, por lo visto, se estaba expandiendo a las pequeñas.

No era así veinte años atrás, estaba convencido. La ciudad era más pequeña entonces. Observó cómo otras personas se apartaban de los mendigos, de forma más o menos descarada. Los padres cogían a los hijos de la mano. ¿Acaso temían que les hicieran daño?

Él mismo lo había hecho; no les tenía miedo, tampoco le habían molestado, pero era un gesto involuntario. Rechazo social automatizado, algo subconsciente.

Siempre le gustaba considerarse diferente en ese sentido —menos clasista que la mayoría, menos buenismo fingido—, pero muchas veces se sorprendía siendo como todos. Era algo que no le gustaba.

Se sentó en un banco para contemplar el mar perdiéndose en el horizonte. Se alzó el cuello de la chaqueta. El aire soplaba frío y cargado del olor salado del mar. Del mar que tenía enfrente. Intentaba recordar lo que hacía de crío cuando iba allí, pero algo en su cabeza le impedía elegir entre los recuerdos y le dirigía siempre al mismo: a la noche de la muerte de Marcos, a las discusiones después con sus superiores. A los reproches que les había hecho y a los que desde entonces se hacía a sí mismo.

La mañana había avanzado y no estaba siendo como se había imaginado. El cielo seguía gris y el aire continuaba azotando incansablemente. La culpabilidad persistente volviendo del pasado y la melancolía por los recuerdos no le dejaban disfrutar.

Decidió volver a casa, pero quiso dar un rodeo para alargar un poco el paseo. Pasó por delante de su nuevo trabajo; al día siguiente, a las ocho de la mañana, estaría allí. Esperaba que ese nuevo trabajo, totalmente apartado de sus recuerdos, le serviría como distracción, le haría apartar las preocupaciones al menos unas horas cada día.

Al menos eso pensaba él, esa era la idea. Dejarlo todo para empezar de cero. Una hoja en blanco en la que volver a escribir su historia.

No volvió por el mismo camino, fue bordeando la muralla romana que todavía conservaba la ciudad. Había más turistas que a primera hora, muchos sentados en las terrazas esperando recibir los rayos del sol, disfrutando unas vacaciones lejos de casa.

Volvió a ver más desamparados, más olvidados; esas personas que todos evitaban y que hacen que la gente se cambie de acera o coja a los niños de la mano.

Al mediodía llegó a casa y cerró la puerta al entrar. No volvería a salir hasta la mañana siguiente. Iba a empezar una nueva vida, pero no iba a ser tan tranquila como él esperaba.

DIEZ

Lunes, 19 de febrero. 01:16 a. m.

La calle estaba vacía; nadie caminaba por ella a esas horas.

El aire aullaba frío y el cielo despejado anunciaba una madrugada helada. Aún faltaban días para la llegada del buen tiempo, para que la gente volviera a ser la dueña nocturna de las calles de la ciudad.

Un repartidor conducía, adormilado y distraído, su camioneta de motor eléctrico por la Rambla.

Cubría la misma ruta seis noches a la semana. Lo hacía sin tráfico, sin atascos. Era un trabajo monótono. Estaba cambiando de emisora de radio, buscando algo interesante que le mantuviera despierto entre parada y parada.

Oyó un golpe, un sonido hueco, el crujir de la chapa al doblarse. El camión dio un salto como cuando pasa un badén sin frenar, pero con más fuerza. El conductor frenó de golpe.

El salpicadero del vehículo aún mostraba la señal de alerta, esa que muestran los vehículos modernos avisando de un obstáculo delante.

Las luces de emergencia parpadeaban, activadas por el impacto. No vio nada por el parabrisas. Miró por el retrovisor. Y entonces sí, lo vio.

La luz era pobre, amarillenta, pero lo vio. Un objeto, un bulto oscuro y alargado tirado sobre la calle.

Al principio no lo reconoció, o no quiso hacerlo. Su cerebro tardó unos instantes en procesarlo: era una persona.

Saltó del camión y corrió los escasos metros que lo separaban del bulto. Le atenazaba el miedo a mirar, pero aun así le gritó.

No tuvo respuesta. Volvió a gritarle. Nada.

El silencio era más denso que nunca; era tan grande que le engulló por completo. Con todo el coraje que pudo reunir, se acercó a él.

Apenas pudo distinguirle la cara. Desfigurada, rota por el parachoques y con sangre brotando de los ojos y de los oídos. Lo tocó: sin respuesta.

Reaccionó como pudo; sollozaba mientras marcaba el 112 en su teléfono móvil. No recordaba la conversación, solo el final.

—Espere ahí. Enseguida llegan las emergencias.

Sentado en la acera, aterrado y con la respiración entrecortada, oyó las sirenas acercándose. Pensó que no hacía falta que corrieran: ese tío estaba muerto.

Llegó la ambulancia, escoltada por dos coches de policía. El estruendo de las sirenas ahogó el silencio. Todo sucedió deprisa: carreras de sanitarios, órdenes a gritos de los policías, el corte de la calle. Todo frenético. Todo en vano.

Enseguida se dieron cuenta de que estaba muerto; ya no había prisas. Nada se podía hacer.

Sudaba a pesar del frío; temblaba por los nervios.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Iba tranquilo, despacio, sin correr; no vi nada, oí un golpe y paré. Lo vi en el suelo... ¡Le juro que no vi nada! No estaba ahí, no sé de dónde salió —balbuceó; le costaba articular frases completas y tenía la boca seca.

Un sanitario se hizo cargo del conductor, tenían que seguir el protocolo habitual en estos casos. Pruebas de alcoholemia, de drogas, comprobar documentación...

Dos agentes de los Mossos comprobaron las pertenencias del atropellado. No tenía documentación; saltaba a la vista que era un indigente.

Ropa sucia y hecha jirones. Pantalones y zapatos destrozados. El abrigo más grande de lo que hubiera sido normal, seguramente recuperado de algún contenedor. Una manta raída con la que cubrirse esas frías noches... Una mochila deportiva con algo de comida dentro, una lata de cerveza y una tarjeta de Tots Iguals, la ONG local.

ONCE

No eran todavía las ocho de la mañana y Pol ya esperaba en la puerta de su nuevo trabajo. Le había despertado otra vez la pesadilla ya hacía un rato, mucho antes de lo necesario.

Había pasado otra noche horrible, con desvelos continuos. Se empeñaba en no tomar ninguna medicación para dormir mejor; en el cajón de la mesita tenía una caja de Lorazepam, pero solo lo había tomado un par de noches. Por alguna razón se resistía a dejarse ayudar, quería superarlo solo.

Enseguida vio llegar a su nuevo jefe, a García. Venía sonriente, con la americana del traje abierta a pesar del frío y con esa cara despreocupada de quien tiene la vida resuelta.

—Vamos al bar, chaval.

Pol le siguió; el paso era lento. Una vez dentro del local, apenas dos portales más hacia arriba, el jefe empezó la conversación.

—¿Has visto lo del atropello de esta noche? Un mendigo, se lo ha llevado por delante un repartidor justo aquí, a mitad de calle.

—Pobre hombre. ¿Cómo ha sido?

—Pues un atropello. ¡Anda que eres tú muy perspicaz! Ja, ja, ja —a menudo se reía de sus ocurrencias—. Perdona, en serio. El conductor dice que no lo vio, que no estaba y de repente apareció.

—Pues qué putada. Para el muerto y para el otro.

—¡Qué cabrón! ¡Joder, mala suerte para el muerto! —volvía a reírse, esta vez a carcajada limpia—. Por lo que me han contado era un mendigo, seguro que estaba a cargo de la ONG local, de Tots Iguals. Venga, a trabajar. Subamos, tengo algo para ti.

Pol accedió, pero aquella conversación no le abandonaría aquel día.

***

Paula entraba en comisaría un poco más tarde de las ocho de la mañana. Aunque era extremadamente puntual, esa mañana le había costado levantarse. Saludó a los compañeros al entrar y se dirigió a su mesa. Dejó su mochila y el abrigo colgados en el perchero.

Al girarse hacia su mesa de trabajo para coger la taza de café —siempre se preparaba uno nada más llegar—, notó más movimiento del habitual.

Al acercarse al grupo de compañeros oyó la conversación.

—Pues nada, un atropello —un policía les explicaba al resto lo sucedido—. Un repartidor se ha cepillado a un mendigo. Le ha pasado con el camión por encima. Aún no sabemos quién es, ni DNI ni hostias. Ya sabes cómo son estos. Solo llevaba una tarjeta de Tots Iguals.

¡Clic! Un resorte saltó en la cabeza de Paula. Se quería mantener fría, calmada y serena. Sabía que los arrebatos nublan el pensamiento. Pero… no podía ser casualidad: dos muertes aparentemente accidentales en menos de una semana. ¡En Tarragona! ¡Si aquí nunca pasaba nada! Y los dos eran mendigos, y los dos relacionados con el grupo local de voluntarios.

Aunque no quería precipitarse, hizo una llamada al equipo forense.

—¿Sí?

—Hola. Soy Paula. Hazme el favor. Repasa cualquier cosa sospechosa que pueda haber en el mendigo asfixiado. No me huele bien.

—¡Ninguno huele bien, ya te lo digo yo! —Elena rio de su ocurrencia. Le encantaba el humor negro.

—¡Pero Elena!, venga, hazlo. Míratelo todo dos veces.

—Sí, tranquila. Lo miramos todo.

Paula colgó el teléfono y se quedó pensando en qué hacer.

***

Pol salió del portal de su nuevo trabajo y, tras abrocharse el abrigo nada más pisar la calle, fue directo a buscar su coche.

Ya tenía su primer encargo: el cliente había encargado la vigilancia a un trabajador; se sospechaba que fingía problemas de espalda para estar de baja mientras trabajaba haciendo reformas con su padre. Tenía que ir a un pueblo cercano.

Hizo a pie el camino hasta el coche, no eran más de diez minutos, sumergiéndose en el ajetreo diario, del ir y venir de personas en sus tareas. En ese momento no pudo evitar pensar en la conversación del desayuno con García.

¿Un mendigo atropellado tres días después de que otro muriera también, supuestamente, por accidente? No tenía lógica.

Su instinto de policía le hacía sospechar de todo, a veces hasta él mismo pensaba que era excesivo. Pero esta vez… O había mucha casualidad, o no eran accidentes.

Se prometió investigar el asunto en su tiempo libre. Quizás esa misma tarde podría hacerlo.

DOCE

Había dedicado toda la mañana a otros casos. Se había enfrascado en tareas de papeleo y trámites inevitables que tenían que hacerse, pero la conversación de esa mañana seguía rondándole en la cabeza. Aún esperaba noticias de la forense; podrían tardar algún tiempo, quizás días.

Pensaba que quizás podría pasarse por la morgue esa tarde para interesarse por el caso y, por qué no, para meterles algo de presión.

Después de revisar algunos asuntos pendientes no aguantó más; les dijo a sus compañeros que salía un rato y se fue directamente a su coche. Necesitaba ver el cuerpo de aquel hombre y que los forenses le dieran alguna información.

Quince minutos después entraba por la puerta del Instituto de Medicina Legal. Al entrar cumplió con los trámites: algunos formularios, unas cuantas firmas, y enseguida estaba delante de Elena, la forense.

—No te has aguantado, ¿verdad? Tenías que venir.

—Ya sabes cómo soy si me entra algo en la cabeza. ¿Has podido avanzar algo?

—Sí, mira, te explico, pero ten en cuenta que aún no es definitivo. Cuando lo tenga todo claro, haré el informe. ¿Entendido?

Paula asintió mecánicamente con un movimiento de cabeza y, aunque Elena la miró incrédula, las dos se acercaron a una camilla

metálica sobre la que reposaba el cuerpo del mendigo.

Únicamente estaba visible de cintura hacia arriba. El pudor aún aparecía incluso en aquella sala.

Elena le explicaba que la muerte había sido claramente por asfixia: la existencia de petequias, la cianosis o los ojos enrojecidos eran signos evidentes.

—Pero ahora se complica. No he encontrado nada en las vías respiratorias; la postura en la que estaba no coincide con las asfixias posturales. Sí que he visto hemorragias conjuntivales, se producen cuando hay dificultad respiratoria; es común encontrarlas cuando la causa es provocada.

—¿Me estás diciendo que fue un asesinato?

—No, no te digo eso. Pero no lo descarto, ya no. Si descubro un edema pulmonar, apostaría a que sí. En cuanto termine el examen te lo digo; ahora no puedo decirte más. Lo siento.

No estaba satisfecha: no había conseguido ninguna prueba concluyente. Esa información solo había servido para hacer crecer sus sospechas. Con la cabeza bullendo llena de ideas, se subió al coche y volvió a su oficina.

***

El primer día de trabajo se había pasado volando. Pol pensaba que había sido fácil; si todos los días iban a ser así a partir de entonces, seguro que tendría una vida mucho más cómoda que hasta hace poco.

El cliente les había facilitado la dirección de una empresa de construcción, y no le costó mucho trabajo localizar al trabajador. Comparó las fotografías que tenía del sospechoso y enseguida dio con él.

Tenían razón: el tipo estaba trabajando moviendo materiales de un lado al otro, sin rastro de ese dolor de espalda que, según él, le impedía acudir a su trabajo real.

Pol se concentró en sacar algunas fotografías mientras el hombre cargaba sacos o ponía ladrillos. Trabajo fácil para Pol.

Estuvo un rato más, para repetir la operación después de comer. Aquellas horas muertas le hacían divagar; su mente le jugaba malas pasadas. Una y otra vez le arrastraba al recuerdo de la muerte de Marcos. Entre recuerdo y recuerdo volvía al trabajo para recuperar el control y poder escapar de aquella angustia culpable. Consiguió alguna fotografía más; no quería que faltaran pruebas.

Al acabar la vigilancia, volvió a la ciudad, pero en lugar de ir a la oficina. Fue directo al lugar del atropello. Era su forma de hacer las cosas.

Su primer compañero que tuvo cuando se incorporó a la policía era un hombre ya mayor, cerca de la jubilación. Era un inspector de la vieja escuela y, aunque Pol rechazaba muchas de sus tácticas, tenía que reconocer que aquel hombre le había enseñado claves del oficio.

Una de las claves la repetía a diario: había que estar en la calle. Pensaba que los policías jóvenes pasaban demasiado tiempo en la oficina en lugar de patear la calle. Aquello marcó a Pol, y no dudaba en visitar una y otra vez las escenas del crimen.

Había paseado por allí el día anterior, pero con otra mirada; ahora era un observador consciente, atento a cualquier detalle que le pudiera dar alguna pista de lo que había ocurrido.

Todavía quedaban marcas del atropello en la calle; era evidente el sitio exacto en el que se produjo el impacto.

Se imaginó la escena; en su cabeza la imaginaba en forma de fotogramas desfilando uno detrás del otro.

El camión. Un conductor despistado, quizá medio dormido en plena noche. Sin tráfico, más deprisa de lo debido.

El mendigo, posiblemente borracho o drogado, torpe. Un despiste, un tropiezo... quién sabe.

Y, de repente, el impacto fatal.

Pol levantó la vista y observó una sucursal bancaria. «Los bancos tienen cámaras de seguridad», pensó. «Si no has estado, busca a alguien que sí. ¿Y si las cámaras del banco grabaron el accidente? Neesitaba verlas.»

Un golpe de realidad le sacudió en ese momento, haciéndole ver que ya no era policía: estaba interpretando un papel que ya no le correspondía. No podía entrar en ese banco y pedir ver las cámaras. Pero tenía que hacerlo; si no lo hacía él, alguien debía hacerlo.

No poder acceder a esas cámaras le provocó el recuerdo de la burocracia, de los permisos necesarios, de los retrasos policiales, y acabó pensando otra vez en la muerte de Marcos.

Estaba anocheciendo, el invierno aún devoraba con ansia las horas de luz, así que fue a su oficina para acabar la jornada.

Tenía que preparar el informe de lo que había hecho ese día, eso no había cambiado.

TRECE

Martes, 20 de febrero. 06:45 a. m.

Aún era de noche en la calle. Aquel mes de febrero estaba siendo extrañamente frío y el aire no daba tregua.

El viento húmedo recorría día tras día todos los rincones de la ciudad y, por las noches, vaciaba las calles. Solo algunos jóvenes se atrevían a vivirlas cuando se ponía el sol.

Pol estaba sentado en la cama, con el cuerpo entumecido y la cabeza atormentada. Otra noche en vela. Otra noche de desvelos continuos, otra noche viendo pasar las horas en su reloj. Otro día en que el despertador no fue necesario.

Dudaba sobre si algún día se acostumbraría a aquella sensación, dudaba sobre si aprendería a convivir con el recuerdo y la culpa. Tras la muerte de Marcos fue a terapia un par de veces, a regañadientes, pero empujado por sus compañeros.

El psicólogo, sin inmutarse, le había dicho que todo pasaría, que el duelo y la culpa se irían. Le aseguró que al menos no estarían tan presentes y que su cabeza arrinconaría esos malos recuerdos.

Pero no era así; al menos, no de momento.

Cada día era él mismo quien tenía que empujar esos recuerdos, como quien cada día cambia los muebles de lugar.

Cada mañana tenía que reorganizar su cabeza para poder pensar en otras cosas, o sencillamente para no pensar.

Y cada noche los muebles de su cabeza, como si tuvieran vida propia, volvían al mismo lugar.

Con mucho esfuerzo se puso de pie. El maldito insomnio y el frío de esa casa se habían conjurado para que le doliera cada músculo del cuerpo. Si quería seguir viviendo allí tendría que hacer algún arreglo más.

En media hora salió de casa de camino al trabajo. Ya había tomado un café después de levantarse, de pie en la cocina mientras escuchaba las noticias en la radio local. Pero quería tomar otro, siempre le había gustado desayunar en el bar, le producía una extraña sensación de placer.

Aún era temprano y apenas había nadie en la calle a esa hora; en unos minutos la gente empezaría a salir de sus casas, en dirección al trabajo, pero aún no.

Tomó ese café con leche en un pequeño bar justo antes de salir del casco antiguo de la ciudad; después se encaminó a la oficina. Al llegar se encontró a García allí.

—Hombre, chaval, también eres madrugador.

—Sí, no soy de quedarme en la cama —no quería explicar el porqué de su insomnio—. Oye… ¿Sabes algo de esos voluntarios de *Tots Iguals*?

—¿Por qué? ¿Qué quieres saber? Conozco al que lo lleva: es un tipo de aquí de la ciudad. Es un estirado, la verdad. Es profesor en la universidad y abogado, uno de los más conocidos de por aquí. Tiene un bufete con un amigo suyo.

—Me parece extraño que dos mendigos mueran en menos de una semana y que a los dos les ayude la misma gente…

—Esos voluntarios son buena gente, un grupo de pijos o hippies con mucho tiempo libre, mucha gente joven... No te comas la cabeza, anda.

García cambió de tema y le pidió a Pol que volviese a visitar al tipo del día anterior. La empresa quería más pruebas de que podía trabajar, le iban a denunciar y no querían que ese caradura alegase que había sido algo esporádico o especial.

Pol no se sintió muy motivado por volver a hacer lo mismo, volver a ver a un tío moviendo materiales en una obra. En cambio tuvo que admitir que aquella monotonía, al menos, le permitiría seguir pensando en otras cosas, sobre todo en los mendigos. Aquella coincidencia le había atrapado, una vez se interesaba por algo no paraba.

***

Puntualmente, un día más, Paula entraba en su oficina. Seguía su rutina de siempre: dejar el abrigo y la mochila en el perchero, encender el ordenador y, mientras este arrancaba, sacar su taza del cajón y prepararse un café.

Al volver de la cafetera el ordenador ya había arrancado. Tenía una notificación del programa que utilizaban para gestionar los casos.

Era un mensaje de Elena, la forense, y el texto de la notificación no dejaba dudas: *informe preliminar autopsia asfixia*. Su cerebro ordenó una sacudida de adrenalina inmediata y la impaciencia se apoderó de ella.

Pulsó dos veces en el icono del documento que se abrió al instante en su pantalla del ordenador. Lo leyó en diagonal porque realmente solo le interesaba una de las últimas frases. Sabía dónde mirar, había visto ya muchos informes así y la localizó rápido, casi al final del documento.

Causa de la muerte: *Asfixia mecánica por sofocación, compatible con suceso violento.*

No necesitaba más. Ni ella ni su corazón, que había echado a correr al leer esa frase. Siempre le ocurría, sentía esa excitación al ver que había algo turbio y oscuro.

Sabía que era un placer inconfesable, un sentimiento retorcido, y a veces, cuando le venía el bajón de la excitación, se sentía culpable. Era como alegrarse de las desgracias ajenas.

El informe era largo, repleto de datos físicos y anatómicos del fallecido. No le interesaban en ese momento. También confirmaba la identidad de aquel hombre, el nombre que aparecía tras sus huellas era el mismo que había conseguido con los voluntarios.

No pudo evitar preguntarse en qué andaba metido Antonio, en qué asuntos se había metido que le habían costado la vida.

No era extraño que aquellos hombres acabaran involucrados en asuntos de drogas a cambio de algo de comida o de su dosis diaria…

Era un patrón repetido: primero venía el alcohol, luego la pérdida del trabajo, y más tarde el adiós de la familia. Caer en las drogas era la cadena que les ataba, a muchos de por vida, a esa caída libre.

Ahora tendría que informar a sus superiores, cambiar el enfoque de la investigación. Hasta ahora no era más que una muerte accidental, pero eso había cambiado; aunque el informe no era concluyente, sí era determinante.

Sin embargo, antes de hacer saltar la alarma en comisaría, de involucrar a más compañeros en ese asunto, quería saber algo más sobre el segundo muerto. En principio parecía un accidente, un atropello, pero la muerte de Antonio también lo había parecido al principio.

Después se acercaría de nuevo a ver a los forenses, el segundo cuerpo estaba allí.

Decidió que iría a ver el lugar del atropello; no era buena hora porque en ese momento habría un tráfico horrible, pero ni quería ni podía esperar.

***

La noticia de la muerte de Tomás Ruiz había llegado a primera hora a la ONG. Otros sin hogar lo habían comentado a la hora del desayuno en el comedor social, pero con rostros de indiferencia al explicarlo. Hubo más morbo que pena. Ada lo había escuchado mientras servía el desayuno.

La noticia le sobresaltó, más que a ellos; pensaba que seguro que la policía volvería por allí a preguntar.

Siempre era igual, solo les prestaban atención cuando algo malo pasaba. A nadie le preocupaba si podían sostener la ayuda, si había crecido el número de necesitados, si tenían sitio o no para atenderles...

Aquellas muertes le traían recuerdos, recuerdos de esas familias angustiadas al ver cómo sus hijos o sus maridos se hunden en una espiral descontrolada.

Recordaba cómo su hermano se había perdido en un camino sin saber cómo volver. Recuerdos de frustración y de impotencia.

Conocía a los dos muertos, los había visto alguna vez por allí. Unos saludos y ofrecerles algo de ayuda, pero no habían sido especiales para ella; otros sí. Otros habían entrado en su vida para quedarse atados a ella con un nudo.

No sabía por qué, pero por algunos había hecho cosas que no podía confesar. Ella misma se arrepentía, aunque solo a veces.

CATORCE

Pol había pasado el día observando al caradura. Lo había sorprendido de nuevo trabajando en una obra mientras seguía de baja en su empresa por un supuesto dolor lumbar. Lo documentó todo, desde la mañana a la tarde; ahora sí que debía ser suficiente.

Dio por concluido ese trabajo y volvió a su oficina.

Tras descargar las fotografías en el ordenador, y ampliar el informe que había empezado el día anterior, apagó el pequeño flexo que iluminaba su escritorio y salió.

Estaba solo; no tuvo que despedirse de nadie. No estaban ni García ni la chica de administración. Ella solo acudía por las mañanas. El jefe, en cambio, aunque solía entrar y salir, dedicaba las tardes a tratar asuntos con los clientes. Las tardes en aquella oficina eran tranquilas; únicamente el teléfono alteraba el silencio, sonando de vez en cuando, casi siempre sin respuesta.

Ya estaba anocheciendo, aunque aún no eran ni las seis de la tarde; todavía era temprano para dar por concluida la jornada. Estaba decidido a investigar un poco más aquellas muertes tan coincidentes.

Al salir del edificio caminó hasta una cafetería, se sentó en una terraza y pidió un café con leche. Con el primer sorbo se encendió un cigarro, al tiempo que buscaba algo de información de esos voluntarios en internet.

No pudo encontrar gran cosa, y menos aún algo interesante. Una modesta web explicaba a qué se dedicaban y dejaba los datos de contacto. Tenían el local cerca de su piso, perfecto.

Apuró el café, y después de pagarlo se puso en marcha. Las calles estaban llenas de gente a esas horas. Había niños jugando en la Rambla y en las plazas, las terrazas estaban repletas de gente que al salir del trabajo se tomaba una cerveza.

Se distrajo por el camino, observando pequeños detalles, siempre lo había hecho, desde pequeño. Siempre se había fijado en los gestos de la gente al hablar, en cómo se sentaban… Esa manía le había ayudado muchas veces en su trabajo. Solía percibir cosas que al resto se le escapaban.

Cinco minutos después ya estaba parado ante el local de la ONG, situado en un callejón poco iluminado de la parte vieja de la ciudad, junto a la plaza del Foro y muy cerca de su casa.

El ambiente contrastaba enormemente entre un punto y el otro: la plaza, iluminada, era una fiesta de gente disfrutando en bares y cafeterías, de niños gritando mientras daban patadas a un balón.

El callejón, apenas iluminado por una farola, estaba oscuro. Allí se encontraban también los contenedores de basura de los bares, para que no molestaran, para que no se vieran. Y allí acudían esas personas a buscar algo de comida y un lugar donde ducharse.

La casualidad, o no, había llevado la basura de la fiesta a la casa de los pobres.

Después de observar un poco la zona entró en el local. Aparentemente vacío. Iluminado por luces fluorescentes.

—¡Buenas tardes!

—¡Un momento! ¡Ya va!

Mientras esperaba se asomó al pasillo y al fondo vio a una chica trabajando en un archivo; no la distinguía bien, pero parecía estar ordenando unas carpetas.

Enseguida llegó la chica: Era joven y vestía unos tejanos y una sudadera con un par de logos que no reconoció.

—¡Hola! Qué tal, ¿necesita algo?

Tuvo un instante de duda, en ese momento Pol no supo qué contestar. No se lo había planteado. ¿Qué tenía que decir? Hasta entonces su placa de policía le abría las puertas, nadie le hacía preguntas. No sabía cómo seguir… Mintió.

—Hola. Soy agente de policía. Me gustaría hablar con alguien responsable de este proyecto.

—Ah, ¿de la policía? ¿Viene por lo mismo que la sargento Sardà? ¿Es compañero suyo?

—¿Sardà? Ah, sí, sí... Somos compañeros.

La chica le miró con curiosidad, pero le dijo que esperase.

Desapareció al fondo del pasillo y regresó enseguida, ahora seguida por una mujer de unos cuarenta y cinco años, también vestida con un aire informal.

—Buenas tardes. Soy Ada Camps, coordino el grupo de voluntarios.

Pol no quiso volver a dar detalles así que arrancó la conversación.

—Supongo que sabe que dos de los usuarios del centro han muerto en un espacio de tres días, ¿verdad?

—Sí, sí, lo sabemos. Estamos realmente en shock. Pobres, está haciendo un frío terrible, fuera de lo normal. ¡Tendrían que estar

aquí por las noches! ¡Tenemos sitio!

—¿Sabe si se conocían entre ellos? ¿Si estaban metidos en algún lío de drogas, robos…?

—Mire, agente... que vivan en la calle no los convierte en criminales. La mayoría solo intentan sobrevivir.

La actitud defensiva de aquella mujer no sorprendió a Pol, era habitual. Todo el mundo se ponía a la defensiva al hablar con la policía. Lo que sí le extrañó fue la firmeza de su respuesta; parecía aprendida, repetida en más ocasiones.

La forma de hablar y la actitud de Ada le hizo ver que aquella conversación no iba a ser el mejor camino para obtener más información. Sería mejor hablar directamente con alguno de los indigentes.

—Gracias por su tiempo y por la labor que hacen.

—De nada. ¿Cuál era su nombre? No lo recuerdo…

Pol ya se había dado la vuelta, no quiso oír la pregunta.

—No. Solo que era policía y compañero de la sargento. Pero ha sido... no sé, un poco raro. —contestó Lidia, resignada.

Las dos mujeres estaban sorprendidas, pero tenían mucho trabajo como para quedarse quietas.

***

Ya estaba completamente oscuro, la fuerza del viento había despejado completamente el cielo y la gente había adelantado la vuelta a casa, dejando las calles vacías. Hacía mucho frío.

Ella estaba acostumbrada al frío, en su ciudad era mucho más intenso, pero la humedad al lado del mar calaba hasta los huesos. En Tarragona los inviernos eran cortos pero ese año estaba siendo especialmente crudo.

Había dejado el coche a un par de calles de distancia para no llamar la atención. No quería llegar otra vez con el coche hasta la puerta del local.

Por la tarde había hecho una visita a la morgue. Había visto el segundo cuerpo y había hablado un rato con Elena. No había nada raro en el segundo cuerpo. La causa de la muerte estaba muy clara, había sido el atropello, varios traumatismos internos y el cráneo destrozado.

No esperaba nada diferente: el conductor había sido claro al explicarlo. Estaban solos en la calle, él conduciendo y la víctima caminando y, como en un eclipse, ambos coincidieron.

Sin embargo, el primero sí que tenía secretos. Aún no era posible asegurarlo, quizás no podrían nunca, pero alguien lo había matado.

Pero... ¿quién?, ¿por qué? ¿Otro mendigo? ¿Una deuda pendiente? ¿Se la había jugado a algún camello y se habían vengado?

No tenía la respuesta a ninguna de esas preguntas, y solo la tendría si alguno de los voluntarios le daba alguna pista, algo a lo que agarrarse para tirar del hilo.

Era casi la hora de cenar y volvía a haber una larga fila de personas esperando en la puerta. Pudo reconocer algunas caras del día anterior.

Entró en el local casi pidiendo perdón al romper otra vez la ordenada cola. Conocía el sitio; fue directamente a buscar a la chica de recepción.

La encontró en el mismo sitio, estaba allí sentada. Tenía cara de estar cansada, llevaría varias horas escuchando a esas personas que únicamente le pedían alguna cosa o se quejaban de algo.

Había que tener mucha vocación, o mucha sangre fría, para soportar ese ambiente a diario; se reconoció a sí misma que ella no

sería capaz.

—Hola. Soy…

—Sí, sí, la recuerdo. Paula, ¿verdad? Se acaba de ir su compañero.

—¿Mi compañero? Perdone, pero… se debe equivocar.

—Vaya, perdón. Pero nos dijo que era policía… compañero suyo.

Paula no sabía qué decir ante la cara de sorpresa de esa chica. Pero no quiso quedar en evidencia.

—Ahh, sí, claro. Pero prefiero hablar con Ada yo misma. ¿Está?

Con un gesto de la cabeza le señaló el final del pasillo; ya conocía dónde.

Al llegar al final del pasillo coincidió con Ada, salía de su despacho.

—¿Otra vez? Al final asustaréis a esta gente. Voy al comedor, si no te importa hablamos por el camino.

Paula la siguió y, mientras subían una estrecha escalera, el olor a sopa y a guiso se hacía más intenso. Llegaron a un salón muy grande y repleto de mesas, largas y preparadas para la cena. De un vistazo contó por lo menos cuarenta cubiertos colocados de forma cuidadosa, listos para ser utilizados.

—Aquí damos las cenas. Hoy volverá a estar lleno, hará mucho frío esta noche, otra vez. ¿Qué querías?

—Bueno, sabrá ya lo de Tomás… murió atropellado.

—Sí, pobre hombre. Qué mala suerte.

—Sí, pobre. Y le quería preguntar por Antonio. ¿Sabe si estaba metido en algo raro? ¿Drogas?, ¿robos…?

—Ya estamos, otra vez la misma historia, siempre igual. No, se lo acabo de decir a su compañero. Y no, no sé que estuviera metido en nada. Y si lo estuviera, te aseguro que yo no lo sabría.

—Perdone, pero tenía que preguntarlo. —Se había acostumbrado a esas situaciones, era parte del procedimiento y tenía que seguirlo.

En ese momento entraron dos hombres en la sala.

Uno era un hombre maduro, alto, bien vestido con un traje clásico azul y cercano a los sesenta. Estaba de pie, completamente erguido, mirando el comedor. Transmitía una enorme seguridad en sí mismo, estaba claro que era una persona con carisma.

A su lado estaba un chico joven. Tenía el pelo revuelto, los ojos redondos y grandes. Estaba sin afeitar, parecía un intento por conseguir una barba que seguramente nunca tendría. Miraba al mayor con atención, como si estuviera atendiendo a su maestro.

Ada no tardó en explicarle a Paula que el mayor era el director del grupo, Josep Sancho. El más joven era David, uno de los voluntarios.

Se acercaron a ellas.

Fue una conversación muy breve, Josep se presentó.

—Agente, pregunte lo que necesite. Aquí somos como una familia. Muchos nos conocemos desde hace años. Toda la vida, diría yo.

Era un hombre educado, cordial pero con la mirada triste, seguramente por las últimas noticias.

David parecía más tímido, con menos saber estar, a la sombra de Josep. Saludó tibiamente y se fue sin despedirse.

Paula percibía que estaba molestando en ese lugar, desentonaba entre el ir y venir de voluntarios con platos, bandejas y ollas. Era su trabajo, pero no podía evitar comprender la situación.

Intentó ser cordial al despedirse de Ada.

—Gracias, no quiero molestaros más.

—Bueno, sargento. A ver si la próxima os coordináis mejor y venís juntos. O por separado, como queráis, pero sin repetir la visita— sonrió.

Paula le devolvió la sonrisa… pero no dejaba de estar sorprendida. ¿Quién cojones había estado allí?

Esa duda bailaba en su cabeza sin querer parar mientras bajaba las escaleras y caminaba hacia la salida. Al pasar por recepción no pudo evitar fijarse en que el joven que estaba con Josep charlaba en voz baja con la chica de la entrada. Al darse cuenta de su presencia se quedaron en silencio hasta que ella se despidió.

Al llegar a la calle el frío volvió a sorprenderla y, mientras le daba vueltas a la cabeza, llegó hasta el coche. Le apetecía llegar a casa, desnudarse y tomarse una copa de vino.

QUINCE

Miércoles, 21 de febrero. 6:30 a. m.

El despertador sonaba cada vez más fuerte, pero Paula era incapaz de levantarse. La noche anterior se le fue la mano con el vino; aún no sabía ni por qué. No solía beber sola, no era su costumbre, pero no había podido evitarlo.

Se había despertado varias veces preguntándose quién estaba haciendo preguntas a sus espaldas. Si quería estar tranquila, tenía que tener el control, y en ese momento había algo que no cuadraba. Tenía que averiguarlo, y también hablar con sus superiores.

La alarma había ido cabreándose y cada vez sonaba más alto, esperando que alguien golpease el botón de silencio. Al final, con la tercera ráfaga de la alarma, Paula reaccionó y con un golpe seco la hizo callar. Se levantó, le pesaba la cabeza. Una ducha y un café tendrían que hacer el milagro.

Ni la ducha caliente dejando correr el agua sobre su cuerpo ni el café recién hecho habían obrado el milagro. Seguía con un martilleo resonando en la cabeza. Aun así, veinte minutos más tarde, y sin dejar de pensar en ese hombre, salía por la puerta de casa directa a comisaría.

Amaneció lloviendo otro día más. «caprichos del calentamiento global», pensó—. El agua arreciaba sobre el parabrisas de su coche. Esa persistente lluvia y el frío continuo no eran habituales.

No se quitaba de la cabeza la duda de quién podía ser aquel hombre que andaba preguntando por el comedor social.

¿Algún friki de los crímenes?

¿Un asesino con ganas de notoriedad?

¿Quizás alguien con información?

Resolver esa duda estaba casi a la misma altura que detener al asesino. Tenía que hacer las dos cosas. Tal vez fueran lo mismo...

***

Había sido la peor noche en mucho tiempo; desde luego, la peor desde que había vuelto a la ciudad.

La visita al comedor social había conseguido remover algo en su interior. Desde la noche en que mataron a Marcos esa había sido la primera vez que hacía de policía.

Al menos lo había intentado, pero la realidad le había golpeado con fuerza. Ya no era policía. No podía engañarse, lo de estos últimos días, eso de seguir al tipo del dolor de espalda, no era trabajo policial, no era investigación.

Tan solo era un medio de vida, algo que necesitaba para pagar las facturas pero que cualquier muerto de hambre podría hacer.

De camino a casa estuvo pensando en qué pasos daría a continuación, estaba alterado y necesitaba concentrarse en algo concreto.

No tendría acceso a ninguna prueba física, ni a los informes del forense; a nada. Se sentía frustrado y le asustaba no ser capaz de resolver aquella historia. Aún no sabía cuál era la historia, pero estaba convencido de que había una historia detrás de aquello.

No tenía muchas opciones más que trabajar en la sombra, investigar con sus propios medios. Alguien tenía que haber oído

algo, alguien tenía que saber algo. El secreto nunca es completo. Cada vez lo tenía más claro, debía hablar con los mendigos que dormían en la calle.

Ni el desayuno ni una larga ducha mejoraron nada; las dudas y miedos campaban a sus anchas por su cabeza. Tenía que hacer algo para conseguir más información, o que alguien la consiguiera. Tenía pendiente las cámaras de seguridad del banco en el lugar del segundo muerto.

De camino al trabajo siguió dándole vueltas.

***

A la misma hora que Pol salía de casa, poco antes de las ocho, Paula llegaba a la oficina. Siguió el mismo ritual de todos los días. Dejar el abrigo y el bolso, coger la taza de café, ir a la máquina y hacerse el segundo café con leche del día.

Mientras oía el borboteo del café goteando dentro de su taza asumió que no podía dejarlo más tiempo, tenía que explicarles a sus superiores en qué punto estaba el caso, y más ahora que sabía que había alguien entrometiéndose en la investigación.

Tenía que ver al subinspector, se acercó a su despacho sin esperar más.

—Joan, tengo que comentarte un tema: es sobre el caso de los mendigos.

—Hola. ¿Caso? ¿No han sido dos accidentes?

—No lo tengo tan claro, hay dudas en el primer caso. Quizás lo mataron. Y me parece demasiada casualidad que tres días después haya habido otro accidente. Dos muertos en tres días… es demasiado. ¡Que esto no es Barcelona!

Le explicó que el equipo forense tenía serias dudas pero que aún no podía asegurar nada. Joan asentía moviendo la cabeza mientras

hojeaba unos papeles.

—Y una cosa más, ayer fui a ver a la ONG. Alguien había ido antes que yo; dijo que era policía. No fue nadie de nosotros, estoy sola en el caso.

Joan era un hombre con experiencia, llevaba más de veinte años en los Mossos y reaccionó sereno. Se tomó unos segundos antes de contestar.

—A ver, tranquila. Aclara lo del primer muerto. Si hay algo en firme, si tienes alguna sospecha importante, me lo dices y vemos cómo enfocamos esto. Mientras tanto no nos pongamos nerviosos.

—¿Y lo del tío preguntando?

—Pues la verdad… Eso es lo que me parece más raro. Intenta averiguar quién fue, pregunta en la ONG. Que te expliquen algo más... Ya sé que es incómodo, lo sé. Pero no hay otra forma si no tenemos más información.

—Ok, ok. A ver cómo lo hago. En cuanto sepa algo sobre el primero te aviso, hay que esperar a los forenses.

***

Pol estaba en la oficina preparando los siguientes trabajos, pero sin dejar de pensar en los mendigos. No podía ser una casualidad. ¿Cuánta gente muere por accidentes así en esa ciudad al año? Ahora tenían dos en tres días. No podía ser casual.

Al final se decidió por alertar a la policía. No veía otro camino. No tenía a nadie de confianza cerca, estaba solo y gracias a su visita en la ONG sabía que había una tal Paula investigando el caso, probablemente sería la que estaba al mando.

Buscó el número de la comisaría de Tarragona y marcó el número en su teléfono móvil, pero canceló la llamada antes de que sonara el primer tono. Se quiso dar tiempo para visualizar la conversación, la

noche anterior no supo reaccionar, no volvería a pasar. Marcó de nuevo y esperó, enseguida se lo cogieron.

—Mossos d'Esquadra, comisaría de Tarragona. Dígame.

—Buenos días. Quisiera hablar con la agente Paula, lleva el caso de los mendigos fallecidos.

—Perdone, pero no puede ser. No puedo pasarle con quien me indica. Si quiere puedo entregarle su mensaje. Dígame su nombre, por favor.

—Solo dígale que mire las cámaras del banco en el lugar del atropello. Hágalo. Es importante.

Pol colgó. No quería alargar la conversación. Ni podía ni quería dar explicaciones.

La policía de la centralita se extrañó por la llamada, no quiso quedarse esa información y acudió rápidamente en busca de Paula.

—Paula, ha llamado un tío preguntando por ti. Dice que mires las cámaras del banco del lugar del atropello.

La cara de Paula era de sorpresa.

—¿Perdona? ¿Qué? ¿Ha dicho su nombre?

—No, no. Ha colgado. Se lo he preguntado, pero ha colgado sin decir nada más.

—Gracias. Yo me hago cargo.

Dijo que se hacía cargo, pero no sabía por dónde empezar. No era una opción volver a preguntar en el comedor social, por mucho que Joan se lo hubiera dicho. No le sabrían decir nada más y quedarían en ridículo, ella y el cuerpo de policía al completo. Tendría que estar atenta, poco más podía hacer.

El no tener otra vía que explorar y la curiosidad profesional hicieron que, después de unos minutos de dudas, Paula se decidiera

por seguir aquella extraña pista. No tenía nada que perder.

Cogió su abrigo y se encaminó al coche. Condujo hasta la Rambla y se acercó caminando al lugar del atropello.

Cruzó la acera como lo había hecho aquel hombre justo antes de morir aplastado por la camioneta. La visibilidad era perfecta, no entendía cómo aquel hombre no había visto venir a la camioneta. Debía estar muy borracho. Al girarse vio la sucursal del banco y las cámaras de seguridad apuntando hacia la calle.

Murmuró para sus adentros y fue hacia el local. Al entrar se identificó y pidió hablar con algún responsable.

La atendió un chico joven sentado en el mostrador que se sorprendió al ver la identificación, y le pidió que esperase un momento; así fue.

Enseguida salió de un despacho del fondo una mujer morena, con el pelo largo y rizado. Vestía un traje negro que le confería un aspecto muy profesional y aparentaba algo más de cuarenta años.

—Hola. Soy Raquel Oms, ¿en qué puedo ayudarle?

—Como ya le he comentado a su compañero, vengo de los Mossos d'Esquadra. Soy la sargento Sardà. Me gustaría ver las cámaras de seguridad.

—Sí, esto… sí, claro —aunque sabía que tenía que darle acceso, dudó un momento—. Acompáñeme.

Caminaron juntas a un despacho interior, desde ahí se podía acceder a las grabaciones.

—¿Qué quiere ver?

—Por favor, retroceda hasta la 1:15 a. m. del día diecinueve.

Raquel estaba nerviosa, no sabía realmente cómo manejar ese software. No había tenido que hacerlo antes, pero después de un

par de pruebas consiguió rebobinar.

Había una única cámara, enfocaba a la puerta de entrada y también se veía el espacio donde estaban los dos cajeros automáticos y un gran ventanal que daba a la calle.

La imagen era oscura, estaba centrada en el interior del local y el exterior apenas se intuía. El reloj de la grabación marcaba la 01:16 cuando de repente, sin tiempo para reaccionar, una persona apareció en medio de la calle coincidiendo en el momento exacto en que llegaba la camioneta.

La grabación seguía y unos instantes después, apenas una fracción de segundo, se veía a través del ventanal como una sombra se alejaba en dirección contraria.

A Paula el corazón le dio un golpe en el pecho. La mujer del banco no entendía nada, pero no se atrevió a preguntar.

—Vale, os vamos a pedir las grabaciones. Enseguida emitiremos la orden. ¡Pero no pueden perderse!

—Sí, sí, están 15 días. Está todo en un servidor.

—Será antes, mucho antes. Gracias.

Sin apenas dar tiempo a que Raquel dijese adiós, salió del despacho apresurada. Lo que acababa de ver era algo más que una corazonada.

***

De vuelta en la comisaría, Paula solicitó una copia de las grabaciones de seguridad del banco, después de organizar los trámites solo quedaba esperar.

Necesitaba analizar esas imágenes con calma, buscar cualquier detalle para que nada se le escapara.

Mientras esperaba no podía dejar de pensar en la llamada anónima. ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué le había dado esa pista? ¿Era el asesino y estaba jugando con ella? ¿O era alguien que intentaba ayudar, pero desde las sombras?

Pedir las grabaciones era un trámite sencillo, además las empresas solían colaborar con agilidad. En un par de horas tuvo las grabaciones en su poder, Paula se encerró en su despacho.

Se había preparado un café y había sacado algo dulce para comer en la máquina de vending, no era ningún manjar ni, mucho menos, era sano, pero el rugido que sintió en el estómago le dio la excusa perfecta.

Reprodujo la escena del atropello una y otra vez, fijándose en cada detalle. La figura era borrosa, apenas una sombra, pero parecía que empujaba a Tomás. Era imposible identificarlo, ni siquiera saber si era hombre o mujer.

Sabía que alguien había estado con Tomás, estaba segura de que le había empujado directamente contra la camioneta. Pero no conseguiría identificarlo, la imagen era demasiado mala.

Se levantó, quería ir a ver a Joan. Quería contarle lo que acababa de descubrir, pero un impulso visceral le hizo volver la cabeza de nuevo al monitor.

Si ese hombre les había dicho que mirasen las cámaras, es que sabía que estaban. Conocía la zona. ¡Había estado ahí!

Decidió revisar las grabaciones del día del atropello, tenía que buscar a alguien en las imágenes, alguien que revisase la zona.

Volvió al momento del atropello, puso la reproducción a velocidad rápida. Exactamente no sabía qué tenía que encontrar, pero si había algo lo vería.

La grabación avanzaba con rapidez. Primero los servicios de emergencias, equipos de limpieza, y finalmente varios curiosos por

la mañana atraídos por el morbo de ver el lugar en el que había muerto una persona.

Estaba a punto de dejarlo pasar, pensaba que quizás perdía el tiempo, pero cuando estaba a punto de rendirse pensando que no iba a encontrar nada, algo llamó su atención. Redujo la velocidad de reproducción. Un hombre llegaba a la puerta del banco, miraba a su alrededor y después cruzaba la calle justo hasta el punto del atropello mortal. Miró en la dirección que traía la camioneta, más tarde recorrió con la mirada los últimos pasos de Tomás y al final detuvo su mirada en la puerta del banco, justo hacia la cámara.

Pausó la imagen. Amplió todo lo que pudo. Hizo una captura.

Era él, no podía ser otra persona. Había estado allí al día siguiente del atropello analizándolo, o... ¿lo estaba recreando?

Experimentaba una sensación ambigua. Había conseguido encontrar al ayudante; tenía que ser él.

¿Quién era? Y, sobre todo, ¿a qué estaba jugando? Iba un paso por delante de ella.

DIECISÉIS

Jueves, 22 de febrero. 09:00 a. m.

El aire arrojaba la lluvia con fuerza contra los cristales de la comisaría. Volvía a ser un día frío, un día más en ese invierno que parecía no terminar nunca.

Paula acababa de informar a sus superiores sobre los últimos avances en la investigación. El subinspector Joan Vall había escuchado atentamente, asintiendo con gravedad.

—Pues… tenemos dos asesinatos confirmados, Paula. Y todo apunta a que tenemos un tercero en camino —dijo Vall, con voz grave—. Tenemos que intensificar la investigación y encontrar a ese hombre que se hace pasar por policía. Podría ser nuestra mejor pista o nuestro peor enemigo.

Paula asintió, compartía la preocupación de su superior. Se sentía como si estuviera en medio de una tormenta, con rayos cayendo a su alrededor.

En ese momento, sonó el teléfono de Paula. Era la centralita.

—Sargento Sardà, al habla.

—Paula, nos acaban de informar de que han encontrado a otro muerto. Esta vez en su casa.

—Pásame los datos. Voy ahora mismo.

Miró a Joan, que enseguida comprendió lo que acababan de comunicarle.

Salió a toda prisa de la comisaría, estaba a poco más de 15 minutos de la vivienda, en pleno centro de la ciudad.

La lluvia seguía cayendo y la poca visibilidad y el asfalto mojado convertían el tráfico en un caos. Nada más entrar en la calle con su coche vio las ambulancias y los coches de la policía local. Casi siempre eran los primeros.

Aparcó el coche y se dirigió al interior de la vivienda. Era un edificio antiguo, de fachada gris y pequeños balcones.

Al pasar al lado de una de las ambulancias vio a un hombre al que atendían.

Nervioso, llorando. Le resultó familiar; no lo ubicaba, pero lo conocía.

Paula subió las escaleras, seguida por dos agentes que la acompañaban.

Al entrar en el piso le golpeó un olor a tabaco y a vinagre, a piso cerrado. El salón estaba en penumbra, prácticamente a oscuras, y en medio de la habitación yacía el cuerpo sin vida de un hombre.

Alrededor del cuerpo varios policías locales y de los Mossos investigaban la escena. Los médicos de urgencias examinaban el cuerpo.

Al verla, uno de ellos se acercó para informarle.

—Parece un mal chute, una sobredosis —le comentó uno de los médicos.

Un compañero de los Mossos se le acercó y, hablándole al oído, le comentó que lo había encontrado el hermano. Está abajo, alterado. Miró su libreta y le dijo:

—Se llama Josep Sancho.

Paula no pudo contener su asombro. Su cara debió ser transparente porque el compañero no pudo reprimirse.

—¿Qué te pasa? ¿Lo conoces?

—No…, sí... Sé quién es. Voy a verlo.

La cabeza de Paula daba vueltas. Las ideas y las preguntas pasaban como un carrusel, una detrás de otra, por su cabeza. Era incapaz de procesarlo, no había ni orden ni tiempo para contestarlas. Bajó las escaleras hacia la calle.

Al salir a la calle se acercó a la ambulancia, seguía lloviendo y el agua le caía por la cara. Ahora lo reconocía, ahora sabía que lo conocía. Lo había conocido un par de días antes pero no parecía el mismo.

Aquel hombre agradable y cordial se había transformado en un hombre con aspecto cansado que sollozaba tembloroso mientras los médicos trataban de tranquilizarlo.

Sabía que no era el mejor momento, pero también tenía claro que tenía que hablar con él.

—Josep, no sé si me recuerda, soy Paula...

—Sí, sí —la interrumpió—, nos conocimos hace un par de días.

—Siento lo de su hermano… pero necesito hablar con usted. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, hacía días que no sabía nada de él y he venido a verle. Tengo llaves, era la casa de mis padres. Al entrar me lo he encontrado en el suelo, muerto.

—Josep, parece que tiene alguna relación con el consumo de drogas…

—Sí, se drogaba. Hace años, muchísimos años. Se destrozó la vida hace tiempo, y se llevó por delante la de mis padres.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron?

—Hará unas semanas. No teníamos mucha relación —su voz sonaba agitada, cansada—. Desde que murieron nuestros padres apenas hablábamos.

Uno de los médicos se dirigió a Paula para aconsejarle que debía esperar, no era un buen momento para hablar con ese hombre.

Lo iban a trasladar al hospital hasta que se tranquilizase.

Cerraron la puerta corredera de la ambulancia con fuerza y ella se quedó unos instantes en pie, antes de verlos irse.

Aquella muerte, la tercera, había marcado el caso que tenía entre manos, no había ya dudas. Algo estaba pasando con los marginados en esa ciudad.

Estaba claro que no podía ser una coincidencia, ya nadie podía mantener esa idea. Tres muertos relacionados con la misma ONG. Uno de ellos, el hermano del director. No era casual.

Había algo detrás.

***

Josep iba tumbado en la camilla de la ambulancia y la medicación empezó a hacer efecto. El tranquilizante estaba recorriendo a toda velocidad su cuerpo transportado por la sangre.

Cerró los ojos y los recuerdos afloraron como un torrente.

La luz amarillenta de la lámpara del salón iluminaba el rostro cansado de Lluís. Estaba sentado en el sofá, con la mirada perdida y el cuerpo tembloroso. Josep, de pie frente a él, intentaba mantener la calma, pero la frustración se reflejaba en cada uno de sus gestos.

—Lluís, mierda, tienes que dejarlo. Te estás matando —dijo Josep, con voz contenida—. Estamos aquí para ayudarte.

El padre de los dos no era todavía un hombre mayor, pero tenía la cara surcada por las arrugas. Sufría cada día, el dolor y la pena estaban dejando huella. Escuchaba a Josep y asintió con la cabeza.

—Hijo, te queremos. Nos rompe verte así; te vas a matar. Hay formas de salir de eso, las hay.

Lluís levantó la vista, con los ojos enrojecidos e inyectados en sangre. El sudor resbalaba por la frente hasta caer por las sienes.

—No necesito vuestra ayuda —murmuró—. Estoy bien. Puedo dejarlo cuando quiera. ¡No entendéis nada!

—¡Eso es mentira! —explotó Josep—. Llevas años diciendo lo mismo. ¡Y mira cómo estás!

La pena tenía en silencio a la madre hasta ese momento, se acercó a Lluís y le acarició el pelo.

—Hijo, por favor, hazlo por nosotros. Por tu padre, por tu hermano... por mí.

Lluís se apartó bruscamente al tiempo que empujaba a su madre y la hacía caer en el sofá.

—¡No me toques! —gritó—. ¡Estoy harto de vuestros sermones! ¡Dejadme en paz!

Josep se interpuso entre su madre y Lluís.

—¡No le hables así a mamá! —le espetó—. ¡En tu puta vida!

—¡Pues que me deje en paz! ¡Y tú también! —repitió Lluís, levantándose del sofá—. Necesito dinero.

—¿Dinero? —Josep soltó una risa amarga—. ¿Para qué? ¿Para más mierda de esa? De aquí no sacarás nada más.

—¡Eso no es asunto tuyo! —Lluís se dirigió a su madre con cara de lástima—. Dame dinero, mamá. Dame dinero.

La madre, con lágrimas en los ojos, sacó unos billetes del monedero y se los entregó. Era una sangría, cada día más dinero.

—Toma, hijo…

Josep no daba crédito a lo que veía. Tenía los ojos rojos, fuera de sí.

—¡Mamá! —exclamó—. ¡No puedes seguir dándole dinero! ¡Así nunca lo dejará! Y acabará con todos.

—¡Es mi hijo! —respondió la madre, con voz temblorosa—. No puedo dejarlo sin más.

Lluís, sin decir nada más, cogió el dinero y salió del piso dando un portazo. Josep se quedó mirando a su madre, con una mezcla de rabia, impotencia y desesperación.

El padre permanecía en silencio, apagado. Sin respuesta; ya conocía esa escena.

—Nunca lo va a dejar, mamá —dijo con la voz rota—. Nunca. Y tú… tú no siempre estarás ahí para él.

El silencio dio paso a las lágrimas de los padres. Josep guardaba la rabia dentro de sí.

El dolor que le causaba era tan intenso que hizo que Josep volviese de ese recuerdo.

Ahora tenía que pensar cómo seguir adelante, quizás tras el dolor vendría el descanso. No solo para su hermano.

DIECISIETE

Jueves, 22 de febrero. 17:18 p. m.

El día seguía bajo la lluvia, no había amainado en ningún momento. Parecía que el tiempo se había contagiado del estado de ánimo de la ciudad.

Paula estaba sentada en su despacho de la comisaría de los Mossos d'Esquadra, observaba a través de las grandes ventanas cómo el gris de las nubes daba paso al negro de la noche que se acercaba.

En el ordenador, tres casos dentro del mismo expediente, todos relacionados. Así lo había indicado ella en el programa que gestiona los casos.

Sobre su mesa, tres carpetas abiertas. Cada una con una fotografía y un nombre, como piezas de un puzle, como objetos de un coleccionista macabro.

En la portada de cada carpeta aparecían unas breves líneas, como resumen de cada caso.

La primera: Antonio Guzmán, indigente, muerte por asfixia, posiblemente forzada.

La segunda: Tomás Ruiz, indigente, muerte por atropello y, escrito en cursiva: fue empujado.

La última en abrirse: Lluís Sancho. Sobredosis. Hermano director ONG.

Tres muertes. Tres hombres conectados, de una forma u otra, a la misma organización. Esos voluntarios trabajaban para ayudar a los desarraigados, pero ahora, en lugar de eso, atraían al asesino hacia ellos. Les ponían una diana encima.

Tres vidas apagadas en circunstancias que, a primera vista, parecían accidentales, pero que pronto habían revelado una mano oculta, un criminal obsesionado con segar la vida de los parias de la ciudad.

Paula anotó esa idea en su libreta: Ojo, mendigos, pobres, yonkis.

Repasaba mentalmente los detalles de cada caso, buscando patrones, conexiones, o cualquier indicio que pudiera llevarla al asesino.

La asfixia de Antonio, el atropello de Tomás, la sobredosis de Lluís... métodos diferentes, pero con un denominador común: hombres en situación de dependencia. Drogadictos, mendigos, alcohólicos, desahuciados o marginados.

El asesino no solo mataba, sino que se tomaba la molestia de disfrazar sus crímenes, de hacerlos pasar por accidentes o desgracias personales. Estaba convencida de que el último caso no era un accidente con la droga, había algo detrás. Elena tendría que estar atenta durante la autopsia.

¿Por qué?

¿Era una forma de evitar la investigación policial?

¿Había un motivo más profundo, más retorcido?

La imagen de Josep Sancho, destrozado por la muerte de su hermano, acudió a su mente.

Era un hombre que había dedicado su vida a ayudar a los demás, ahora era víctima de una tragedia similar a las que él mismo intentaba prevenir. Resultaba irónico.

¿Buscaba el asesino mandar una señal?

¿Iba contra ese grupo en concreto?

Pero había más, otro punto que desentramar. Aún no sabía quién era ese hombre que aparecía mirando a la cámara.

Ese hombre misterioso que se había hecho pasar por policía, que había proporcionado la pista clave sobre las cámaras de seguridad.

¿Quién era?

¿Qué buscaba?

¿Era un aliado? ¿Era el asesino? ¿Simplemente un entrometido?

Las preguntas y las dudas se agolpaban en la cabeza de Paula. Tenía que darles respuesta.

***

Faltaba un rato para las seis de la tarde cuando Paula cogió el teléfono y marcó un número interno.

—Soy la sargento Sardà —dijo con voz firme—. Necesito que me hagáis una comprobación. Quiero un cruce de datos con las imágenes de una cámara de seguridad.

—Buenas tardes, por favor, envíanos el archivo. Veremos qué conseguimos.

Envió el archivo de vídeo al departamento de informática forense y volvió a llamarles.

—Es el hombre que aparece en estas imágenes, entre las 18:23 y las 18:28 de la tarde del día 20. Quiero saber si aparece en alguna

de nuestras bases de datos. Buscad en registros de personal, fichas policiales, en listados de antecedentes... en todos los sitios…

—Nos ponemos ahora mismo.

—¿Cuándo tendremos algo? —quería marcar la importancia del asunto.

—Pronto, pero depende de cada caso. El tiempo de espera puede variar mucho en función de la calidad de la imagen.

—Gracias, decidme algo en cuanto podáis.

Colgó y, mientras esperaba la respuesta, abrió su ordenador y volvió a reproducir las imágenes de la cámara de seguridad del banco.

Amplió la imagen del hombre que había estado observando el lugar del atropello de Tomás.

No tenía nada que llamase la atención. Era un hombre de complexión media, vestía un abrigo oscuro. Era moreno y con el pelo corto, alguien normal y corriente. Ningún rasgo que ayudase a distinguirlo.

Volvió a llamar.

La voz de su compañero al otro lado del teléfono sonó complaciente.

—Sargento, tenemos una posible coincidencia. Las imágenes no son muy claras, pero el sistema ha encontrado un rostro similar en nuestra base de datos de personal. Se trata de Pol Gutiérrez, expolicía nacional. Baja reciente.

Paula sintió un escalofrío. Pol Gutiérrez... un expolicía. No sabía qué pensar. No esperaba nada concreto, pero desde luego un policía no había sido su primera opción.

—Envíame toda la información —dijo Paula—. Dirección, expediente, todo lo que tengáis.

—A la orden. Se lo envío en un minuto.

—Muchas gracias.

Unos minutos después, Paula tenía la información sobre Pol Gutiérrez en su pantalla.

El expediente estaba limpio, había estado más de diez años en la policía nacional y siempre en el mismo destino. Al final del informe se resaltaba un informe psicológico que mencionaba estrés postraumático severo, pero no había más detalles.

No disponían de la dirección, aparecía como desconocida.

Paula no dudó un instante y llamó a la comisaría de la policía nacional en la que Pol había estado trabajando.

Se identificó como agente de los Mossos cuando la atendieron desde la centralita; pidió hablar con el comisario.

Al cabo de unos segundos pasaron la llamada y un hombre con voz grave y tono serio le contestó.

—Buenas tardes. No acostumbro a recibir llamadas externas, pero por cortesía profesional la atenderé. ¿En qué puedo ayudarle?

Ella se presentó y le explicó el caso, no tenía muchos detalles y no era una investigación formal, no podía exigir.

—Sí, sí, sé que no tiene que darme ninguna información, pero de verdad es importante. Necesito localizar a Pol.

—No sé dónde está. Pidió la excedencia, ya no es del cuerpo. Mire, sé que ha encontrado trabajo en una agencia de detectives, pero no sé más.

Se despidió de manera cortante y colgó el teléfono.

No había conseguido mucho, pero al menos sabía que había sido policía y que ahora era detective. Sin embargo, habían surgido más preguntas.

¿Por qué había dejado la policía? ¿Qué tipo de trauma tenía? ¿Era peligroso?

Todavía no era muy tarde, y aún podía hacer algo esa tarde. Decidió que no podía llamar directamente a las agencias de detectives de la ciudad sin levantar sospechas.

Podía consultar la base de datos de la seguridad social, si trabajaba en alguna agencia estaría contratado, pero eso requería tiempo y permisos. No tenía nada de eso.

Estuvo pensando un momento, no le quedaba otra opción que pedir favores. Cogió el teléfono y buscó en la agenda de contactos.

Judith era una conocida; tenían alguna amiga en común y, aunque realmente no eran amigas, mantenían el contacto. Llamó y enseguida se lo cogió.

—¡Hola, Paula! ¡Cuánto tiempo!

—Hola, Judith. Perdona, pero tengo que pedirte un favor. Te deberé una copa. Necesito que me digas dónde trabaja una persona.

—Si me pillan… ya sabes que esto no se puede...

—Si te pillan dirás que te coaccioné, te presioné, o algo similar. Tú tranquila —ni ella se creía esa excusa. Le dio el número de DNI.

Hubo un silencio que se le hizo eterno, no sabía si esa chica había colgado o estaba dudando si hacerlo o no.

—Investigación Privada García S. L. Están aquí, en la Rambla.

—Muchísimas gracias, te debo esa copa.

—No, me debes dos.

—Me lo apunto, dos copas. Nos vemos.

Lo tenía. Miró la hora. Aún no eran las seis de la tarde. Con un poco de suerte podría pillarle al salir de la agencia.

—Voy a salir —le dijo a uno de sus compañeros—. Si alguien pregunta me he ido a un asunto urgente.

Sin tiempo que perder cogió sus cosas y enseguida estaba en el coche. Diez minutos después, con el pulso agitado, se sentaba en un banco enfrente de la agencia.

Acababan de dar las seis de la tarde, aún había luz en la oficina.

Mientras hacía vigilancia le daba vueltas a la información que tenía sobre ese hombre intentando trazar un perfil.

Policía con buen expediente, aún joven. ¿Por qué había dejado el cuerpo? ¿Qué le había llevado a ese nuevo trabajo?

Y lo más importante… ¿qué demonios hacía en medio de su investigación?

La lluvia había parado pero la humedad traspasaba la ropa y se hundía hasta los huesos. El asfalto mojado reflejaba las luces de los coches. Las calles estaban casi vacías.

Sin dejar de mirar la puerta de la oficina fue a por un café, necesitaba entrar en calor y no sabía cuánto tiempo tendría que esperar… estaba decidida a localizar a ese tío.

***

Había pasado más de una hora y Pol no había aparecido. No era fácil no dejarse llevar por la duda.

Se sobresaltó un par de veces, el edificio estaba lleno de oficinas y la gente poco a poco iba saliendo. Habían salido un par de hombres muy parecidos a su objetivo; se acercó a ellos con cuidado hasta que pudo descartarlos.

Volvió a su sitio, había buscado un banco en el que esperar, lo suficientemente cerca para no perder detalle, lo suficientemente lejos para no llamar la atención. Siempre en diagonal al portal.

La duda empezaba a ganar terreno. Ni siquiera estaba segura de que Pol estuviera en ese edificio. Podía haber salido antes o estar fuera trabajando, había muchas opciones.

Aun así, decidió estar un rato más: nadie la esperaba en casa. Para bien o para mal, era dueña de su tiempo.

Miró su reloj, faltaban unos minutos para las ocho y en ese instante se apagó la luz de la oficina. Era en ese momento o no era. Si Pol no salía entonces por esa puerta, toda la tarde habría sido una pérdida de tiempo.

Pensó que quien fuera tardaba mucho en salir, pero justo unos segundos después se abrió la puerta principal del edificio. Tenía un portal elegante, diseñado para agasajar a las visitas.

Dos hombres salieron juntos. Uno era mayor y enseguida descartó que fuera su objetivo. El otro era un hombre joven, moreno y que coincidía con la imagen grabada por la cámara. Consultó la imagen del sospechoso que había imprimido. La imagen no tenía mucha definición, pero el parecido era más que evidente. Tenía que ser él.

Los dos hombres hablaron durante unos segundos y después se separaron. El mayor bajó la calle. Pol fue en dirección opuesta, hacia el mirador que coronaba la Rambla.

***

Paula esperó a que Pol se alejara un poco y luego, con prudencia, empezó a seguirlo. Mantenía una distancia intermedia, intentando no llamar su atención pero teniéndolo siempre a la vista. No quería perderlo; por supuesto que conociendo el nombre acabarían localizándolo, pero ese no era el plan: quería sorprenderle en su terreno. Quería tener la iniciativa.

Pol caminaba por las calles sin un rumbo aparente, incluso parecía volver sobre sus pasos durante algunos minutos. Parecía estar perdido en sus pensamientos, caminaba con la cabeza inclinada ajeno a la presencia de Paula.

Recorrió el paseo que transcurre junto al mirador, parando de vez en cuando a mirar el mar. A esa hora el mar estaba oscuro, con el azul convertido en negro. Solo un leve reflejo de la luna, que se abría paso entre las nubes, le hacía cambiar de color.

Enseguida entraron en el casco antiguo. Pol caminaba delante, Paula le seguía unos metros por detrás. Cuidadosa, atenta a no dar señales.

Él se detuvo a coger algo para la cena. Comida preparada, lista para cenar, sin complicaciones.

Las calles estaban casi desiertas, solo algún grupo de jóvenes rompía el silencio. Los turistas habían desaparecido con el mal tiempo.

Finalmente, Pol se detuvo frente al portal número 12 de la calle Santa Ana. Sacó unas llaves y entró en el edificio.

Era una calle estrecha, escudada en edificios antiguos, estrechos, con restos de piedra y balcones llenos de flores. Algunos bares y tabernas a ambos lados iluminaban la calle más que las farolas. Paula encontró un lugar discreto desde donde podía observar el portal sin ser vista.

Segundos después de que él entrase en el portal se encendió una luz en el tercer piso. Solo había un piso por planta. Era el suyo.

Se quedó unos instantes oculta, sopesando sus opciones. Podía marcharse, ya tenía al informador misterioso. Podría pedir una orden contra él; al fin y al cabo, estaba relacionado con tres crímenes. Sería fácil de obtener.

O podía actuar, encararse con él y averiguar qué estaba tramando.

Al final tomó una decisión. No quería esperar. Quería respuestas.

Se acercó al portal, empujó con fuerza y la vieja puerta de madera se abrió. Sin encender la luz, empezó a subir las escaleras. Olía a humedad, a vacío, a viejo.

Sentía cómo se le aceleraba el pulso, pero no tenía miedo. Era la adrenalina recorriendo cada capilar de sus venas, quería esas respuestas.

Se detuvo frente a la puerta del tercer piso. Respiró hondo, intentando calmarse. Puso su mano derecha sobre la pistola. Luego, con firmeza, llamó a la puerta golpeándola con los nudillos.

Los golpes hicieron un ruido sordo, parecía no haber nadie en todo el edificio. El silencio era absoluto. Solo oía su propia respiración.

Volvió a golpear la puerta, esta vez con más fuerza.

Una voz a su espalda la sobresaltó, le heló la sangre. Cada centímetro de su piel reaccionó erizándose...

—Podrías estar muerta.

Ahora sí, el corazón de Paula corría desbocado arrastrado por el miedo.

DIECIOCHO

Jueves, 22 de febrero. 22.15 p. m.

Él entró en la casa y cerró la puerta haciendo sonar un metálico y leve clic. Ella suspiró y se apoyó por un instante en la pared del salón, antes de girarse y recibirle en su refugio.

Él se sentó en el sofá después de entrar, en silencio. Ella fue a la cocina, sirvió un refresco para él y una generosa copa de vino blanco para ella.

La atmósfera pausada de la casa los envolvía como una manta, les servía de escudo en ese espacio que en los últimos meses habían construido a su medida, con cada momento compartido. Aunque David no vivía allí, pasaba muchos días y noches con Ada.

El salón, a esas horas de la noche y con la calle ya a oscuras, solo estaba iluminado por una tenue y cálida luz que se proyectaba desde una lámpara de pie con la pantalla de color beige.

Una estantería dominaba el salón, repleta de libros perfectamente ordenados por el autor, todos bien situados, ninguno descuadrado. Nada fuera de lugar. Un par de plantas remataban la decoración dando un punto de color a la habitación.

Ada avanzó lentamente, con las bebidas en la mano.

Se acercó, le ofreció la bebida y sus manos se rozaron fugazmente. Ella esperaba sentir una chispa, una reacción eléctrica

de su piel al tocarse. Hacía días que no les pasaba; exactamente seis días y tres muertos.

—Aquí tienes —murmuró Ada, con una voz apenas perceptible.

—Gracias.

El silencio volvió a caer entre ellos, un silencio cargado de inquietud. Los dos sabían el porqué de ese silencio: las muertes.

Ada se sentó a su lado, bebiendo un sorbo de su propia copa. El vino, normalmente reconfortante, hoy le sabía amargo.

—Es horrible, ¿verdad? —dijo Ada, rompiendo el silencio con una voz que temblaba ligeramente—. Tres muertos en una semana, tres de los nuestros.

David asintió lentamente, sin levantar la vista del suelo.

—Demasiada coincidencia.

—Yo también lo he pensado, pero me niego a creerlo. Al menos me negaba, al principio.

—¿Por qué dices eso?

—No, nada. Serán cosas mías.

David levantó la vista y la miró intentando imaginar qué ideas estaban pasando por la cabeza de Ada.

—No puedes soltar eso y callarte después. Confía en mí —puso su mano sobre la de ella.

Ada suspiró, llevándose la copa a los labios y apurando el vino.

—No hay nada, David. Nada. Te lo diría…

David se puso en pie. Quería conocer qué pensaba ella.

—¿Por qué no me lo quieres decir? Estoy aquí para ti.

Ada suspiró, no quería contarlo pero tenía que decírselo.

—Solo es que... desde hace unos días he notado en mi archivo algo… de desorden. Como si alguien lo hubiera tocado.

—Ah, tranquila. ¿Era eso? Ha podido ser cualquiera. Ya sabes que ahí miramos todos. ¡Hasta yo! —el chico rio ligeramente—. Si es eso, no es nada, cariño.

—Lo sé, lo sé. No es nada, pero tengo un pálpito. Y estoy agotada… ¿te quedas esta noche?

—Sí, esta noche sí. Vamos a la cama. No le des más vueltas. Me estabas preocupando, pero si solo es eso… estamos todos muy nerviosos. Olvídalo.

La noche se alargó para los dos.

Cada uno en su lado de la cama viendo cómo pasaban las horas. Los dos encerrados en sí mismos. Cuando pensó que ella se había dormido se levantó y, desde el comedor, envió un mensaje con el móvil.

Ninguno había sido sincero, ninguno podía serlo. Los dos guardaban secretos, cada uno los suyos.

DIECINUEVE

Jueves, 22 de febrero. 20:30 p. m.

El silencio tras la llamada de Paula a la puerta se quebró por una voz que pareció surgir de detrás de ella, helándole la sangre en las venas.

—Podrías estar muerta…

Paula se revolvió sobre sus talones, con la adrenalina recorriéndole el cuerpo como un latigazo.

La escalera estaba en la más completa oscuridad. La luz de la calle era demasiado débil. A escasos metros de Paula se adivinaba una figura de pie: descendía del piso superior, peldaño a peldaño, haciendo que el rumor de los pasos se fuera acercando despacio. Era un hombre.

Su rostro era ilegible en la sombra, pero su voz era fría, dura. Se detuvo.

—Jugando a detectives en la oscuridad, ¿sargento? Es un juego peligroso —Pol se detuvo unos escalones por encima de ella, con la mirada fija—. Debería tener más cuidado. No sea tan atrevida, nunca sabe con quién se la está jugando. ¿No le enseñaron eso en la academia?

Paula forzó su mirada, entornando los ojos para ver en la oscuridad. Había pulsado de forma compulsiva el interruptor de la escalera pero no respondía, era una llamada de auxilio sin respuesta.

El miedo podía más que la confianza en sí misma, y quiso plantar cara. Echó la mano a su pistola.

—¿Y usted es? ¿Mi ángel de la guarda? —replicó con la voz afilada, cargada de sarcasmo—. ¿O está usted acostumbrado a hacer daño en la oscuridad?

Pol descendió otro escalón para acortar la distancia entre ellos. Su presencia era imponente, no por su físico, sino por su actitud.

—Ninguna de las dos cosas —dijo, la voz baja, casi un susurro—. Solo alguien que sabe cómo funciona todo esto. Alguien que sabe lo rápido que las cosas pueden torcerse, especialmente para quienes se saltan las normas, para los que buscan atajos.

—¿Es eso una amenaza, señor Gutiérrez? —desafió Paula, cogiendo firmemente su pistola, preparada para responder.

Él hizo una pausa. Estaba tan cerca que se podía adivinar una sonrisa socarrona en sus labios.

—Tómalo como un consejo, Paula. Si hubiera querido, ya estarías muerta. Ahora…, ¿hablamos dentro? Aquí fuera hace demasiado frío para estos jueguecitos de amenazas —señaló hacia la puerta de su piso con un gesto tranquilo.

Era una invitación que hizo vacilar a Paula durante una fracción de segundo. Evaluó la situación: estaba sola, en un edificio desconocido y frente a un hombre al que realmente no conocía.

Pero, por otra parte, no entrar era admitir una derrota, y ella no era así, aunque contradecía el más mínimo sentido común de un policía.

—Después de usted —dijo Paula, dejándole entrar primero. Seguía en guardia, con la mano en la pistola.

Pol entró, pero justo antes de entrar se giró. Fue un movimiento brusco. Si buscaba asustarla lo consiguió.

—Una cosa más. No me hables de usted. Sabes perfectamente quién soy, ya me has investigado para llegar hasta mí.

Ella le siguió dentro del piso, no le quitaba ojo. Él cerró la puerta.

Los ojos de Paula recorrieron el piso nada más entrar, quería conocer algo más sobre ese hombre, entender esas cosas que no aparecen en los informes.

Era un piso muy viejo, mal conservado y peor amueblado. Apenas había un triste sofá, con un estampado que hubiera hecho sangrar los ojos de cualquier decorador, y una pequeña mesita delante del sofá. No había televisión, no había otros muebles. Las cortinas amarilleadas por los años apenas les ocultaban del exterior. No parecía un hogar, únicamente un espacio donde refugiarse.

Pol la invitó a sentarse, sacándola de sus pensamientos.

—Gracias, pero prefiero estar de pie.

—Como quieras. Iba a cenar, acabo de coger algo para picar… Pero eso ya lo sabes, ¿verdad? ¿Has pasado mucho frío esperando a que saliera? —sonrió, le gustaba demostrar que sabía que le seguía.

Ella lo miró de arriba a abajo, pero no le contestó. Le supo a veneno, pero no entró al trapo.

—¿Algo de beber? Te puedo ofrecer agua… o vino. No tengo nada más. Bueno, sí. Tengo café.

—Disculpe, no se confunda. No he venido aquí a relacionarme. No sé si se da cuenta de que aquí mando yo. La policía soy yo, no usted. Las preguntas las hago yo —remarcó con fuerza el «yo» y el «usted»—. ¿Le queda claro?

Pol no se inmutó, conocía el oficio y los riesgos a los que se estaba exponiendo. ¿No se da cuenta de que estoy ayudando?

—Vamos al grano. ¿Qué está haciendo? ¿Por qué se entromete en la investigación? ¿Está intentando encubrir a alguien? ¿A usted

mismo, quizás? Creo que su llegada a la ciudad coincide con el inicio de estas muertes… Simplemente con eso podría investigarle como sospechoso… —seguía tratándole de usted, no quería ninguna confianza.

Pol sí que se había sentado pero esas acusaciones retumbaronen sus oídos y se levantó. No le contestó, solo le regaló una mirada seria mientras pasaba por delante de ella hacia la cocina, dejándola con dudas.

Se oyó la nevera, el repiqueteo de vasos sobre la encimera y el murmullo de la bebida cayendo dentro. Volvió a los pocos segundos, con dos vasos de vino. Le ofreció uno a ella pero lo rechazó con un gesto.

—Yo lo he intentado… no digas que no soy amable. —Y al terminar le cambió el gesto, se endureció—. No, no encubro a nadie. No, no me encubro a mí…

—Pero…

—¡Déjame hablar! —la interrumpió con brusquedad—. Solo he querido ayudar. Si no fuera por mí, por mi ayuda, no habrías visto a alguien en las cámaras del banco, y no me refiero a mí. ¿Me equivoco? ¿Había alguien cuando se produjo el atropello, ¿verdad?

—No voy a contestarle a eso —lo veía arrogante, engreído y opaco—. No me ha contestado. ¿Por qué hace esto? No me creo que sea por ayudarme a mí…

—Mis motivos son míos. Te he ayudado, con eso debería bastarte. ¿Se ve a alguien en la cámara, verdad? Si no, no estarías aquí. Había alguien más, los dos lo sabemos.

Paula no contestó, quiso ganar tiempo y se alejó lentamente en dirección al pasillo, esperaba poder echar un vistazo al resto del piso. Quería conocer más.

—Perdona, pero no te he invitado a ver el resto del piso. Sé lo que estás haciendo y no me apetece que lo hagas ahora —la voz sonó a reproche calmado.

No le contestó, hubiera sido darle la razón.

¿Por qué no le dejaba ver más?

Él la había invitado a pasar a su casa y ahora ponía ese límite… ¿Era por pudor? ¿Por proteger su intimidad, o por algo más?

—Mire, no voy a alargar esto mucho más. No está siendo muy claro, ni colaborador. No se entrometa, no juegue a ser policía. Ya no lo es.

—Haré lo que considere…. busco lo mismo que tú.

—Mire, señor Gutiérrez. Se ha entrometido en una investigación, haciéndose pasar por policía y… —cortó la frase a medias. No quería dar ningún tipo de información.

—Paula, no tienes por qué creerme, pero no tengo nada que ver con esas muertes. Si no quieres mi ayuda, ya puedes irte por donde has venido, conoces el camino.

Paula se dio la vuelta. Había decidido irse. No había conseguido aclarar sus dudas sobre ese hombre. Al contrario, habían crecido. Para ella ahora era un sospechoso.

Las muertes habían llegado con él. Su pasado no estaba claro.

Parecía saber más de lo que contaba.

Iba un paso por delante de ella.

Podría haberla matado solo hacía un rato. Tenía que salir de ahí, lo antes posible. De repente fue consciente del error que había cometido entrando sola en esa casa. Sal de aquí, Paula, ¡sal ya!

Se acercó a la puerta y al abrirla, volvió la mirada durante un instante. Él seguía tranquilo, con la cara seria y una mueca ambigua

asomando en su gesto.

Cerró la puerta con fuerza y bajó las escaleras a toda prisa buscando la salida y la protección de la calle, tropezó un par de veces y maldijo la oscuridad que dominaba esa escalera. No se sentía tranquila.

Había sido un encuentro inquietante y algo le hacía pensar que no iba a ser el último.

VEINTE

Viernes, 23 de febrero. 5:07 a. m.

La conversación con Pol se aferró a su subconsciente y la persiguió en sueños.

Se despertó sobresaltada en mitad de la noche. El sudor frío le empapaba la frente, tenía la camiseta húmeda y el corazón le latía con fuerza.

Esa noche el sueño se convirtió en una pesadilla opresiva y la había despertado, la recordaba con total claridad. Si cerraba los ojos podía revivirla.

Alguien entró en su casa en silencio. Sintió algo en la habitación y, al encender la luz, vio a Pol con la mirada vacía y una mueca en la boca. Se abalanzó sobre ella y le clavó un cuchillo en el estómago.

Mientras se desangraba él le tapaba la boca, no podía moverse. Antes de cerrar los ojos oyó su último mensaje.

—Podrías estar muerta. Te lo dije.

Paula se sentó en la cama, con el pecho esforzándose por mantener la respiración. Encendió la lámpara de la mesita de noche. La luz tenue le ayudó a orientarse en la oscuridad. Miró el reloj. Poco más de las cinco.

Estaba convencida de que esa noche no podría volver a dormir.

Se levantó y fue a la cocina. Abrió la nevera y cogió una botella de agua. Bebió directamente de la pequeña botella, intentando calmar su sed. El agua fría le recorrió el cuerpo, despertándola del todo.

Dejó la botella sobre la encimera y se apoyó en ella, clavó su mirada en la ventana. La ciudad aún dormía, volvía a ser una noche fría. Para la mayoría era una noche más, no para ella.

Volvió al dormitorio y se vistió. Lo mejor era ponerse a trabajar. No tenía sentido seguir dando vueltas en la cama.

Se sentó en el sofá, con su pequeña libreta de apuntes en la mano. Tenía que ordenar las ideas, ver las prioridades.

La concentración en un objetivo hizo que bajaran sus pulsaciones y sintiera un poco de calma.

Media hora después entraba en la ducha, pero al sentir el calor del agua caliente resbalando por su cara cerró los ojos y la pesadilla aprovechó para volver a su cabeza. ¿Qué le estaba pasando?

***

A esa misma hora Pol se levantaba. La conversación con Paula le había dejado intranquilo; la actitud firme había dejado paso a las dudas más irracionales. ¿Lo había hecho bien?

Ella no se lo había puesto fácil, pero… ¿Por qué iba a hacerlo? Él no se acostumbraba a no ser policía, a tener que dar explicaciones.

Recalentó el kebab que había cogido para cenar y, después de devorarlo, se fue a la cama.

El cansancio físico y la fatiga emocional pudieron más que las dudas y pronto se quedó dormido, pero el recuerdo de Marcos y sus errores aquella fatídica noche hicieron que los desvelos fueran continuos.

Mientras desayunaba decidió sus próximos pasos. No iba a apartarse, no iba a hacerle caso a esa policía.

Esa noche saldría a hablar con los mendigos que dormían en la calle, no podía dejarlo más tiempo.

***

Puntual como siempre, quizás algo más, pero con mucha peor cara de lo habitual, Paula llegó a comisaría.

La mala noche no le hizo olvidar su rutina: dejó su mochila y su abrigo, cogió la taza y se hizo un café. Lo iba a necesitar.

En cuanto Joan entró por la puerta se fue directamente hacia él. Le explicó con calma lo sucedido la noche anterior. El gesto de Joan se agriaba un poco más con cada palabra que escuchaba.

—¿En qué cojones estabas pensando? ¿Y si de verdad hubiera sido el cabrón que hay detrás de esto?

—Joan, lo tenía controlado…

—Ni controlado ni hostias, que sea la última vez…

—¡Sí!, de verdad…

—Pide la orden para registrar ese puto local, métete hasta dentro. Averigua lo que puedas y no hagas más el tonto. Si tienes algo contra ese tío lo detienes. Pero no se te ocurra volver a hacer estupideces. ¿Ha quedado claro?

—Sí… —Un hilo de voz se escapó a modo de respuesta.

—En serio, Paula. ¿Ha quedado claro?

Asintió y cabizbaja volvió a su mesa. Él cerró su despacho de un portazo y mantuvo su mirada sobre ella durante unos segundos.

Se puso manos a la obra: gestionó la documentación necesaria para pedir una orden judicial de registro del local de *Tots Iguals*.

No debería haber problemas, había indicios muy sólidos de la relación entre las tres muertes y esa asociación.

Envió la documentación. Solo podía esperar.

A esa hora Pol estaba investigando un caso de posible robo de una cajera en un supermercado local. Esperaba acabar pronto ese trabajo. Tenía otras ideas para esa noche.

El día avanzó lentamente y la orden no llegó hasta después de comer.

Paula ya podía ir a ese local y revisarlo palmo a palmo.

***

Los preparativos le llevaron un rato, y ya eran las siete de la tarde; la orden judicial le quemaba en las manos.

Paula sabía que era un paso necesario. Aunque le incomodaba la idea de irrumpir en la ONG, debía hacerlo.

Le pidió a Joan que su acompañante fuera Carlos. Era uno de los buenos, serio y metódico; tenían buena relación, era un hombre tranquilo que no perdía el tiempo riendo las gracias de sus compañeros. Necesitaba alguien así a su lado.

Llegaron al local de la ONG cerca de las ocho de la tarde. Ya les esperaban cuatro agentes judiciales: ellos ejecutaban los registros. Paula y Carlos eran el soporte.

Paula respiró hondo antes de entrar, le atendió la chica de siempre que al verla tan acompañada dio un pequeño respingo en la silla. Un agente de entrada y seguridad se apostó en la puerta: era el encargado de impedir la entrada o salida de alguien sin autorización.

—Buenas tardes, agente.

—Buenas tardes. Tenemos una orden judicial para registrar el local. Avise a los responsables.

La chica llamó con urgencia al teléfono de Josep. No lo dudó, siempre acudía a él si tenía problemas. Desde pequeña lo había visto como un modelo, era el mejor amigo de su padre y siempre fue como un tío para ella.

Sin dar tiempo a que hubiera una respuesta el registro comenzó de inmediato.

Paula y Carlos se dividieron.

Carlos subió al piso superior acompañando a uno de los judiciales. Tenían que revisar cocina, comedor, almacén y cualquier otra habitación que hubiera.

No sabía bien qué buscar. Algo diferente, algo que llamase la atención.

La cena estaba lista y varias personas esperaban su turno. El ambiente estaba cargado, el olor de muchos de ellos era avinagrado, intenso, impregnado en la ropa. Se sentía incómodo.

Paula estaba abajo. Mientras esperaba a Ada revisó el espacio de trabajo de recepción.

El puesto lo ocupaba Lidia Sala. La joven que siempre la recibía.

Apenas había papeles.

—No veo ningún papel o formulario. ¿Cómo trabajas?

—Lo tengo todo, bueno, casi todo informatizado. Lo que aún está registrado en papel va todo al archivo, está en el despacho de Ada.

—Pediremos una copia de tus archivos. No borres nada.

—No, no. No tocaré nada. —No parecía sorprendida, pero evitaba mantener contacto visual.

En ese momento entró Ada por la puerta, iba acompañada. Era David, el chico al que conoció días atrás.

—Paula, ¿qué está pasando?

—Te he llamado, pero no me lo has cogido —Lidia se coló en la conversación—. Pero enseguida vendrá Josep.

—Ada, lo lamento, pero tenemos indicios fundados de que las muertes recientes están relacionadas con la ONG. Quiero ver tu despacho, y el de Josep.

—Pero él no está...

—No voy a esperar. Ábrelo. Seguro que tenéis llave.

Ada guió a Paula y a un agente de registro hasta su despacho, aunque ella ya sabía el camino.

Las dos entraron, pero Paula le pidió a Ada que saliera: no quería ninguna distracción. Nadie debía tocar nada.

El despacho de Ada era pequeño y oscuro, tal y como recordaba. Paula seguía pensando que faltaba una ventana.

Todo estaba completamente lleno de papeles, archivos y notas. Todo en perfecto orden. Paula se centró en el archivador metálico, lo abrió y lo vio lleno de historiales. Cientos de carpetas con nombres, fotografías, informes de asuntos sociales…

Paula sintió un vuelco en el corazón. Aquello era imposible de procesar allí mismo, había demasiada información. Decidió requisar todo el archivo para revisarlo con calma en la comisaría. Dio las instrucciones al agente judicial.

—Nos llevamos todo esto, Ada —dijo Paula, señalando el archivador—. Necesitamos revisarlo con detenimiento.

Asintió, con la mirada fija en el suelo.

Lidia y David hablaban al fondo del pasillo; uno de los mendigos salió de una habitación contigua y, al mirarlos, provocó que el silencio se instalara de golpe. Se habían conocido en la universidad, compartían asignaturas y el respeto por Josep. Poco después de conocerse, David se unió al grupo de voluntarios invitado por ella. A él le parecía cautivadora: su actitud determinada y su energía firme tiraban con fuerza de él. Algunos de los voluntarios sospechaban que la relación no era solo de amistad.

Ya habían revisado el despacho de Ada sin dejar nada al azar, sin dejarse ni un cajón por abrir, requisaron cualquier cosa que pudiese darles información.

El siguiente paso era el despacho de Josep, Ada les abrió la puerta y esta vez se quedó fuera sin que hiciera falta una orden.

Paula no conocía ese despacho. Era muy diferente al de Ada.

Era un espacio amplio y luminoso, con una gran mesa de madera con un barniz oscuro que le daba un aspecto noble, en la pared del fondo se mostraban varias estanterías completamente abarrotadas de libros, parecía una pequeña biblioteca.

Paula y su compañero revisaron la mesa, abrieron todos los cajones… No había gran cosa a parte de algunos apuntes y notas sin importancia sobre actos sociales.

Sobre un pequeño mueble se veían un par de fotos de su familia y otra en la que aparecía él con una mujer que debía ser su esposa y otra pareja con una niña pequeña. En el centro vieron recuerdos de viajes familiares: un cenicero, un abrecartas con mango de madera como recuerdo de un pueblecito en la costa...

Llegó el turno de la pequeña biblioteca. Revisaron los libros uno por uno, buscando algo que les llamara la atención. Muchos eran de derecho, otros de gestión de subvenciones, gestión de comedores sociales…

Hubo uno que llamó la atención de Paula, colocado al principio de uno de los estantes, destacaba por el formato.

Paula lo cogió y lo hojeó con curiosidad. Estaba lleno de anotaciones al lado del texto, eran de diferentes colores. No lo había leído solo una vez.

El título no le pareció habitual: *Lo que las clases sociales se deben unas a otras*. Sin soltarlo cogió el móvil e hizo una búsqueda rápida en internet...

Un escalofrío le recorrió la espalda culebreando por su espina dorsal.

Carlos bajó las escaleras y al entrar en el despacho interrumpió sus pensamientos.

—Arriba nada, compañera.

—Aquí hemos tenido más suerte, Carlos. He pedido más ayuda. Por favor, ocúpate de comprobar que empaqueten todo el archivo. Lo quiero esta noche en comisaría. Yo me voy ya. Antes de salir se aseguró de que ese libro fuese perfectamente identificado y llevado a su despacho.

Al salir coincidió otra vez con Lidia, seguía hablando con David y al verla llegar el silencio volvió a frenar la conversación. Ada esperaba en el pasillo con la mirada ausente.

***

La tarde había avanzado de puntillas, lenta, pero ya eran más de las once de la noche. Pol ya había cenado, una vez más comida preparada. A esa hora ya les había dado tiempo a que los desahuciados acabaran de cenar y fueran a sus rincones a dormir. Había llegado el momento de intervenir, dejar de ser un espectador y coger las riendas. Era el momento.

Antes de salir se puso el abrigo y se calzó un gorro de lana en la cabeza, al pisar la calle se encendió un cigarro. No dudó, sabía exactamente dónde tenía que ir. Un par de noches antes, vio dónde dormía uno de ellos. Si supieran que no era bueno repetir…

Caminó con tranquilidad, pero decidido, hacia la plaza de la catedral. A los pies del templo había unos porches que eran un buen refugio en esas frías noches. Lo encontró allí, como imaginaba.

Dormía sobre unos cartones, oculto bajo una sucia y raída manta. Pol pudo sentir el olor varios metros antes de llegar hasta él.

Se acercó despacio, con las manos visibles como señal de buenas intenciones, los sustos sufridos hacían que esa gente estuviera siempre alerta. El bulto oculto reaccionó bajo la manta y se movió antes de que él llegara.

Ese pobre hombre se incorporó. Asustado.

—¿Quién anda ahí? —el alcohol y el tabaco habían agravado esa voz, pero no conseguía disimular la inquietud.

—Tranquilo, solo quiero hablar un rato.

—Yo no. Lárgate.

Pol sacó un billete de 20 euros del bolsillo y los ojos de ese hombre se iluminaron. Miraba el billete.

—Venga, hombre. Échame una mano.

—¿Eres madero?

—No, lo era pero ahora ya no. Dime, ¿sabes algo de los tres muertos?

—Primero el dinero. Pero… no sé mucho. Te lo advierto. No sé nada, realmente.

Pol le dio el dinero.

—Solo te diré que no todo es tan bonito como parece. La gente no siempre nos trata bien, incluso los que lo aparentan. No siempre nos tratan bien allí. Al menos no todos. Para algunos somos peor que la basura.

—¿Allí?

—En el comedor… nos dan de comer, pero nos roban la dignidad.

—Pero en la ONG os ayudan… ¿Conocías a los muertos? ¿Quizás de verlos en el comedor social?

—No te diré nada más. ¿Lo entiendes? Ahora lárgate. Si quieres saber algo de las calles habla con Ramón, es un perro viejo y le da igual hablar.

Se acurrucó bajo la manta, tapado hasta la cabeza.

No merecía la pena insistir con ese hombre, o no sabía nada o no quería saberlo. Lo tenía claro. Ni siquiera podía dar por cierto ese comentario. Tenía que conocer a ese Ramón, a ver qué podía sacarle.

—Usa bien esa pasta. ¿Dónde puedo hablar con ese Ramón?

El mendigo alargó la mano y sus largas y sucias uñas rozaron los dedos de Pol cuando éste puso otro billete en juego.

—Duerme en la calle Destral. Déjame en paz ya, joder.

Pol dejó caer otro billete al lado de ese hombre.

—Dile a Ramón que iré a verle el domingo por la noche, después de cenar.

No sabía si el mensaje llegaría a Ramón pero daba igual, tenía que intentarlo. Se acordó de su mentor en la policía, estaría orgulloso.

VEINTIUNO

Sábado, 24 de febrero. 8:15 a. m.

Paula llevaba desde las siete en comisaría; había sido incapaz de dormir más esa noche. La necesidad de revisar las pruebas se había convertido en un soniquete mental que no la había dejado descansar. Todavía con cansancio en el cuerpo y sueño en la cara, condujo todo el camino bajo un fuerte chaparrón que amenazaba con colapsar la ciudad.

Llevaba más de una hora revisando los archivos incautados en el registro. Carlos y los otros chicos habían cumplido y los habían entregado la noche anterior.

No quedaba ni un centímetro libre encima de la mesa de su despacho, estaba completamente enterrada bajo carpetas, folios y archivadores de documentos.

Tomó otro sorbo del café ya frío. Algo no cuadraba en los archivos, algo que la desconcertaba. Se tomó un segundo de pausa y, después de un suspiro profundo, volvió a revisar la lista de usuarios actualizada, cotejándola con los archivos físicos, uno a uno.

Frunció el ceño.

—No puede ser —murmuró.

Los expedientes de Antonio Guzmán y Tomás Ruiz habían desaparecido. No estaban entre la documentación requisada. Ella

misma había visto el de Antonio, alguien lo había hecho desaparecer. Lo vio durante la primera visita. Ada se lo enseñó.

El de Lluís, el hermano de Josep, sí que estaba.

¿Qué significaba eso? Los expedientes de dos de los muertos habían desaparecido, el tercero seguía en su sitio.

¿Quería eso decir que la muerte de Lluís había sido fortuita?

¿O era que al asesino aún no le había dado tiempo a eliminar su archivo?

¿Qué pretendía conseguir eliminando el archivo de los asesinados?

¿Borrar huellas?

¿Borrarlos completamente como si nunca hubieran existido?

Una cosa estaba clara. Alguien con acceso a ese archivo estaba implicado.

Aún no sabía quién, tenía que averiguarlo. Cogió su pequeña libreta y anotó: *conseguir lista autorizados archivo Ada.*

La manipulación del archivo no dejaba dudas, era el momento de centrarse en la ONG, tenía que ser alguien de dentro. Pero… ¿quién?, ¿por qué?, ¿cuál era el móvil?

Estaba abrumada por los documentos, sobrepasada por la información y aplastada por el silencio de la comisaría vacía. Podía oír hasta su propia respiración.

Bajó a la calle, necesitaba llenar los pulmones de aire fresco. Tenía que ordenar las ideas, pensar con claridad.

Seguía lloviendo a mares, cruzó el parking corriendo en busca de refugio bajo un porche metálico. El golpeteo de la lluvia sobre el metal no le dejaba oír nada más del exterior.

Únicamente oía la lluvia y sus propios pensamientos.

Se le ocurrieron varias ideas, muchas teorías. Ese no era el camino. Si no tenía cuidado ella misma se metería en un laberinto. Decidió simplificar, no correr.

Iría uno a uno, investigaría a cada uno de los miembros de la ONG, empezando por arriba. Sí, eso haría: *Paso a paso, Paula. Paso a paso*.

Volvió a su despacho. Esta vez caminando, sin correr a pesar de que la lluvia la empapó.

Al llegar a su mesa encendió el ordenador y tecleó el nombre de Josep Sancho en el buscador de internet. El agua de la lluvia aun le resbalaba por la cara y los pies mojados le hacían sentir frío.

Los resultados de búsqueda comenzaron a aparecer de forma inmediata: muchos artículos académicos, algunas conferencias, y varias entrevistas. Su imagen pública era impecable.

Proyectaba una imagen de seriedad, de trabajo persistente, de un hombre hecho a sí mismo, enfocado en la docencia y el voluntariado. Con un conocido despacho de abogados de la ciudad, *Sancho y Sala Abogados.*

Eso no le aportaba gran cosa, tenía que seguir indagando. Quería y necesitaba saber más.

Descargó varias conferencias de Josep, la mayoría estaban enfocadas en el mundo del derecho, pero no buscaba eso.

Otras, a la gestión social. En estas sí que vio algo raro.

Josep hablaba de darwinismo social, de selección natural en las sociedades modernas. «Qué mierda es esta…»

Algunos fragmentos resultaban perturbadores:

«La sociedad malgasta recursos en mantener elementos improductivos», citaba en una de sus charlas.

Paula recordó el libro. Tenía que estar por alguna de las cajas, lo pidió expresamente. Abrió un par de cajas de cartón y revolvió el interior hasta que por fin apareció.

Lo hojeó y no tardó en ver que los mensajes eran muy similares a las charlas de Josep; hablaba sobre teorías económicas y sociales sobre los recursos públicos y quién tenía derecho, y quién no, a acceder a ellos.

Sintiendo una pizca de asco, volvió a su búsqueda online. Enlace tras enlace, de web a web, acabó en páginas de foros académicos.

Había muchos mensajes comentando sus teorías; un mensaje de *joven_dcho* decía que las clases le habían abierto los ojos, y un tal *LSP* repetía una de sus frases: «La compasión mal entendida genera dependencia y degradación.»

Paula se reclinó en la silla. Ahí había gato encerrado. Tener esas opiniones no era un delito, pero no eran las esperadas en alguien de su perfil. ¿Qué clase de ideas estaba esparciendo entre sus alumnos?

Algo se le escapaba. Anotó cuatro ideas en su libreta.

Se tomó un respiro antes de seguir con los siguientes. Caminó hacia la cafetera, necesitaba recargar y un café siempre ayudaba.

La siguiente de la lista era Ada Camps, la coordinadora.

Ya la conocía, habían hablado un par de veces, siempre era quien la atendía. Parecía ser una persona dedicada por completo a la ONG. ¿Podía ocultar algo detrás?

Consultó la base de datos policial, estaba limpia. Siempre hacía la misma comprobación al principio. Con Josep ya lo había hecho. Era algo sencillo y que a veces sorprendía con lo que aparecía.

Buscó su nombre en internet. Los resultados no parecían ofrecer nada interesante, era un nombre común. Al final, refinando la búsqueda encontró un pequeño artículo de la prensa local.

Ada había recibido un premio años atrás por su compromiso con la integración social de la ciudad. Al final del artículo mencionaba un suceso, a principios de los años dos mil...

El artículo explicaba que el hermano de Ada había fallecido por causas relacionadas con el consumo de alcohol y drogas. Se conectaba aquel suceso con el compromiso personal de Ada.

Paula se quedó pensativa, anotó eso en su libreta. Quizás debería sacarlo en el interrogatorio que quería tener con Ada. Esas cosas dejaban heridas.

Por esa vía no podía sacar mucho más. Era una persona aparentemente sencilla, sin mucha aparición mediática. Sin nada especial.

Ada y Josep eran los responsables de esa organización, pero había más gente.

Aún era pronto para ampliar el listado, podría perderse pensando en todos ellos, pero se acordó del chico joven. Lo había visto con Josep, y días después con Ada. Si era alguien cercano a ellos quizás tuviera acceso al sistema.

Aún era temprano, faltaba un rato para la hora de comer, así que se puso con David.

Repitió el mismo proceso. Nada en la base de datos de la policía. Pensó que era normal, era un chico joven y aparentemente correcto.

La información sobre David era escasa. A través del expediente público de la universidad vio que era estudiante de último año de Sociología. Entre las asignaturas cursadas, había tres con Josep Sancho. Paula anotó las fechas.

Seguro que se habían conocido durante esas clases. ¿Podía ser David alguno de los participantes de los foros universitarios?

Accedió a su expediente académico: notas brillantes, especialmente en las clases de Josep.

¿Habría absorbido las teorías extremistas de su profesor?

Era tarde y, aunque quedaba mucho por revisar, necesitaba irse a casa. Había sido una semana intensa, llena de emociones, y estaba agotada.

Mientras recogía sus cosas ordenaba mentalmente lo que había descubierto esa mañana:

Faltan archivos de dos de los fallecidos.

Josep tiene ideas sociales extremistas.

Ada tiene un pasado familiar traumático.

David tiene relación con los dos. Alumno de Josep.

Todas las relaciones tenían un motivo claro; nada destacaba.

Eran casi las dos cuando bajaba las escaleras de la comisaría. Quería llegar a casa. Descansar.

VEINTIDÓS

Domingo, 25 de febrero. 23:15 p. m.

Apenas se veía, y la garganta de la noche se tragaba la débil luz de la única farola. Le gustaban esos sitios, se sentía menos observado, menos juzgado por el resto.

Ramón siempre dormía ahí, a cobijo detrás de unos contenedores y con una pared a su espalda.

Miró el reloj: eran las once y cuarto. Su cita llegaba tarde.

Algo le atormentaba hacía días, le removía el estómago. «No te metas, no es asunto tuyo», se repetía. No se perdonaría otro muerto por no haber hablado a tiempo. ¿Pero cómo? ¿Con quién podía hablar?

Había pensado en ir a la policía, pero... ¿para qué? No le creerían. ¿Quién iba a creer a un paria? La policía no, desde luego; lo sabía por experiencia.

Esa misma noche tenía una reunión que él no había pedido, aunque lo había deseado, de una forma o de otra.

Juan, otro de los mendigos, le había pasado un mensaje mientras cenaban.

—Irá a verte hoy un tío, era madero. Ahora no sé muy bien qué leches hace…

—¿A mí? ¿Por qué? —la sorpresa inundaba la cara de Ramón.

—Vino a verme hace un par de noches. Me preguntó por los compañeros muertos… ya sabes... Antonio, Tomás y el mierdas ese de… Lluís.

—Sí, sí, pero…

—Mira, yo sé que tú estás al tanto de todo, joder. Y que te gusta hablar.

—Yo he cumplido con ese tío, no quiero problemas. Tú haz lo que quieras. Como si lo envías a tomar por saco.

La idea de hablar, de contar lo que sabía, o sospechaba, le había rondado toda la semana, pero ahora que estaba tan cerca no le parecía tan buena idea.

***

Después de la cena había caminado hasta su rincón y allí esperaba, oculto detrás de unos contenedores. El olor a basura era intenso, penetrante, pero la costumbre le había anestesiado el olfato.

Estaba acurrucado, con la espalda apoyada en la pared como hacen los animales antes de dormirse. Buscando seguridad en la espalda para solo tener que vigilar al frente.

Volvió a mirar el reloj, estaba inquieto. Le apetecía salir de allí. Ya no quería hablar con nadie.

Un maullido intenso rompió la calma y un gato pasó corriendo, asustado. Como él.

—¿Es usted?

No conseguía distinguir a nadie y nadie respondía.

Una sombra avanzó delante de los contenedores. Caminaba despacio, sin apenas hacer ruido.

—¿Ramón? —se escuchó como un susurro—. ¿Estás ahí?

—¿Quién va? —no reconocía la voz—. ¿Le envía Juan?

El misterio se materializó ante él, asomándose como una sombra detrás de los contenedores. No distinguía quién era… Se aterrorizó, pero el grito no terminó el camino de su garganta al exterior.

La figura se abalanzó y se dejó caer sobre él, hundiendo con todo su peso una metálica y afilada hoja en el lado izquierdo de su pecho.

Primero sintió el peso encima suyo y al instante llegó el dolor. Un dolor agudo, intenso y punzante. Sintió cómo le desgarraba la piel y el músculo mientras recorría su camino.

Le dolía a cada respiración, el corazón parecía encapsulado incapaz de bombear. Notaba el calor de su sangre brotando, empapándole la ropa.

Cada vez le costaba más respirar, una niebla interna tomaba las riendas y le nublaba la vista. Únicamente el pánico y la adrenalina le mantenían consciente.

La figura se puso en pie mientras miraba a Ramón con desprecio. La sangre resbalaba por el guante de la mano izquierda.

Volvió a agacharse y, mientras tapaba la boca al paria, deslizó el arma a través del cuerpo hasta extraerla. Ramón abrió los ojos como si pudieran gritar pidiendo ayuda y la sangre brotaba mientras tosía.

Tosió una última vez y la saliva y la sangre vomitada chocaban contra la mano del asesino. Dejó de moverse.

La corriente de sangre cesó. Estaba muerto.

—No tenías que haberte entrometido, basura —era un susurro, una voz pausada, cargada de odio—. Siempre has sido un bocazas.

Dejó el arma junto al cuerpo y se marchó igual que había llegado, sin hacer ruido, fundida con las sombras de la calle.

La calle se quedó en silencio, el gato que maullaba se había ido. Solo quedaba el cuerpo aún caliente de Ramón.

VEINTITRÉS

Pronto repicarían las campanas de la catedral, apenas faltaban unos minutos para la hora de las brujas, y un hombre recorría la calle. Parecía buscar algo, miraba en cada rincón en el que pudiera haber alguien escondido.

Al pasar junto a los contenedores vio una mancha en el suelo. Enseguida supo lo que era. Su cerebro se puso en alerta, se quedó en silencio tratando de escuchar algún ruido. Nada.

Poco a poco asomó la cabeza para mirar detrás de la basura. Entonces lo descubrió. Había un cuerpo cubierto de sangre.

Se acercó lo justo para mirarle a la cara, entonces pudo ver ese inconfundible gesto de dolor y miedo que se queda marcado justo antes de la última exhalación.

Al levantarse vio el tenue brillo de la hoja metálica bañada en sangre. Un impulso visceral le empujó a cogerla, se detuvo justo a tiempo. Encendió la linterna del móvil para iluminar la escena. Ahora era más clara.

La sangre era más roja y espesa, la cara del muerto más desencajada. Se fijó en el arma: no era un cuchillo ni una navaja. Parecía algo viejo, parecía un abrecartas.

Era otro mendigo. No había duda. Era a quien buscaba, era Ramón.

Se alejó unos metros y marcó el 112 en su teléfono móvil. No estaba nervioso.

—112, dígame.

—Acabo de encontrar el cuerpo de un hombre muerto. Está en la Calle Destral, en Tarragona.

—¿Está usted bien?

—Sí. Espero aquí a la patrulla.

***

Mientras Pol se sentaba a esperar a la policía, pensaba que algo no cuadraba. Aún no sabía qué era, pero lo sentía.

Las sirenas sonaban cada vez más cerca anunciando su llegada. A pesar del frío, algún vecino curioso se asomaba a la ventana; los más valientes incluso salían al balcón.

Una sombra se movió en la oscuridad, tuvo la certeza de que alguien observaba la escena ocultándose en la penumbra. ¿Era solo un curioso? ¿Era el asesino contemplando la escena?

No reconocía la figura, no podía adivinar si era hombre o mujer. Se puso de pie de un salto y empezó a avanzar hacia el observador. Con un grito le pidió que no se fuera, pero la sombra se giró.

Los servicios de emergencias estaban casi allí; oía las sirenas gritar histéricas al acercarse. Habían sido rápidos, menos de diez minutos.

No podía quedarse a esperarles, tenía que saber quién se escondía en la sombra. Aceleró el paso, y entonces esa figura anónima empezó a correr pegada a las paredes para encontrar cobijo en la penumbra.

Él también echó a correr pero un frenazo y el chirrido de neumáticos deslizándose por el asfalto le hizo detenerse de golpe justo antes de abandonar la pequeña plaza que se abría desde el callejón.

Dos policías bajaron alterados de los coches; estaban desconcertados por la escena, alarmados por verle correr.

Las linternas apuntaron a Pol, la intensidad de la luz en contraste con la oscuridad de la noche le cegó por completo.

—¡Eh, quieto! —gritó uno de los agentes—. ¡Levanta las manos!

No reaccionó, su mirada seguía a la figura que en ese momento ya se perdía al final de la calle.

—¡Levanta las putas manos! ¡Ponte de rodillas!

Oyó cómo cargaban la pistola; reconoció el clic del cerrojo retrocediendo.

—Sí, sí. Tranquilo. Voy —sabía que no tenía más opción y se arrodilló; tenían la pistola en la mano lista para disparar—. No voy armado.

Uno de los policías se abalanzó sobre él haciendo que todo su peso obligara a su espalda a doblarse para no romperse. Pol se golpeó la cara contra el suelo y, mientras otro policía le esposaba, sintió cómo la sangre le resbalaba por la cara.

—Cabrón, ¿dónde ibas tan rápido? ¡Eh!

Le cogieron de los brazos y, tirando con fuerza de él, lo pusieron en pie.

La sangre le resbalaba por la cara y, al agachar la cabeza, sometido por la fuerza de los dos policías se dio cuenta de que mientras estaba sentado al lado de Ramón se había manchado. La sangre había corrido por los adoquines, huyendo del cuerpo sin vida, y le había teñido el pantalón de un rojo apagado.

—¿Qué hacéis? ¡He avisado yo! ¡Había alguien ahí! ¡Justo ahí!

—Claro que sí… y te parece una buena coartada, ¿eh? Cállate. Ya hablarás luego. A ver, nombre completo.

—Pol Gutiérrez.

Uno de los policías, canoso y con voz grave, echó mano a la radio y se acercó a ver el cuerpo de Ramón; los sanitarios le hacían señas de que no había nada que hacer. El inconfundible crujido de las emisoras invadía el aire.

—Central. Estamos en Destral. Mendigo muerto. Homicidio. Sospechoso retenido. Avisen a Sardà. Esto es suyo.

—Agente, ahora avisamos. Manténgase a la espera.

Pol no se había planteado esa opción. ¿Estaba detenido?

¿Qué demonios estaba pasando?

¿Sospechoso?

¡Pero si él era policía! ¡Como ellos!

Tomó consciencia de que ya no lo era. Su placa, su rango, o su historial no iban a sacarle de ese embrollo.

Él también hubiera detenido a un policía, incluso a un compañero si fuera necesario.

Los agentes retenían a Pol junto al coche patrulla mientras se le empezaba a cerrar un ojo por la inflamación después del golpe en la cara contra el suelo.

Uno de ellos le había pedido la documentación mientras el otro mantenía el contacto con la comisaría.

—No llevo la documentación. Solo estaba de paseo.

—¿De paseo? ¿A estas horas?

Pol oyó cómo uno le decía al otro.

—Ya han avisado a la estirada. Llega en diez minutos.

La estirada seguro que es Paula, pensó Pol. La verdad es que el apodo la describía bien y, aunque no tenía ningún motivo, sonrió.

Ella llegó quince minutos más tarde.

Bajó del coche. Debía estar ya durmiendo cuando la avisaron; el pelo alborotado, recogido con prisas en una coleta, la delataba.

Mientras caminaba hacia el cuerpo de Ramón pasó al lado de Pol y le miró fijamente. Esos ojos mostraban una mezcla de decepción, de rabia y de asco. Sin decir ni una palabra siguió dando pasos. Nunca le habían mirado así.

Paula se agachó junto al cuerpo y vio que el arma seguía allí, sobre el suelo. La sangre había formado un charco oscuro y espeso. Examinó las manos de la víctima, la posición del cuerpo, las marcas en el suelo.

Aquel cuerpo aún caliente parecía querer decirle algo.

Cinco minutos después volvió hacia los coches.

—Pol Gutiérrez —su voz sonaba fría—, queda detenido como sospechoso de los asesinatos de cuatro personas. Tiene derecho a guardar silencio y a un abogado. Todo lo que diga podrá ser usado en su contra.

—¡Venga, va!, sabes que no he sido yo.

—Metedlo en mi coche, me lo llevo a comisaría.

—¡Había alguien mirando!

Los agentes lo metieron en el coche de malas maneras, mientras ella se puso al volante.

El silencio inundaba el coche.

Ella pensaba por qué no lo había detenido un par de días antes. Entonces ya no le pareció trigo limpio.

Él dudaba. ¿Había hecho bien en meterse en aquel lío? Estaba seguro de salir indemne, sabía que ninguna prueba le incriminaba. La frustración era peor que el miedo a las consecuencias.

Cuando Paula arrancó el coche todo el espacio estaba en silencio. Los compañeros le abrieron paso. Un coche patrulla les seguía.

No podían dejarla sola con un asesino, ante la menor duda intervendrían.

—Paula, sabes que no tengo nada que ver. Y si no lo sabes, es que no te enteras de nada.

—Cállate, imbécil. Las has cagado. Te has pasado de listo. ¿Por qué has llamado a emergencias? ¿Pensabas que sería una buena coartada hacer pasar esto como una casualidad? Eso de cooperar y hacerse el tonto es en las pelis. Deberías saberlo, en las putas películas.

—Te estás equivocando. Mientras pierdes el tiempo conmigo…

—Que te calles, joder —le interrumpió. Le tenía muchas ganas a ese capullo engreído.

¿Cómo podía haber confiado en él? «Soy gilipollas».

El silencio se apoderó otra vez del coche, solo se oía el murmullo de las ruedas rozando sobre el asfalto. Miró por el retrovisor y sus miradas se cruzaron a través del espejo.

Paula lo analizó. No parecía asustado. La inflamación, el ojo tapado y la sangre reseca por la cara le daban un aspecto de enfermo perturbado.

En ese momento ella tenía claro que la había manipulado, había sido su juguetito. Un divertimento mientras liquidaba a esa gente.

Se imaginó golpeándole en la cara. Deseaba hacerle daño. No por ser un asesino sino por haber jugado con ella.

Al llegar a la comisaría se abrió la puerta metálica del parking, entró seguida del otro coche. Aparcó en la zona de entrada, junto a la fachada lateral. Esperó a sus compañeros. Bajó del coche en cuanto llegaron.

—Hacedle los papeles. Quiero hablar con él en cuanto lo tengáis listo. Avisadme.

—Sí, nos ponemos con esto. ¿Es él? ¿Lo tenemos?

—Tiene mucho que explicar. Gracias, chicos.

VEINTICUATRO

Lunes, 26 de febrero. 2:45 a. m.

Las luces fluorescentes de la comisaría creaban un espacio frío, conseguían provocar una sensación de latente incomodidad a todos los que estaban allí.

El espacio estaba calmado, únicamente se veía a algunos policías yendo y viniendo, algunas personas esperando para presentar denuncias, y un par de delincuentes de poca monta quejándose por el trato.

Los agentes condujeron a Pol hacia el mostrador de entrada mientras Paula se dirigía a su despacho.

Sus pasos sonaban rápidos, las zapatillas de deporte chirriaban al apoyarse en el suelo, un *ñic-ñac* que se desvaneció con ella al alejarse.

—Nombre completo —pidió el agente administrativo con voz monótona, como si procesara su enésimo sospechoso de la noche.

—Pol Gutiérrez Sala —sonaba firme, pero por dentro un reguero de duda le recorría el estómago.

El policía tecleaba con ritmo cansino sobre el ordenador. Introducía los datos conocidos, preguntaba los que no sabía.

Fecha de nacimiento, dirección, profesión actual. Ex policía nacional, ahora detective privado. Cada dato introducido era una

gota en el vaso del expediente.

—Necesito sus huellas —el agente señaló el escáner digital con un gesto robótico.

Pol apoyó cada dedo según le indicaron, notaba el frío contacto del cristal. La máquina emitía un pitido con cada lectura correcta. Era la versión oscura de renovar el DNI.

«Al menos ya no te marcan con tinta», pensó para sí mismo.

Los agentes le hicieron las fotos reglamentarias: frente y perfil. Flash. Flash.

Ya estaba en el sistema, antes como policía, ahora como sospechoso de cuatro asesinatos.

—Venga. Sígueme, rápido —ordenó uno de los agentes, agarrándole del brazo, haciendo más fuerza de la necesaria.

Sabía por experiencia que los policías no soportan que les lleven la contraria. Podían darle un puñetazo con cualquier excusa. No valía de nada hacerse el gallito con ese tipo, así que obedeció.

Le condujeron por un pasillo gris hasta la sala de interrogatorios.

Era una sala cuadrada, contenía una mesa metálica, tres sillas y un espejo que todo el mundo sabía que era de doble vista.

Le indicaron que se sentara con un empujón, sin disimular que le habían puesto el cartel de culpable.

Al sentarse las esposas se le clavaron en las muñecas. Estaba descubriendo qué se siente en ese lado del juego.

Siempre había estado en el lado fácil, de la fuerza. Ahora le tocaba experimentar el lado difícil, el que saca lo peor de las personas.

Los policías se fueron, al fin estaba a solas. Le dolía la cabeza, la sangre que había brotado después del golpe contra el suelo se había

secado.

La luz era blanca, excesiva, de hospital. Le molestaba, le hacía entornar los ojos y la piel aún inflamada por el golpe se resistía.

La silla y la mesa eran frías, incómodas. Sabía que todo era parte del juego, del teatro psicológico que iban a interpretar.

El tiempo pasaba, contó mentalmente los segundos. Eso le ayudaba a tranquilizarse. No temía acabar en la cárcel, sabía que no había motivos reales, pero la sensación de impotencia sí que la sentía. Se sentía incapaz de decidir su destino inmediato, incapaz de poder ayudar, igual que aquella noche con Marcos.

Paula entró cinco minutos después, le había hecho esperar exactamente trescientos dos segundos. Para otro hubiera sido tiempo más que suficiente para cocerse en su propia ansiedad.

Traía una carpeta que dejó caer sobre la mesa con un golpe estudiado. Se sentó frente a él, le escrutó con la mirada como si pudiera atravesar la piel, el hueso y leer sus pensamientos.

—Explícame, ¿qué hacías en ese callejón? —su voz cortaba, quería clavarse como un cuchillo.

—Buscaba información. Llevo noches saliendo para hablar con ellos…

—¿Para hablar? ¿O para liquidarlos?

—Para hablar, Paula, para hablar… —trataba de hablar con serenidad cuando en realidad le apetecía gritarle que estaba ciega.

—Pues, tío… tienes muy mala suerte. Es llegar a Tarragona y empezar a morir gente... te das un paseo y te encuentras un cadáver… ¡te acercas a él y te manchas de sangre! Demasiadas coincidencias, ¿no crees?

—Sabes de sobras que estoy investigando. Igual que tú. De hecho, si no te digo lo de la cámara estarías perdida… o fuera del

caso.

Eso jodió a Paula. Ese tío no solo no daba explicaciones, sino que además se pavoneaba delante de ella… Intentó contenerse. No pudo.

—A ver, gilipollas. Que no eres policía. No tienes autorización, no tienes placa. No eres nada más que un mirón. Un detective de pacotilla que quiere volver a jugar con los mayores. Nada, tío, no eres nada.

—Ese tono, agente. Ese tono. Recuerde las normas… —no quería enfrentarse a ella, pero había visto que estaba dolida. Quizás así le escuchase con atención—. Te lo repito. Te he estado ayudando. Te di la pista de las cámaras del banco, dejé que me siguieras a casa... y podría decirte más.

—O tal vez querías asegurarte de que siguiéramos una pista falsa —la saliva saltó de su boca, incapaz, impulsada por la rabia.

Pol se inclinó más hacia delante, las esposas rozaron contra la mesa y la fricción de los metales provocó un chirrido metálico que hizo eco en la sala.

—Si yo fuera el asesino, ¿crees que me quedaría en la escena del crimen? ¿Que llamaría yo mismo a la policía? Paula, había alguien mirando. Huyó cuando lo descubrí, eché a correr, pero llegaron tus machacas. Piénsalo bien, Paula. Te dejé entrar en mi casa. Podría haberte matado. Lo sabes.

—Tal vez te gusta el riesgo. O quieres burlarte de nosotros —sus ojos brillaban con una mezcla de suspicacia y orgullo.

—Lo diré una vez. Si me escuchas verás que hablamos de lo mismo, los dos hablamos el mismo idioma aunque parezca que no me entiendes.

—¿Vas a contarme otro cuento? —sonaba sarcástica.

—Joder, hostias. ¡Calla un segundo! —era la primera vez que levantaba la voz desde que se conocían—. Mira el patrón, mira el puto patrón —. Remarcó cada una de las sílabas de la frase con dureza.

Paula retrocedió unos centímetros, apoyó la espalda contra el respaldo de la silla y cruzó los brazos. En parte por estar a la defensiva, en parte porque había captado su atención. Miraba directamente a los ojos de Pol; no sabía qué pensar de él.

—Mira el patrón —Pol señaló las fotos con la cabeza, bajó la intensidad de la voz—. Los otros parecían accidentes. El primero pareció morir por causas naturales. Lo encontraron en su sitio habitual, como si se hubiera dormido plácidamente. Lo de Tomás parecía un simple atropello. El tercero por sobredosis, un yonki, nada extraño. ¿Pero éste? Con este ha habido rabia, Paula, ha sido animal.

Paula observó las fotos de la última escena y recordó lo que había visto hacía solo unas horas. Si pausaba un segundo sus pensamientos podía volver a sentir el olor dulce de la sangre de Ramón resbalando por la acera, podía volver a ver el gesto aterrado en su cara.

El cuerpo contorsionado, el charco de sangre expandiéndose como un reguero oscuro, la herida en el pecho, el abrecartas abandonado en la escena.

¿Por prisas? ¿Un descuido? ¿Como una señal?

—Este es diferente —continuó Pol, sonaba a urgencia—. Es un mensaje. El asesino ha dejado el arma a propósito. Estoy seguro. Quiere que la veamos. Es la primera vez que lo hace. ¿No lo entiendes? Está cambiando el juego.

—¿Y eso te exculpa? ¿Estás cambiando el juego ahora? —Había un hilo de duda en su voz. Él tenía razón.

—Piénsalo. Si yo fuera el asesino, ¿por qué cambiaría mi método ahora? ¿Por qué pasaría de simular accidentes perfectos a un asesinato tan obvio? No tiene sentido.

Paula se reclinó en la silla, estudiando a Pol como si intentara resolver un complejo rompecabezas.

—Ese desgraciado iba a contarme algo esta noche —añadió él, bajando la voz hasta casi un susurro—. Por eso lo mataron. Mira, hace dos noches estuve hablando con otro, no me dijo mucho. Pero antes de irme me aconsejó que hablase con el tío de esta noche… Le pedí que le pasara el mensaje a Ramón que iría a verle hoy. No sé cómo, pero el asesino se ha enterado de que iba a verle hoy. Esa es la razón.

Paula se levantó, caminó en círculo alrededor de la mesa.

En silencio absoluto hasta que volvió a la silla y puso las dos manos en el respaldo, inclinándose hacia adelante.

—Dime todo lo que sepas… ¿esa figura que observaba?

—No sé más. Seguro que era el asesino, está nervioso, o quiere demostrar su habilidad. Quiere que sepamos que puede matar cuando quiera. Está jugando.

El silencio se extendió por la sala, como en una conversación incómoda interrumpida por un extraño.

Solo se intuía un suave tamborileo de los dedos de Pol contra la mesa.

El silencio se hacía demasiado largo para Pol. Confiaba en su argumento, pero esa mujer no razonaba.

Finalmente, Paula se movió y el chirrido de sus zapatos contra el suelo rompió el silencio.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó al final Paula. Sonaba menos incisiva, más suave—. Ya no eres policía.

—Supongo que nunca dejas de ser policía del todo. Me hice policía porque me gusta ayudar. Y eso no ha cambiado —Por primera vez Paula vio en él un resquicio de debilidad.

Ella repasaba sus apuntes, quizás para ganar tiempo.

Él apartaba la mirada, seguramente para recomponerse.

De nuevo comenzó a hablar.

—Mientras nosotros estamos jugando a esto, perdiendo el tiempo, ahí fuera hay un desgraciado cepillándose a inocentes.

Paula volvió a mirar las fotos, sus ojos se detenían en cada detalle. El patrón había cambiado, era innegable. Ese cabrón tenía razón.

Los primeros asesinatos fueron meticulosos, calculados para parecer accidentes. De hecho, aún no habían demostrado que las muertes fueran intencionadas. Los forenses sospechaban, pero eran incapaces de conseguir pruebas.

El último, en cambio, era directo, visceral, pero al mismo tiempo parecía un escenario preparado para ser exhibido. El asesino no había querido esconder nada, había querido enseñar su fuerza, demostrar su control.

Miró a Pol. Sin decir nada salió de la sala. Tenía que hacer una llamada. Era tarde, pero tenía que hacerlo. Marcó el teléfono.

—¿Sí?, ¿Paula? —una voz ronca contestó.

—Joan, siento las horas. Te resumo. Ha habido otro muerto, lo ha descubierto el detective, Pol. Parecía claro, pero lo voy a soltar, no tenemos nada contra él. Así podremos vigilarlo.

—Hostia… Espera. Dame un segundo.

—Joan. Déjame hacerlo. Creo que lo tengo controlado.

Un silencio tenso se apoderó de la conexión. Paula únicamente quería una respuesta.

—En fin. Adelante. Pero Paula, más nos vale que tengas razón. Si te equivocas, te haré responsable. Hasta mañana.

Colgó. No dio tiempo a Paula ni de despedirse.

Tomó aire. Se dijo a sí misma que lo que iba a hacer era lo correcto. Que no tenía nada contra él. Que tenía que seguir su instinto. Entró de nuevo en la sala.

Pol esperaba sentado, con las esposas en las muñecas, apoyando los codos en la mesa. Al oírla entrar se giró hacia ella.

—¿Ha dicho el jefe que me sueltes? ¿Te deja hacerlo? —se adivinó una leve sonrisa que no consiguió disimular.

—Yo he decidido soltarte. ¡Yo!, no lo olvides.

Recogió las fotos y las guardó en la carpeta con movimientos precisos. Se levantó y caminó hacia la puerta, sus pasos marcaban un ritmo pausado, constante como un metrónomo.

Antes de salir se giró y su silueta se recortó contra la luz del pasillo.

—No hagas tonterías. No te quitaré ojo. Y si te enteras de algo, dímelo, dime todo lo que averigües.

—Paula, gracias.

Ella se giró para salir de la sala, con la carpeta llena de fotografías en la mano.

Los agentes volvieron a entrar para quitarle las esposas. Pol se frotó las muñecas mientras caminaba hacia la salida. Ya solo quedaba firmar la salida. Volvía a estar suelto, libre.

Fue un trámite rápido: firmar, recoger sus cosas y caminar tranquilamente hacia la puerta mientras se ponía su abrigo.

Eran poco más de las seis de la mañana, el frío no daba tregua. Empezaba a amanecer y el cielo se teñía de naranja. Ese día haría sol.

Tenía que hablar con su jefe. Explicarle todo aquel embrollo. Lo entendería.

En ese momento ella también salía del edificio, lo miró atentamente, pero sin decir nada hasta que estuvo justo a su lado.

—Adiós, señor Gutiérrez, no haga usted el tonto.

—¡Vaya! ¡Otra vez de usted! ¿Me llevas a casa? Te invito a un café.

El silencio fue la respuesta.

Tenía que llamar a su jefe, para contárselo y para que le recogiese. No tenía a nadie más en la ciudad.

¿Qué estaría haciendo el asesino?

¿Durmiendo o celebrando su victoria?

Quizás preparando el siguiente golpe.

***

Elena llegaba al instituto de medicina legal. Lo que estaba a punto de descubrir confirmaría sospechas y abriría nuevas preguntas.

VEINTICINCO

Lunes, 26 de febrero. 6:20 a. m.

El móvil vibró sobre la madera de la mesita de noche, provocando un despertar inesperado. El teléfono sonando a esa hora no auguraba nada bueno.

García tuvo que alargar el brazo para ver la pantalla del teléfono —la presbicia era peor por las mañanas—; el teléfono mostraba el nombre de «Pol poli» destacando en la pantalla demasiado iluminada.

Tardó en contestar, dudó si hacerlo o no. Al final deslizó el teléfono verde; la voz le salió más áspera de lo habitual.

—¿Pol, sabes qué hora es?

—Sí, lo siento. Necesito que vengas a buscarme.

—Pero… ¿qué pasa?

—Ven. Te lo explico todo por el camino. Estoy en comisaría, te espero en la puerta —intentó sonar agradable, estaba pidiendo un favor.

—¿En serio? ¿Qué has hecho? Bueno, espera… dame 20 minutos. Voy para allí.

Colgó y, mientras se incorporaba y se sentaba en el borde de la cama, intentaba imaginar en qué lío se había metido el nuevo.

Pol se sentó en el bordillo de la acera, justo en la puerta de la comisaría. Se encendió un cigarro, mientras inhalaba pensaba en cómo iba a explicarle a su jefe toda esa historia. Al exhalar, el humo del tabaco se fundía con el vaho causado por el frío.

Necesitaba contarle toda esa mierda a alguien, desahogar la rabia y la frustración que se le habían acumulado en estos días. Y García era el único en quien confiaba, quizás porque era el único a quien conocía en esa ciudad. A él y a Paula.

Habían pasado poco más de veinte minutos cuando el Mercedes negro, ya con algunos años, asomaba por la calle. García, con cara aún de sueño, paró el coche justo al lado de Pol.

Desbloqueó la puerta con un gesto automático. Pol se dejó caer en el asiento, el cuero frío bajo su espalda.

—Gracias. Arranca, por favor.

—Chaval, tienes cara de cansado. ¿Dónde vamos?

—Te invito a un café, donde quieras.

García arrancó de nuevo y no hizo más preguntas. Condujo atravesando la ciudad, hasta una urbanización de chalets con grandes jardines y vistas al mar.

Con el mando a distancia abrió la puerta para atravesar una valla metálica.

Finalmente, Pol rompió el silencio. —¿Tu casa?

—No, la tuya. ¡No te jode! Claro que es mi casa. Con esa cara que traes es que la has liado gorda.

—No, no te creas. O quizás sí. No lo sé.

Entraron en la casa y fueron directos a la cocina, iluminada a esas horas por el sol a través de un gran ventanal. García puso una cápsula en la cafetera. En unos segundos tenía el café hecho.

No se pudo contener más y lanzó la conversación.

—Venga, dispara. Que me tienes en ascuas.

—A ver… allá voy.

Pol le explicó rápidamente los acontecimientos de esos días.

Sus sospechas sobre la casualidad en las dos primeras muertes. Sus averiguaciones después del trabajo en la agencia.

Cómo avisó a Paula sobre las cámaras del banco…

A esas alturas la cara de su jefe parecía decirle: *Tú eres tonto, chaval…*

Siguió con el primer encuentro con Paula, cómo ella le había seguido. La conversación en su piso. Sus charlas con los mendigos, hasta llegar a esa noche y el cadáver desangrado detrás de un contenedor.

—Vi a alguien alejarse, después de llamar a la policía. Había alguien allí… Y no pude cogerle, llegó la policía.

García le puso una mano en el hombro, ya sabía suficiente. No quería saber más.

***

Paula había llegado a casa pasadas las seis de la mañana, agotada, con la cabeza a toda velocidad y el estómago suplicando comida. Tomó un café y se tumbó, prefirió descansar antes que comer, lo necesitaba. Puso el móvil en silencio y el despertador a las diez.

El email llegó al correo, anunciado por una breve vibración del móvil cuando aún tenía los ojos cerrados; estaba despierta hacía un rato, pero intentaba poner orden a todo lo que estaba pasando. No lo conseguía, demasiadas piezas, demasiados cabos sueltos.

La profesionalidad venció a la pereza y abrió el correo.

El corazón le dio un salto, pasando de la calma a galopar dentro de su pecho.

Era un mail de Elena, la forense. Incluía varios archivos, pero lo que llamó la atención fue el texto: *Paula, mira los informes. La sobredosis fue provocada. El arma de esta noche era el abrecartas que encontrasteis.*

Era una confirmación. Solo eso. Nada nuevo, pero confirmaba todas sus sospechas, todas sus intuiciones. Y también las de Pol.

Abrió el archivo del informe toxicológico de Lluís Sancho. Lo leyó en diagonal, quería ver el final.

Análisis toxicológico revela presencia de diacetilmorfina en niveles compatibles con sobredosis. No obstante, se detecta presencia anómala de hidrocodona y tramadol en la muestra, indicativo de manipulación exógena de la sustancia.

Manipulación exógena era un eufemismo forense para *alguien le metió algo más en la droga*.

Paula cerró los ojos un instante. Alguien adulteró la heroína con dos sustancias más, el asesinato se confirmaba con esa evidencia. *Gracias, Elena.*

Volvió a abrir el correo, buscando el informe complementario del último caso, Ramón. Otro PDF, otra descarga. Esta vez fue directamente a la descripción del arma homicida:

Herida inciso-punzante localizada en región anterior del hemitórax izquierdo, a 10 cm por debajo de la clavícula y a 5 cm de la línea media esternal. La herida presenta características compatibles con un objeto afilado y puntiagudo, presumiblemente un abrecartas de dimensiones medias como el localizado junto al cuerpo.

La herida presenta características compatibles con una agresión por arma blanca, presumiblemente el abrecartas de tamaño mediano hallado en la escena. La lesión ha causado laceración del pulmón

izquierdo y hemorragia. La causa de la muerte se determinará tras la correlación de los hallazgos de la autopsia con la información disponible sobre las circunstancias de la muerte y los resultados de los análisis complementarios.

Un abrecartas… ¿Un abrecartas? «¿Quién narices usaba eso hoy en día?», pensó Paula.

Al terminar esa pregunta, algo hizo clic dentro de ella, un resorte saltó en su cabeza.

La imagen del despacho de Josep se materializó en sus retinas, como si lo estuviera viendo en ese mismo instante, con total nitidez. Lo vio cuando hizo el registro de la sede de la ONG hacía solo unos días.

Un abrecartas de metal; era un recuerdo, un souvenir o al menos eso parecía.

¿Era el mismo abrecartas?

No estaba segura, pero tenía ese pálpito. La punzada de presentimiento era inconfundible.

Se incorporó de repente, dio un salto como un resorte y golpeó el suelo con los talones al caer en el suelo.

Necesitaba decírselo a su jefe, Joan seguro que podía ayudarle con los siguientes pasos. También tenía que hablar con Pol. Ver su reacción, confirmar con su cara si estaba implicado o no. Tenerlo cerca para poder vigilarlo.

Pero sobre todo, y lo antes posible, tenía que volver a ese local, comprobar si aquel abrecartas era el mismo, si seguía en su sitio. Si el abrecartas estaba ahí, reposando sobre el mueble, volvería a quedarse sin pistas, sin rastros que seguir.

Su intuición era clara, como nunca. Esperaba no equivocarse, un movimiento en falso podría asustar al asesino.

***

Después de la conversación de la mañana García había llevado a Pol a casa.

—Anda, descansa hoy. No hagas estupideces —dijo mientras aceleraba después de dejarle.

—Gracias. Te debo una…

Entró en casa, la cabeza le iba a explotar. Entre el cansancio y que no había comido nada desde el día anterior por la tarde, su cuerpo había dicho basta. Abrió el cajón de la mesita, quería algo para el dolor de cabeza.

Vio las pastillas que le habían recetado después de la muerte de Marcos. Se dio cuenta de que esa noche no había pensado en él. Le invadió una mezcla de alegría por no hacerlo y de reproche por no tenerlo siempre presente. «Soy un hipócrita», pensó.

Llenó el estómago con lo primero que pilló al abrir el armario de la cocina, un par de bollos y un poco de chocolate.

No se fue a la cama, prefirió estirarse en el sofá. Desde siempre le había parecido el mejor sitio para descansar. Relajado, en una duermevela tranquila que hacía que su cerebro se escapara de su cuerpo cíclicamente.

El móvil sonó varias veces, pero era incapaz de saber si habían pasado cinco minutos o cinco horas. No conseguía encontrarlo, estaba caído entre los pliegues del sofá. Al final lo encontró: indicaba un número desconocido.

Lo silenció y lo puso encima de la mesa.

De forma casi inmediata y de manera insistente volvió a vibrar.

Le costó un gran esfuerzo mirarlo de nuevo. Número desconocido, no dejarían de llamar.

—No quiero comprar nada. No…

Una voz de mujer familiar le interrumpió.

—Vaya, veo que tu mal humor no es solo conmigo. Soy Paula. Tenemos que hablar.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué le llamaba ahora? Apenas había pasado un rato desde que lo había soltado en comisaría.

—No te esperaba tan pronto. Sabía que acudirías a mí, pero no hoy.

—Creo que lo tengo. Pero quiero asegurarme.

—Pues… ¿Qué hora es? —miró el reloj, marcaba las cuatro de la tarde—. Vente esta noche, bueno, esta tarde.

Paula dudó un instante. Al final accedió.

—Vale. Te mando un mensaje cuando esté a punto de llegar.

VEINTISÉIS

Después de llamar a Pol se dio una ducha rápida antes de ir a comisaría. No cambió su estilo habitual, usaba ropa informal: tejanos, chaqueta deportiva y bambas. Lo había decidido al empezar en la policía, y siempre había mantenido esa costumbre, *por si me toca correr*.

No era habitual que ella se viera implicada en acciones violentas, pero no se imaginaba persiguiendo a alguien con zapatos de tacón.

Eran casi las siete, había pasado la tarde en comisaría.

Al llegar se fue directa a ver a Joan y le puso al día. Intentó no dejarse ningún detalle; ese hombre sabía lo que se hacía.

Siempre daba buenos consejos: las había visto ya de todos los colores.

Acordaron seguir la intuición de Paula, no había mucha más opción en ese momento. Si conseguían relacionar el abrecartas de la escena con el de Josep, ese hombre tendría muchas cosas que justificar.

Mientras Paula estaba en comisaría dando explicaciones y consiguiendo los permisos para los siguientes pasos Pol había estado descansando un rato más.

Después de dormitar en el sofá volvió a comer algo y se dio una ducha. El agua caliente era un perfecto reconstituyente, le cambió el ánimo. Volvía a sentirse con energía.

El móvil vibró en su bolsillo, era un mensaje: «De camino, llego enseguida».

Veinte minutos más tarde sonó el timbre. Pol se acercó, abrió sin preguntar y dejó la puerta entreabierta.

Desde la cocina oía los pasos de su extraña compañera mientras subía la escalera.

—¿Pol? ¿Si? Soy Paula.

—Pasa, pasa. Ya voy.

Entró en casa, cerró la puerta con firmeza para que se pudiera oír. Nada más entrar en el piso, a mano derecha estaba el comedor. Ya lo conocía. Esperó allí, estaba nerviosa.

Volvía a estar a solas con un sospechoso en el caso. Pensó que estaba haciendo una tontería; eso no se lo había contado a Joan. Sabía que no lo iba a aprobar, podía hasta impedírselo.

Pronto entró Pol y eso le hizo abandonar esos pensamientos.

—A ver, señora. ¿Qué tienes?

Ella empezó a explicarle los informes toxicológicos que confirmaban la sobredosis provocada en la muerte del hermano de Josep y cómo había informado de eso a su jefe.

Le daba detalles del tipo de herida que había causado la muerte en el último caso.

—Venga, va. Que eso ya lo sabíamos…

Paula hizo una pausa.

—Sé de quién es el abrecartas que encontramos ayer en la escena. Pol, sé de quién es.

Él no reaccionó. No al menos como ella esperaba. ¡Ya lo tenía! Si podía demostrar que el arma era de Josep, ¡ya estaba!

Se sentó en una silla, no en el sofá con ella. Mantenía la distancia. Se rascó la barba mal afeitada mientras pensaba…

—Paula, no es él. Si estás pensando en Josep, te digo que no es él.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? Pero, pero… ¿no lo ves?

—No sé qué es. Hay algo que no encaja. Es demasiado, demasiado fácil. No puede serlo.

Paula se puso en pie. No lo veía como él.

—Voy a detenerle. Mañana registraré de nuevo su despacho. Ya tengo la orden aprobada. Si el abrecartas no está, le detendré.

Pol movió las manos queriendo decirle que era su decisión.

—Lo entiendo. No es él, estoy seguro. Pero en tu posición haría lo mismo. Seguro. Pero, déjame hacer una cosa antes.

—Vas a hacer lo que quieras, así que… explícamelo.

—Esta noche, voy a volver a darme una vuelta. Ya sabes, a hablar con la gente. A ver si consigo algo nuevo. Si tengo noticias, te aviso.

—De acuerdo. No creo que valga de nada, pero adelante —sabía que el mando lo tenía ella—. Ahora tengo que irme, ha sido un día largo.

El expolicía sonrió tímidamente. —¿No te quedas a tomar algo?

—¡Joder, tío!, hasta mañana.

Paula abrió la puerta y, después de cerrarla, bajó las escaleras mientras pensaba que realmente no le había molestado la invitación.

Él se vistió. Quería saber más. Tenía dos nombres en su lista: Ada y David. Algo le decía que la respuesta, al menos una parte, se escondía en ellos.

Salió al balcón, el aire frío le despejó las ideas, encendió un cigarro mientras planeaba todo lo que tenía que hacer.

La noche iba a ser larga. No descartaba ninguna opción.

***

Se despertó sobresaltada.

El teléfono la había asustado. Lo ponía en silencio pero mantenía la vibración, por si surgía alguna urgencia.

Miró la hora y, aún con la vista borrosa, leyó la notificación: *Pol Gutiérrez te ha llamado a las 04:27 el 27 de febrero*.

¿Qué pasaba? Tenía que ser algo importante para llamar a esas horas. No creía que Pol pidiese ayuda muy a menudo.

VEINTISIETE

Lunes, 26 de febrero. 23:00 p. m.

Pol había trazado un plan y estaba dispuesto a seguirlo. Esperaba oculto al lado de un viejo contenedor entre las sombras de la calle. Fumaba con la tranquilidad de quien sabe que no será visto, no tenía prisa. Las vigilancias eran cocina a fuego lento, las prisas no valían. Era esperar y observar, hasta el momento adecuado.

Las luces del comedor social aún permanecían encendidas, hacía un rato había terminado el turno de la cena.

Veía las sombras de los voluntarios a través de las ventanas en un movimiento continuo.

Poco a poco la actividad fue apagándose, esa gente ya estaba terminando su buena obra diaria. Lo tenía claro, uno de ellos era un asesino disfrazado de buena persona. Uno de ellos sonreía por el día y por la noche era un depredador.

Iban saliendo y se despedían con gestos cansados, encendían cigarrillos nada más pisar la calle.

Se apagó la luz del piso de arriba. Solo quedaba luz en las oficinas, en la planta baja.

Poco antes de la medianoche las últimas luces comenzaron a apagarse. Enseguida el local quedó a oscuras, segundos antes de abrirse la puerta.

David y la chica de recepción salieron juntos. No recordaba su nombre. Se pararon junto a la puerta.

Ella consultó el reloj y él asintió. Hicieron un gesto vago de despedida y cada uno tomó una dirección diferente. Pol se decidió por seguir a David, no quedaba nadie más dentro. La chica había cerrado la puerta con llave.

Se mantenía a una distancia prudencial, la oscuridad le ayudaba a no ser visto.

David caminó con paso decidido unos diez minutos, ajeno a su perseguidor. Ni el chico era tan agudo como Pol ni él se iba a dejar descubrir, como Paula.

Se detuvo frente a un antiguo edificio con fachada modernista.

Pol observó desde la esquina cómo el chico tecleaba un código en el portero automático y la puerta se abría automáticamente.

Seguro que no era la primera vez que iba allí, pero no parecía su casa. Era una zona demasiado cara para un chico tan joven.

Segundos después se encendió una luz e intuyó cómo David entraba en esa casa. A través de la ventana adivinó cómo una silueta se acercaba a él.

Anotó mentalmente la dirección: Rambla Nova, 333, primer piso. No sabía quién vivía allí, pero David parecía moverse con familiaridad por el edificio.

Se alejó un poco, tenía que evitar ser visto, pero manteniendo la mirada atenta a esas ventanas.

Mientras esperaba, se puso a repasar mentalmente lo que sabía. No le dio tiempo a mucho; un hombre caminaba arrastrando sus cacharros buscando un lugar donde dormir.

Pol no tardó en reconocerlo: era uno de los habituales de la ONG. Ya habían cruzado algunas palabras unas noches atrás, cuando Pol

estuvo preguntando a los sin techo. No sacó mucho de él, estaba más preocupado en rebuscar entre la basura que en otras cosas.

—Hola, compañero —saludó Pol, era incapaz de recordar su nombre.

El hombre se giró de golpe, tan asustado que se le cayó una lata de cerveza de las manos.

—¡Joder, qué susto! Ah, eres tú… —no respondió hasta que logró recordarle.

—¿Cómo llevas la noche? Empieza a hacer rasca, ¿eh?

—Bien… otra noche más. De paseo arriba y abajo, aún no sé dónde pararé hoy.

—Ten cuidado, no te apartes mucho de las calles principales…

—¡Bah! No tengo miedo, si ese hijo de puta viene a por mí, sabré defenderme.

—Ten cuidado. Una cosa, ¿conoces este edificio? —preguntó Pol, señalando el portal donde había desaparecido David.

—¿Ese? Claro, es un edificio de pijos, como todos por aquí. ¿Sabes quién vive ahí?

—No... ¿quién?

—Ada, la que maneja la ONG. Ya podía vender el piso y repartir la pasta… —la risa socarrona le provocó un breve ataque de tos.

—Joder, llevo días sin verla… La última vez, la vi por la zona de la casa de Lluís… el mismo día que apareció muerto.

A Pol le dio un vuelco el corazón.

—¿Estás seguro?

—Que sí, hombre. Se conocían hace años. Algunos dicen que se conocían de verdad, ya me entiendes.

El hombre se puso en marcha otra vez, aquella conversación se alargaba demasiado para su gusto. Pol metió la mano en el bolsillo y sacó un par de euros.

—Toma, para un café…

Miró fijamente a Pol y le respondió con un gesto de agradecimiento mientras alargaba la mano para coger las monedas.

Después de la charla, y con la nueva información que había conseguido, Pol siguió atento al primer piso, cada vez más encogido dentro de su abrigo. Las luces del comedor seguían encendidas hasta que un rato más tarde se apagaron.

Se dio la vuelta, convencido de que no habría más movimiento esa noche, pero justo cuando estaba a punto de irse se abrió la puerta del portal.

David salió del edificio y tomó la dirección hacia la playa. Subió la Rambla y al final giró a la izquierda. Pol le seguía a una distancia segura.

Quince minutos después, David se detuvo frente a la valla de piedra que protegía un chalet con un enorme jardín custodiado por dos árboles. Tenía llaves, abrió la puerta y cerró con llave. El silencio de la noche permitió oír cómo se bloqueaba la cerradura de la puerta.

Eran más de las tres de la mañana y por la postura de David, por cómo miró a ambos lados antes de entrar, Pol intuyó que pasaría allí el resto de la noche.

Via Augusta 253. Si la casa de Ada era cara, esta debía serlo bastante más. No podía ser la casa de ese crío.

Se sentó en un banco. A pesar del frío, quiso sentarse a unir mentalmente las piezas que había conseguido esa noche.

Un coche de la policía local, que bajaba a poca velocidad por la calle, se paró delante de él.

Los dos policías bajaron la ventanilla. Miraron a Pol de arriba a abajo. Un par de segundos después aceleraron y se fueron. No creyeron que fuese un problema.

Unos pocos meses atrás ya tendría los nombres de los propietarios de los pisos. La policía podía acceder a muchas bases de datos, de manera instantánea.

Ahora tenía el nombre de Ada, gracias a ese pobre hombre, pero debía confirmarlo. Y no tenía ni la más remota idea de quién podía vivir en ese chalet. ¿A quién veía David por las noches?

En ese momento echaba en falta los recursos de la policía. Marcos se hubiera encargado de conseguir esos nombres, era bueno en eso. Se movía como nadie entre formularios y solicitudes.

Paula podría conseguir los nombres. Miró el reloj, marcaba las 04:27. Era muy pronto para llamar, aún no se intuía el amanecer. No pudo resistir la necesidad de saber más.

Marcó el número y llamó, el teléfono sonó pero no hubo respuesta. Pensó que estaría dormida. *Paula, llámame en cuanto lo veas...*

***

A Paula le costó ponerse en marcha; estaba agotada del día anterior. Tenía el cuerpo dolorido por la tensión de todo lo que estaba sucediendo.

Eran las 04:30, tenía esa llamada de Pol. Iba a llamarle, pero primero quería estar completamente despejada.

Un par de minutos y un vaso de zumo después, se sintió mejor, ya estaba lista. Cogió el móvil y marcó el número de Pol.

Él respondió enseguida.

—Hola… Perdona. ¿Te he despertado?

—Hombre, pues sí. Más vale que sea importante.

—No lo sé… Me lo dirás tú. Tengo dos direcciones, necesito saber los propietarios.

—Pues… ahora no puedo verlo. No tengo acceso desde casa. No tengo aquí el ordenador, me lo dejé esta tarde en la comisaría.

—Joder… Te doy las direcciones. En cuanto lo averigües…, dímelo, por favor.

—Espera, que lo apunto.

Pol repitió las direcciones, despacio: Rambla Nova 333, primer piso, y el otro es Vía Augusta 253, es un chalet.

—Te digo algo en un rato, voy a comisaría. ¿Aún no has dormido?

—No, pero llámame en cuanto lo tengas. Por favor.

Colgó, ya estaba llegando a casa. Quería descansar un rato.

Paula se quedó pensando, era la primera vez que sentía que estaba colaborando con ella.

Había que darse prisa pero le costaba ponerse en marcha.

Una ducha le sentaría bien. Entró en el baño y abrió el agua, mientras esperaba a que se calentara preparó la ropa que iba a ponerse. Algo cómodo como siempre, y más ese día que prometía ser intenso. Una vez más.

En veinte minutos estaba lista, cogió una pieza de fruta para comérsela por el camino, y enseguida se subió al coche. No eran ni

las seis, y ya estaba en marcha.

Aún era de noche, las calles estaban vacías, apenas había tráfico y quince minutos más tarde entraba en el parking de comisaría. En ese momento empezaba a llover otra vez, ya habían perdido la cuenta de los días de lluvia de ese invierno.

Entró en el edificio que todavía seguía con el ritmo tranquilo del turno de noche. En un par de horas aquella tranquilidad se transformaría en un ir y venir de gente, con llamadas y conversaciones en cada rincón.

Llegó a su escritorio, dejó el abrigo y la mochila y una vez más se preparó un café mientras el ordenador se encendía y todo el sistema estaba operativo.

Tenía las dos direcciones anotadas en su pequeña libreta.

Entró a la base de datos e introdujo la primera. Rambla Nova, 333 primer piso, Tarragona.

El sistema respondió de forma inmediata. Ada Camps era la propietaria. No le hizo falta apuntarlo: no se le iba a olvidar.

Fue a por la segunda dirección. Vía Augusta, 253, Tarragona.

Vivienda propiedad de Miquel Sala Vilanova y Nuria Padró Martín. Esos dos nombres no significaban nada para ella en ese momento, pero no iba a pensar en eso ahora. Tenía otro objetivo en el punto de mira y no iba a perder el foco; no quería distracciones.

Envió un mensaje a Pol con los nombres. No creía que fuera a contestarle; no hacía ni dos horas todavía estaba despierto.

Aparcó ese tema. Tenía que centrarse en el registro del local, en el asunto clave: el abrecartas. Si lo encontraba en el despacho de Josep, no tendría caso. No tenía más pistas que seguir.

Había pedido que le acompañase Carlos, otra vez, y llegaría enseguida.

Habían acordado hacer el registro a primera hora de la mañana. Si su teoría se cumplía, iba a cerrar el caso.

VEINTIOCHO

Martes, 27 de febrero.

A las ocho y cuarto de la mañana, Paula y Carlos bajaron del coche y caminaron directos al local de la ONG. La lluvia caía con fuerza empujada por el viento.

Se habían citado en la puerta con los agentes judiciales, y allí les estaban esperando. Eran puntuales, metódicos y de pocas palabras. Entraron haciéndose notar, para demostrar que tenían el control, era parte del juego.

A pesar de la hora, el local estaba en plena ebullición; se veía a gente subir y bajar las escaleras con comida para servir el desayuno.

En la calle, a pesar de la intensa lluvia, ya habían observado una larga fila de gente esperando para poder entrar. Algunos solo querían un desayuno, otros también aprovechaban para darse una ducha o recoger ropa nueva.

En recepción no estaba la chica de siempre. Les atendió un hombre, de unos treinta años, que no les conocía.

—*Bon dia*. ¿Qué desean?

—*Bon dia*. Somos agentes de los Mossos d'Esquadra, tenemos una orden para registrar el local. Por favor, avise a los responsables. Cierre la puerta y que nadie salga o entre sin nuestro consentimiento. Absolutamente nadie. ¿Está claro?

El chico dudó, nervioso, pero obediente fue hacia la puerta y la cerró. Se oyeron las quejas y los insultos de los que esperaban.

Llamó a los responsables, a Ada y a Josep, pero sin respuesta. Ninguno de los dos contestó al teléfono.

—Empezaremos sin ellos. Abra los despachos. Primero el de Josep Sancho —las palabras de Paula sonaron autoritarias, tajantes. Era una pose ensayada.

El chico titubeó y los nervios le hicieron tirar una taza de café que se derramó por el mueble. Paula no perdía detalle de ese chico y le costaba no reírse de su torpeza. En cierto modo sentía lástima, se veía que era la primera vez que se enfrentaba a un policía.

Se apresuró a limpiarlo abriendo cajón por cajón para secar el líquido caliente, dejando al descubierto archivos, hojas de planificación, facturas y un libro sobre el libertarismo en el siglo XX.

Le costó encontrar el manojo de llaves que estaba guardado en el último cajón del escritorio. Cuando las encontró las agitó orgulloso, como los niños pequeños hacen bailar un sonajero.

El bolsillo de Paula vibró y, aunque no quería distraerse, no pudo evitar una mirada rápida al teléfono. Era un mensaje de Pol: *Así que la señora se cepilla al jovencito… Necesitamos saber más sobre la otra dirección. Tenemos que hablar, hay más cosas…*

Pol se había levantado media hora antes, era tarde. Ya tenía que estar en la oficina. García le había dado solo un día libre, no quería volver a fallar.

Nada más levantarse había visto el mensaje de Paula. Saber que el primer piso era de Ada le había dado que pensar; había imaginado qué tipo de relación podían tener ella y David. Una madurita y un jovencito; podía ser solo una anécdota o quizás algo más.

Le intrigaba el no saber con quién relacionar el segundo piso. Quizás no era nada o quizás sí. Necesitaba saberlo.

Respondió a Paula de camino al trabajo. Tenía que hablar con ella cuanto antes. Explicarle lo de Ada y Lluís, si es que había algo más que un comentario.

Paula guardó el teléfono otra vez en el bolsillo, no era el momento de despistarse.

Siguió al chico hasta la puerta del despacho de Josep. Seguía nervioso y le costó encontrar la llave, al final pudo abrir la puerta.

—Espere aquí. Carlos, cógele los datos.

Entró con un agente judicial, por si debían requisar algo más, y su mirada se clavó directa en el mueble.

Seguían estando las fotografías familiares, el cenicero... Pero no había rastro del abrecartas. No estaba.

No quiso precipitarse y pidió a su acompañante que revisara los cajones para comprobar que el abrecartas no estaba en ninguno. Sería ridículo que apareciese después y su detención estrella se convirtiese en una vergüenza.

Cuando el compañero le confirmó que el abrecartas no aparecía, sintió cómo se deshacía el nudo del estómago y su cuerpo se destensaba.

La duda daba paso a la certeza, y los nervios a la excitación. Se sintió como un perro de caza con la presa al alcance.

¿Cómo podía haber sido tan torpe olvidando el arma junto al cuerpo? Algo tenía que haber pasado, quizás alguien le interrumpió mientras acuchillaba a aquel pobre hombre.

O eso, o había empezado a jugar.

Con un gesto avisó a Carlos para que hiciera fotografías de todo: el despacho, los muebles y hasta el interior de los cajones. No querían dejar nada al azar.

Sin salir del despacho llamó a su jefe.

—Joan. ¡Lo tenemos! El abrecartas no está. Pide una orden de detención contra Josep Sancho.

Estaba a punto de cerrar el caso. No podía ser de otra forma.

VEINTINUEVE

Martes, 27 de febrero.

Una llamada al juez de guardia, y treinta minutos después, dos parejas de policías detenían a Josep.

Los Mossos habían detenido a Josep cuando se dirigía a su trabajo, estaba a punto de entrar en un elegante edificio del centro de la ciudad. No había protestado, ni había hecho una sola pregunta.

Allí tenía el despacho; desde hacía años no ejercía de abogado, pero dirigía el bufete encargándose de generar contactos, relaciones con los políticos y gente importante de la ciudad.

Lo habían metido en un coche esposado, mientras la gente observaba con curiosidad. Iba a ser la comidilla del día: la gente estaba siempre deseando chismorreos y rumores, sobre todo si eran sobre gente conocida o bien colocada.

Era una zona de oficinas y pronto la noticia correría. El trayecto hasta la comisaría fue breve, no más de quince minutos, y Josep no pronunció ni una palabra.

Paula se preparaba un café de vuelta en comisaría después del registro del local. La excitación bañaba la comisaría: todos los compañeros estaban al tanto del avance de la investigación y estaban listos para ver el espectáculo; querían cerrar el caso y olvidarlo. Estaba siendo cruel y las críticas hacia la policía empezaban a subir de tono.

Ella intentaba mantener la calma, no dejarse llevar por la adrenalina y repasaba mentalmente las pruebas contra Josep. Realmente no tenía nada sólido; si Josep no flaqueaba, sería difícil pillarlo solo porque un abrecartas no está en un cajón. Sin huellas identificables, ni testigos…

Sudaba y ya no quedaba ni rastro de la ducha de la mañana.

No le gustaba sentirse así, casi podía olerse a sí misma. Fue al vestuario, a lavarse un poco para tener más seguridad. Siempre cuidaba esos detalles, le parecían importantes.

Tenía tiempo, aún faltaba un rato para empezar con Josep, estaban haciendo los trámites de entrada y toma de datos.

Buscó el nombre de Pol en las llamadas recientes de su móvil y pulsó el botón verde. Aún tenían que comentar lo de la noche anterior. ¿Qué más sabía Pol?

Le cogió el teléfono a la primera; sin dejarle apenas contestar, le explicó su conversación con el mendigo mientras hacía guardia en la puerta de la casa de Ada, la presencia de ella cerca de la casa de Lluís el día que lo encontraron muerto.

—Bah, eso… eso no quiere decir nada, Tarragona es muy pequeña.

—Mira, no lo sé. Pero en estas cosas las coincidencias no existen.

—Tengo aquí a Josep, puedo sacar el tema. A ver por dónde sale.

Pol insistía en averiguar algo sobre el chalet, el lugar donde David había pasado la noche.

—Eso lo veremos luego, ahora no puedo. Tengo cosas más urgentes.

—Suerte con ese tío. A ver qué le sacas —le animó, antes de despedirse—. Luego me cuentas.

—Sí, lo tengo. Creo que lo tengo. Después te digo.

Iba a decir un gracias, pero él colgó antes de que le diera tiempo.

***

Media hora después de haber llegado a comisaría Josep Sancho ya estaba registrado en el sistema y listo para pasar a la sala de interrogatorios.

El enfado se había instalado en su cara, tensa, y tenía los ojos rojos por la vergüenza. De nada le valía ser abogado y haber estado miles de veces en ese sitio; esta vez era diferente.

Ahora se sentía vulnerable, lejos de su habitual posición de poder o influencia. Había pasado de ser escuchado a simplemente ser tratado como un trozo de carne, arrastrado de una sala a otra sin que nadie atendiese sus explicaciones.

Llevaba sentado en una silla en medio de un pasillo más de diez minutos, al menos eso había calculado. No tenía su Rolex. Había tenido que deshacerse de todas sus pertenencias, se sentía desnudo.

Un policía le sacó bruscamente de sus pensamientos, llamándole de forma insistente. Le hizo un gesto con la mano para que le siguiese.

Sin capacidad para reaccionar se limitó a obedecer la instrucción. El policía le cogió por el brazo y notó cómo aún estaba fuerte teniendo en cuenta su edad. Caminaron por el pasillo hasta llegar a una puerta que el policía abrió, tiró de él y le indicó que se sentase en una silla. Después, con calma, le esposó a la mesa.

—Ahora vendrán los investigadores.

Josep lo miró con los ojos llenos de rabia. No articuló ni una palabra.

La espera era eterna. Sentía que llevaba allí una eternidad y, para colmo, necesitaba ir al baño urgentemente.

Por fin la puerta se abrió. Paula entró decidida y se colocó delante de él. Carlos la siguió y se dejó caer contra la pared con desdén ensayado.

Paula fijó la mirada en el rostro del hombre. Le pareció que había envejecido una década desde la semana anterior. Él no levantaba la vista.

—Josep, ¿por qué lo has hecho? ¿Qué tenías contra esa gente? ¡Hasta tu propio hermano!

Silencio absoluto, ni una palabra, ni un movimiento en el gesto. Paula se preguntaba si era pura incapacidad, culpabilidad o una máscara ensayada durante años.

—Josep, escúchame. Tenemos pruebas que te relacionan con los asesinatos. Te has puesto nervioso, has metido la pata... la has cagado, Josep, la has cagado bien.

Levantó la cabeza y miró a Paula. Negó levemente con la cabeza haciendo un movimiento de un lado a otro.

Ella intentaba mantenerse firme, pero esa calma gélida la exasperaba.

—A ver… que te hemos cogido. De aquí te vas directo al juzgado, te voy a acusar de cuatro asesinatos, no vas a volver a ver la calle, te vas a pudrir en la cárcel. ¡Joder!

—No, no va a ser así —eran las primeras palabras en todo ese tiempo—. Y, aunque no me lo ha ofrecido, no necesito un abogado.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Qué te hace estar tan seguro?

—Señorita, sencillo. Porque no fui yo.

—¿Sabes qué arma se ha usado para matar a Ramón? Pues tu abrecartas, joder. Tu puto abrecartas.

—Eso es imposible. Para empezar porque no he sido yo y además porque mi abrecartas está guardado en mi despacho.

Paula se giró hacia la mesa, ojeó rápidamente la carpeta y sacó una foto que estampó con fuerza delante de Josep.

—A ver, tío. Ese es tu abrecartas. Lo tenías en tu despacho hace varios días, hoy no estaba. ¿Sabes por qué no estaba? ¡Ehhh! ¿Lo sabes?

La cara de Josep cambió. No había tenido esa posibilidad en cuenta. Supuso un cambio, pasó del enfado a la duda.

Acababa de darse cuenta de que no estaba ahí por casualidad o por error, pero no dijo nada.

—¡Porque lo encontramos en la escena del crimen de Ramón! Con eso mataron a Ramón, con tu abrecartas, con el abrecartas que ya no tienes…

Josep no tenía una buena respuesta en ese momento, tenía que pensar. No se esperaba la desaparición del abrecartas, juraría haberlo visto donde siempre un par de días antes.

La experiencia le susurraba: silencio.

Callar era su mejor baza.

Su socio en el bufete, el padre de Lidia, se lo repetía siempre a los clientes: en caso de duda, cállate. Tenía que aguantar.

—Mira, o me das una razón para explicarlo o te vas directo al juzgado.

—¿Quiere oírla de verdad, señorita? —Un hilo de tristeza al comprender que uno de los suyos había cruzado la línea le recorría

desde la nuca hasta el estómago, pero mantenía la compostura. Ahora comprendía lo de Ramón, lo del abrecartas.

—Por supuesto, pero ahora me toca a mí. Sé que tienes una ideología fascista, o como poco, profundamente clasista. He visto tus libros, he escuchado tus discursos sobre los indigentes y el supuesto despilfarro de recursos. Es nauseabundo, te lo aseguro.

Entonces emergió el abogado, el profesor, el hombre de mundo acostumbrado a dar órdenes. Había ganado tiempo estando callado, el tiempo preciso para reordenar sus ideas y poder enfrentarse a esa situación. No iba a dejar que una niñata le arrinconase.

—Señorita, con franqueza, esperaba más de usted. Veo que no distingue entre teoría y práctica. Lamentablemente, me he llevado una decepción. Seguro que tiene otras cualidades. Pero, para este trabajo, no sirve.

La condescendencia la enfureció, pero también la desconcertó. Carlos era un mero espectador de la escena.

—Le voy a ayudar, señorita. Pregúnteme dónde estuve esa noche.

Dejó escapar un suspiro cansado, impaciente por zanjar esa conversación que no llevaba a ninguna parte.

—Bien, dime de una vez. ¿Dónde estuviste esa noche?

Entonces sí, en ese momento Josep levantó la cabeza y una sonrisa mal disimulada se asomó en su cara.

—Cené con el alcalde y con su superior esa noche. ¿O ahora también ellos son sospechosos, señorita?

La expresión de Paula era de puro desconcierto. No daba crédito. El caso se le escapaba como agua entre las manos.

Salió de la sala, dejando allí a Josep y Carlos, y fue directamente al despacho de Joan con el corazón en la boca y los latidos retumbando en sus sienes.

—El cabrón dice que estuvo con el alcalde y con… con el *capo*. —La incredulidad se había apoderado de su cara y los nervios hacían que le temblara la voz.

—¡Mierda! Déjame hacer una llamada.

Mientras Joan estaba al teléfono Paula fue a la fuente de agua, tenía la boca seca, la saliva se le había quedado en las comisuras de los labios, como si su propio cuerpo quisiera taparle la boca.

No oía la conversación, solo sonidos de asentimiento de Joan cada vez más sumisos y más resignados. Vio cómo lanzaba el móvil sobre la mesa.

—Paula, pasa.

—¿Qué? ¿Qué te ha dicho? —Le faltaba el aire y le costaba hablar.

Joan le hizo un gesto para que se sentara. Su cara era un poema.

—Me quedo de pie. Dime.

Le volvió a hacer el gesto, ahora ya con más firmeza y no una simple invitación.

Se sentó a regañadientes. Impaciente.

—Dime, ¡hostias! —no podía más con esa incertidumbre.

Joan le empezó a explicar que el *capo*, el apodo irónico con el que se referían a su jefe, había confirmado la coartada. Esa noche cenaron juntos.

Paula agarró con fuerza los brazos de la silla, le apetecía lanzarla contra las ventanas, quería romper todo lo que estuviera a su alcance. Acababa de perder el hilo del que tirar, ese viejo cabrón había callado hasta el último momento.

Joan sabía perfectamente lo que pasaba por la cabeza de Paula y se acercó a ella.

—Espera un momento. No eches a correr. Cenaron juntos, sí. Ese tipo no te ha mentido, al menos no del todo. Pero… hay algo más.

Mil ideas pasaron por la cabeza de la sargento, todos los escenarios negativos posibles: coartadas, amiguismos, pruebas de inocencia…

—¿Qué? ¿Hay más? — Estaba intrigada y quería ya la respuesta.

Joan tomó aire, sabía que lo que iba a decir iba en contra de sus convicciones y más aún de ella. Ella aún era joven, llevaba poco tiempo en el cuerpo y no había tenido que soportar presiones políticas.

—Me dice que Josep se fue temprano, no recuerda exactamente la hora.

—¿No estuvo toda la noche? ¿Estaba a la hora del crimen? ¡Sabemos a qué hora fue!

—Pero espera, a ver… Cómo te lo digo. Que lo dejemos. Que no hagamos nada contra él si no tenemos pruebas irrefutables.

—Pero….

—Que lo sueltes. O lo pillas con un cuchillo en la mano o no lo toques. Esto va así.

—No quiero. No está limpio.

—¡Paula! ¡O lo haces tú o lo hago yo! De verdad, es mejor para todos que lo hagas tú.

Apenas podía contener las lágrimas, no eran de pena. Era rabia hirviendo en el estómago, era fuego recorriéndole la garganta. Sudaba.

Las vísceras se apoderaron de ella y volvió a la sala a grandes zancadas.

Josep seguía sentado y con el rostro relajado de quien sabe que ha ganado. Solo el movimiento nervioso de las piernas indicaba que quería levantarse.

—Señorita, ¿puedo irme ya? Supongo que ya ha comprobado lo que le he dicho.

—Puedes irte, pero a la mínima ocasión volveré a traerte aquí y, entonces, te aseguro que no tendrás la misma suerte.

—Pues buena suerte con eso, sargento.

Carlos le quitó las esposas, y la sonrisa de Josep fue completa.

Josep se levantó, se arregló la americana y salió por la puerta.

Paula tenía que reponerse, coger aire. No entendía por qué, pero quería hablar con Pol. En ese momento la libertad de movimiento de Pol quizás fuese de ayuda. Volver a empezar. ¿Y si la excursión nocturna de Pol volvía a conducirle a Josep?

Se fue a casa, era casi mediodía. Nadie se atrevió a preguntar adónde.

TREINTA

Martes. 27 de febrero.

Paula estaba en casa desde hacía un rato. Después de tener que soltar a Josep por orden de los jefes necesitaba estar a solas. Quedarse en comisaría era un error, el malhumor se había apoderado de ella y no iba a hacer nada sensato. Únicamente podía meter la pata.

Había llegado casi a la hora de comer, pero en ese momento su cuerpo no quería nada. Solo pensaba en gritar. En gritarle al capo que era un mierda, un vendido.

Para tranquilizarse puso la televisión, confiaba en que algo de televisión basura le anestesiase el cerebro y sus neuronas la dejaran tranquila un rato.

Mientras oía los cotilleos más rancios y absurdos envió un mensaje a Pol: lo he tenido que soltar.

En su cabeza seguía manteniendo una pregunta: ¿Por qué buscaba apoyo en Pol?

Ni siquiera confiaba en él.

Cerró los ojos y se durmió, después del pico de adrenalina había venido el bajonazo. La tensión acumulada después del interrogatorio, la rabia por haber tenido que soltar a Josep, le estaba pasando factura.

***

El agotamiento la había tenido dormida hasta que dos timbrazos la despertaron y se removió en el sofá; el ruido del mando al caerse le puso de mal humor. *Quien coño será…*

Se puso de pie pero se sentía como si hubiera bebido y la resaca la empujase de nuevo hacia el sofá, con la cabeza como un bombo.

Iba con un pantalón de pijama corto y una camiseta fina de algodón, le gustaba poner la calefacción a tope.

Caminó descalza hasta la puerta y cogió el telefonillo.

—¿Sí?

—Yo, abre.

Le costó reaccionar, no reconoció la voz al principio. Dudó si debía abrir o no.

¿Qué hacía ahí? ¿Cómo la había encontrado? Pese a las dudas optó por abrir la puerta y, mientras él subía, a ella le dio tiempo a recomponerse.

Abrió la puerta de casa justo en el momento en el que él llegaba, la miró de arriba a abajo y se le escapó una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, cruzándose de brazos—. ¿Cómo me has encontrado?

—Tengo recursos… —seguía mirándola mientras hablaba—. No preguntes demasiado.

—Es tarde, y además la gente normal no va a casa de nadie sin avisar.

—No somos gente normal. Somos policías.

—Yo soy policía, tú ya no —remarcó el «yo» y el «tú».

—Siempre lo seré. Ya te lo dije.

Hubo un silencio, solo un segundo de silencio que pareció demasiado largo.

Paula dudó un instante antes de invitarle a pasar, pero al final dio un paso atrás, dejando espacio. Una invitación no verbal. Pol entró, rozándola apenas.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Quiero lo mismo que tú, coger a los malos. Cuéntame, ¿qué ha pasado?

Ya se arrepentía de haberle dejado pasar. La cabeza le decía que no debía haberlo hecho, pero el fracaso de la detención había dejado sus defensas bajo cero.

Él entró despacio y sin saber adónde ir, hasta que ella le pidió que le siguiese.

La televisión seguía encendida en el comedor. Pol rompió el silencio incómodo.

—Bueno, dime. ¿Se te ha escapado? ¿Cómo ha sido?

—El cabrón tenía coartada —se dejó caer en el sofá por el peso de la frustración—. Cenó con el alcalde y mi jefe. Me han dicho que es intocable, los muy hijos de puta.

Pol intentó contener la mueca en la cara, pero, aunque era apenas visible no lo consiguió. Una de esas que gritan *un te lo dije* sin abrir la boca.

—Te dije que no era él —respondió—. Esa clase de gente no comete errores tan básicos. No dejan el arma en la escena.

Paula torció el gesto. Odiaba cuando alguien tenía razón y se lo restregaba por la cara.

—La coartada no es completa —matizó ella—. Se fue de la fiesta antes de que terminara el sarao.

Los ojos de Pol se abrieron completamente. Su cerebro comenzó a calcular, a girar como un motor bien engrasado, intentando encajar las piezas.

—Nada, no cambia nada —murmuró—. No lo pierdas de vista, pero… me juego la mano a que no es él.

—Ojalá la pierdas de verdad, listo.

Pol cambió de tema volviendo al asunto de David y los pisos. Estaba claro que ninguno de los dos eran de un crío como ese. Solo tenían que comprobar de quién era el segundo; el primero sabía que era de Ada.

—Mira a ver si averiguas de quién es el segundo piso, tenemos que atar cabos.

A ella se le arrugó la frente, pero cogió el ordenador y rápidamente accedió a la base de datos de nuevo. Evidentemente la respuesta no había cambiado: Miquel Sala Vilanova y Nuria Padró Martín.

Giró el portátil para que él pudiera ver los nombres.

—¿Te dicen algo estos nombres?

—Nada. Necesitamos una lista de todos los relacionados con la ONG —añadió.

Paula, casi por inercia, metió la mano en su bolso y sacó una pequeña libreta. La lanzó hacia Pol con un gesto que mezclaba frustración y complicidad.

—Ahí lo tienes —dijo—. A ver qué sacas.

Pol comenzó a revisar los nombres, le costaba entender la letra, pero repasaba uno a uno.

De repente, se detuvo marcando uno.

—¡Eh! ¡Ep! Mira esto —su dedo señalaba un nombre—. Lidia Sala Padró.

Paula se acercó. Su cerebro comenzó a conectar.

—¡La chica de recepción! —exclamó—. Josep y el padre de esa chica son socios en el bufete. ¡Cómo no me di cuenta antes!

—Tranquila, joder. Tiene pinta de lío de faldas, no de asesino en serie… —se le escapó una mueca machista—. Yo creo que la que manda es ella, jajaja.

—No, si aún aplaudirás al crío ese… Hay que seguir este rastro, no tenemos más…

Los movimientos de cabeza de Pol decían que no, estaba convencido de que debían seguir el camino que llevaba hasta Ada.

—Hay que hablar con Ada. Que explique la casualidad de estar cerca de Lluís el día que lo mataron.

—Pol, mírame. No vas a hacer nada. Yo iré a ver a David, está conectado con Josep. ¡Josep le da clase! ¡Seguro que le ha metido esas ideas de mierda en la cabeza!

—¡Vale! Tú vas a ver a David… y yo veré a Ada. Pero una cosa… Ten cuidado no venga también a verte por la noche y haga triplete —ahí sí que ya no pudo evitar la risa.

—Mira… de verdad que está muy bien el rollo de poli que llevas. Pero escúchame bien —su voz sonaba cargada de tensión—. Tú no eres policía. Ya no. Así que vas a quedarte al margen, ¿entendido?

Pol la miró por un momento, le hacía gracia verla ponerse tan seria. Ella lo notó, pero no le molestó.

—Vale, Sargento, lo que usted diga.

—Joder, mientes de pena. Y además, tienes la gracia donde yo te diga. Anda vete, que ya es tarde.

TREINTA Y UNO

Miércoles, 28 de febrero. Por la mañana.

La sala de interrogatorios olía a desinfectante rancio, habían tenido que fregar después del último interrogatorio y el olor aún era dueño de ese espacio.

Trajeron a David desde recepción; aunque no iba esposado, su cara era de condenado. Las piernas le fallaban por la tensión y se sentó frente a Paula. Las manos recorrían sin parar la fría superficie metálica de la mesa.

Había acudido a la llamada de la sargento, intentando proyectar una calma que no sentía, como un estudiante ante un examen sorpresa.

Paula no perdió el tiempo con cortesías, ese caso no dejaba de complicarse y no había tiempo que perder. Dejó sobre la mesa una fina carpeta de color marrón con el nombre de David escrito a mano, pero no la abrió; quería que viese su nombre en la carpeta. Quería que viese que estaba vigilado.

Fijó sus ojos sobre él.

—David. Gracias por venir tan rápido. Vamos a hablar de Josep Sancho.

Una descarga eléctrica recorrió la médula espinal de David y su cuerpo reaccionó tragando saliva y tensando el cuello.

—Claro. El profesor Sancho… Es una tragedia todo lo que está viviendo.

—Lo es —convino Paula con su tono más conciliador—. Sabemos que tienes… buena relación con él. Que admiras su trabajo. Sus clases.

—Es un gran profesor. Muy inteligente. Aporta una visión contundente de algunos aspectos. De la sociedad y cómo debe organizarse.

—¿Una visión clara? —repitió Paula, ladeando ligeramente la cabeza—. Hemos leído algunas de sus teorías. Sobre la distribución de recursos, la productividad social… Ideas fuertes. ¿Las compartes?

David desvió la mirada hacia la pared desnuda y por un instante sus pensamientos se convirtieron en recuerdos. Volvió a recordar cómo había conocido a Josep.

Fue en su primer año de carrera; él era de un pueblo pequeño, demasiado lejos como para ir y venir cada día a la universidad, así que tenía mucho tiempo todos los días. Lo aprovechaba para asistir a asignaturas libres y, en una de ellas, conoció a Josep.

Tan pronto empezó la clase se sintió atrapado por el magnetismo de ese hombre, la fuerza y convicción con la que era capaz de argumentar sus ideas eran especiales.

Al cabo de un tiempo empezaron a hablar sobre las teorías de Josep y la ONG que dirigía; a pesar de la diferencia de edad, empezó una amistad y David se decidió a seguir la estela de ese hombre y participar en la ONG. Para él, Josep era un ejemplo a seguir.

Paula miraba a ese chico. Se había quedado callado, perdido en sus pensamientos. Cogió la carpeta marrón y la golpeó contra la mesa.

El ruido de la carpeta contra la mesa metálica retumbó en la sala y rescató a David de sus pensamientos.

Titubeó, casi podría decirse que tartamudeó, pero al final retomó su respuesta.

—Son ideas académicas, sargento. Para debatir. No creo que el profesor… no creo que tengan nada que ver con todo esto que está pasando. Él dedica su vida a ayudar en la ONG.

—Ayudar —casi susurró la palabra—. Y sí, hablemos de la ONG. Hablemos de Ada Camps. También tienes buena relación con ella, ¿verdad?

Los hombros del chico se tensaron subiendo un poco. Cruzó los brazos delante del pecho y miró a Paula sin saber cómo reaccionar a esa pregunta.

—Ada es… una buena amiga y se desvive por esa gente.

—Lo sabemos. Y sabemos que lo pasó terriblemente mal con lo de Lluís Sancho. El hermano de Josep. Otro… ¿paria? ¿Es así como lo diría tu profesor?

David frunció el ceño.

—No sé a dónde quiere llegar. Pero para Ada todas estas muertes están siendo duras.

Intentaba ser pausado, vocalizar, pero los nervios se apoderaban de sus cuerdas vocales haciéndolas vibrar más de lo necesario.

—¿Te ha contado ella algo sobre él? ¿Sobre su relación? ¿Sobre cómo murió realmente? —fue una ráfaga de preguntas.

El chico no sabía por dónde salir y respondió negándolo todo; únicamente al final dijo: —¡No! Eso son cosas de su pasado. No es asunto mío.

La policía se puso de pie para mirar desde arriba a ese chico antes de volver a la carga.

—¿Estás seguro de que nunca te ha dicho nada de su relación con Lluís? ¿No sabías que seguían viéndose? ¿Sabías que la han identificado cerca de la casa de Lluís el día de su muerte?

El chico mentía o, como mínimo, ocultaba algo. No podía ser tan tonto. Su nerviosismo era palpable, los nudillos se le blanqueaban al apretar las manos con fuerza.

—David, la gente habla. Todos sabemos que Ada y tú tenéis una relación íntima, más que compañeros de buenas obras.

Él permaneció en silencio. Le dolía la boca de apretar tanto la mandíbula.

Paula se inclinó hacia delante de nuevo, bajando la voz, confidencial pero incisiva.

—Sabemos que las cosas son… complicadas. Entre tú, Ada… Lluís, la chica de recepción… Hay muchas conexiones y daremos con la buena.

David renegó moviendo la cabeza.

Paula hizo una pausa, dejando que el silencio se hiciera espeso en la pequeña sala. Luego, con una calma casi casual que contrastaba con la tensión acumulada, lanzó la última pregunta.

—Por cierto, David… háblame de tus visitas nocturnas al chalet. ¿Sabe Ada dónde duermes cuando sales de su piso por la noche? ¿Le dices que te vas a tu casa? Si le pregunta dónde duermes, ¿acertará o tendré que explicárselo?

Un manto de palidez cubrió la cara de David, como si le hubieran golpeado en la nuca y el aire de sus pulmones se hubiera escapado.

Paula acababa de hacerle más daño de lo que ella misma podía imaginar.

TREINTA Y DOS

Martes, 27 de febrero. Noche avanzada.

La Rambla Nova estaba más tranquila a esa hora, las luces de los escaparates apagadas, solo el resplandor amarillento de las farolas y el murmullo lejano del mar. Pol esperó en la esquina opuesta al portal del 333, el edificio modernista donde David había entrado la noche anterior: el piso de Ada.

La vio llegar poco después de las once, acababa de terminar el turno de cenas en la ONG. Caminaba rápido, encogida dentro de su abrigo con la mirada fija en el suelo.

Pol cruzó la calle y la interceptó justo antes de que alcanzara el portal. Ella no le vio venir.

—Ada.

Ella dio un respingo y levantó la cabeza bruscamente. Sus ojos se abrieron con sorpresa y al reconocerlo se endurecieron.

—¿Qué quiere? Déjeme en paz.

—Necesito hablar contigo. Sobre Lluís Sancho.

Oír ese nombre fue como recibir un puñetazo en el estómago. Dio un paso atrás, buscando instintivamente la protección del portal a su espalda.

—¿Qué pasa con Lluís? No tengo nada que decir sobre él. Es una pena cómo ha acabado.

—El pasado tiene la mala costumbre de volver, Ada. —Se acercó a ella, mantuvo la voz suave pero firme—. Te vieron cerca de su casa, el día que murió.

La sangre abandonó el rostro de Ada. Se apoyó contra la pared de piedra del edificio, su respiración agitada.

—Eso es… eso es mentira. ¿Quién le ha dicho eso? ¿Uno de sus amigotes? No puede fiarse de…

—No importa quién lo dijo. Importa si es verdad. —La miró fijamente—. Estuviste allí, ¿verdad?

Ada desvió la mirada, sus ojos recorrieron la calle buscando una vía de escape mental. La calle estaba vacía, ocupada solo por el viento frío que venía del mar.

—¿Por qué fuiste, Ada? ¿Qué pasó allí?

—¡Déjeme! —su voz fue un susurro cargado de pánico—. Usted no entiende nada. Lluís… él…

—¿Él qué, Ada? ¿Te amenazó? ¿Estaba metido en algo relacionado con las otras muertes?

Ella sacudió la cabeza con vehemencia, las lágrimas empezaron a brillar en sus ojos bajo la luz de la farola.

—No… Joder, no. No era eso. Yo solo…

Pol suavizó un poco el tono, adoptando la calma del interrogador que ofrece una salida.

—Mira, sé que esto es un infierno. Cuatro muertos ya. Quizás Lluís sabía algo, quizás tú intentaste ayudarle… o pararle. Si sabes algo, si estuviste allí y viste algo…

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Su cuerpo temblaba visiblemente.

—Sí… —el monosílabo era apenas audible—. Sí, fui a verle.

Pol esperó, sin interrumpir. Ahora tenía que dejarle hablar, ya había roto sus defensas.

—Quería… quería hablar con él. Por última vez. Que parara… que buscara ayuda de verdad. O… o decirle que se acabó. Que no podía ayudarle más. —Su voz se quebró.

—¿Y qué pasó cuando llegaste? —preguntó Pol, manteniendo la calma.

Ada cerró los ojos con fuerza, como reviviendo el momento.

—Cuando llegué… la puerta estaba entreabierta. Lo llamé. No contestó. Entré… y… estaba metiéndose mierda. Otra vez.

Ella poco a poco, entre sollozos, le explicó su historia. Se conocían de toda la vida, y durante un tiempo tuvieron una relación especial, pero hacía ya años que la droga le había hecho irse de este mundo.

—Hacía años que no era él —lloraba—, pero le sigo… le seguía teniendo cariño.

—¿Qué más? Ada, ¿pasó algo más?

—Discutimos, nos gritamos. Me dijo que le daba igual, que no necesitaba a nadie. Me fui, no podía verle así.

—Así, ¿sin más? —tenía la mirada clavada en ella.

—No… Llamé a Josep, le dije que cuidara de su hermano, que no estaba bien. —Marcó el código de seguridad, la puerta se abrió.

—Ada, Lluís murió justo después.

Pol llamó a Paula.

Tenía que contárselo. Le había prometido que no haría nada, pero ella sabía que le mentía.

TREINTA Y TRES

Miércoles, 28 de febrero. Por la mañana.

La misma sala de interrogatorios. Solo una hora después, sin tiempo a que hablasen entre ellos. El olor a desinfectante seguía pegado a las paredes, al metal frío de la mesa.

Ada Camps se sentó donde antes lo había hecho David. La convocatoria a comisaría la había puesto visiblemente nerviosa, pero trataba de ocultarlo tras una máscara de colaboración forzada.

Paula entró sola esta vez, con el mensaje de Pol grabado en la cabeza, listo para ser usado si era necesario. Y seguro que lo sería.

Dejó la misma carpeta marrón, con el nombre del interrogado sobre la mesa, un objeto ya familiar en esa habitación opresiva. No se sentó de inmediato. Se quedó de pie, observando a Ada.

—Ada. Gracias por venir.

—No tenía mucha opción, ¿verdad? —La voz de Ada tenía un filo de resentimiento.

—Siempre hay opciones. Pero creo que venir era la mejor. Vamos a hablar de Lluís Sancho.

Ada suspiró, un gesto estudiado de cansancio.

—Ya se lo expliqué a su compañero. No tengo nada nuevo que añadir. Fue una tragedia. Lluís tenía sus problemas.

—Problemas que usted conocía bien. Muy bien, de hecho. —Paula se acercó un paso—. El pasado no se borra fácilmente, Ada. Sabemos que estuvo en su casa el día que murió.

—Sí, estuve allí y sí, hablé con él. He estado muchas veces, muchas. Pero no lo maté, Lluís era muy importante para mí.

—Quizás no lo matase, pero estuviste allí. Y no nos lo dijiste. Eso se llama ocultar información. —Paula hizo una pausa, dejando que las palabras pesaran—. También hemos hablado con David.

La mención de David hizo que sus músculos se agarrotaran hasta dolerle. Sus manos, que jugueteaban nerviosamente en su regazo, se quedaron quietas.

—¿David? ¿Qué tiene que ver él en todo esto? Él… él no sabe nada de mi historia con Lluís.

—¿Estás segura? —Paula se sentó por fin, inclinándose ligeramente hacia delante—. Parecía afectado. Confuso. Nos dijo que las cosas entre vosotros últimamente eran, ¿cómo lo dijo?, difíciles. Que notaba la distancia. Que quizás él… bueno, que tenía otras inquietudes. Quizás veía a alguien más.

Paula jugaba con las ambigüedades, con medias verdades y frases incompletas dejando que el subconsciente de Ada saliera a relucir sacando sus miserias a flote.

El impacto fue inmediato.

La sangre desapareció de la cara de Ada, dándole un aspecto pálido. La máscara se hizo añicos, reemplazada por una mezcla de incredulidad, dolor y rabia.

—¿Alguien más? ¿David dijo eso? ¡Después de todo!

Las lágrimas asomaron, pero eran lágrimas de rabia más que de pena. Paula supo que había tocado la fibra correcta.

—Él no dijo nombres, Ada. Solo dijo que necesitaba espacio. Que no le entendías, que vivías en el pasado —Paula dejó que la insinuación flotara, venenosa.

—¡Claro! ¡Y Josep y la puta niña esa le entienden! —Ada casi escupió las palabras—. ¡Sé perfectamente quién le entiende! ¡Siempre pegados, siempre cuchicheando! ¡Esa niñata de recepción!

Paula arqueó una ceja, manteniendo la calma. Quería una confirmación. —¿Hablas de Lidia?

—¡Sí! ¡Lidia! ¡Siempre alrededor de él! ¡Con sus miraditas, haciéndose la mosquita muerta! ¡Le ha comido la cabeza! Esa niñata es amiga de Josep, es casi su ahijada. David y ella se conocieron en la universidad. ¡Hace con él lo que quiere!

Paula se mantuvo en silencio, una invitación sutil para que Ada siguiera hablando, pero ella no tenía nada más dentro.

La muerte de Lluís y la traición de David acercándose a esa chica hicieron que empezase a llorar y no dijese nada más.

Paula salió de la sala, casi sin despedirse. Detrás de ese grupo de voluntarios había una telaraña de relaciones, de rencillas personales que se confundían con las pistas de los crímenes.

TREINTA Y CUATRO

Jueves, 29 de febrero. Poco después de la medianoche

El frío le azotó el rostro al salir a la calle, ni la bufanda en el cuello consiguió protegerle.

Acababa de discutir con Ada y se había vaciado emocionalmente; no quedaba una gota de ánimo en él. Su alrededor se derrumbaba sobre él como un edificio quebrándose: la policía vigilando, Josep en su peor momento, el distanciamiento con Ada y los secretos.

Sobre todo, los secretos.

Tenía pocos, realmente solo uno, pero era enorme. Un secreto tan grande que parecía indomable. Caminaba a paso rápido, como un animal que busca refugio al oír la tormenta.

Pero no podía huir.

Aún tenía una cita pendiente esa noche, una más, la última pero la más importante.

Una llamada que el teléfono no reconoció, una voz saliendo del altavoz, fría y urgente.

Le había advertido. Tenían que ponerse de acuerdo, aclarar los siguientes pasos. Su interlocutor le esperaba; era una silueta recortada contra las luces lejanas del puerto en el lugar convenido: el Balcón del Mediterráneo.

Se acercó, el corazón le latía como un tambor en el pecho. La figura se giró. No hubo saludo, solo la continuación de una conversación que llevaba días pudriéndose por dentro.

—Te lo advertí. —La voz era cortante, desprovista de cualquier calidez—. Te dije que si estábamos en esto era hasta el final, sin mirar atrás.

David apretó los puños.

—Esto…, esto se nos ha ido de las manos. La policía sabe demasiado. Nos hemos expuesto demasiado. Ha sido todo demasiado rápido, te lo dije —su voz estaba cansada—. Demasiado rápido.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué fuera fácil? ¿Qué nadie se diera cuenta? —hubo una sonrisa seca, cínica—. Lo importante es mantener la calma. Seguir el plan. No mostrar fisuras.

—¿Plan? No lo hemos seguido. ¡Nos lo hemos saltado! —la voz temblorosa sonó demasiado alta en esa noche tranquila—. Ramón... él no estaba en el puto plan.

—¿Ramón? Tú lo oíste en el comedor, y tú me avisaste: sabía demasiado —tenía la acusación en la mirada—. Tú lo provocaste, no lo olvides… y era un peligro para nosotros, para los dos. Y si no te callas, también lo serás tú.

La figura dio un paso hacia él, invadiendo su espacio.

—David, ¿ya no crees en esto? ¿No ves que es necesario?

Poco a poco se habían acercado a la barandilla metálica, esa que hay que tocar al menos una vez si estás en la ciudad.

Detrás de ellos el mar, negro, callado, un testigo involuntario. El viento empujaba el olor a sal, a sal y a enfrentamiento.

—Yo no quería esto —murmuró David; el miedo guió su cuerpo instintivamente.

—¡Pero lo hiciste! ¡Estamos juntos en esto desde el principio! Lo pensamos juntos, lo creamos juntos…

El tono se elevó, la agresividad se mostraba latente.

—Estabas conmigo, estábamos juntos, como en todo… —había una brizna de cercanía en la cara—. No puedes echarte atrás ahora. Nos hundirías a los dos. ¡A todos!

La discusión subía de tono, un torbellino de acusaciones y pánico.

—Me has arrastrado, me has engañado —los sollozos entrecortaron las palabras.

—Eres un puto crío, un niñato, un cobarde. Nadie te ha engañado. ¿Ahora lloras? ¿No ves que es necesario?

David se sentía atrapado, la mirada acusadora y la dureza de la discusión le oprimían el pecho.

Necesitaba tener más espacio, quería que el aire le llenase los pulmones e intentó conseguirlo haciendo sitio, extendiendo su brazo.

No calculó bien y, en lugar de conseguir espacio, golpeó a la figura, un golpe seco en el pecho que hizo que retrocediera.

No lo esperaban, ninguno de los dos. La extrañeza dio paso al sentimiento de lucha, la desconexión entre los dos era total. El aire, frío y cargado de tensión, se había llevado cualquier rastro de complicidad entre los dos, de apego del uno por el otro. De repente, ese gesto involuntario, ese golpe accidental, había desatado la locura.

Arremetió como un animal herido, y él no supo defenderse; el miedo fue quien se puso al mando y el reflejo le hizo saltar para apartarse.

No tuvo tiempo suficiente. La embestida de su rival fue tan brutal que su cuerpo, ya desequilibrado por el salto evasivo, se elevó por encima de la barandilla, indefenso ante la caída.

El desequilibrio fue instantáneo, tan repentino como brutal. Un empujón, un golpe en el momento justo y en el sitio exacto. De repente, la barandilla fría y metálica ya no estaba detrás de él, sino delante.

En el instante final, con el último intento por agarrarse a algo, por agarrarse a la vida, estiró el brazo y cerró su mano sobre la ropa de su verdugo.

Fue un breve espacio de tiempo, que transcurrió a cámara lenta para los dos. El verdugo golpeó con fuerza la mano que aún mantenía a David conectado a la vida. El dolor fue tan intenso que un reflejo nervioso hizo que los dedos se abrieran. Lo justo para resbalar, pero lo suficiente para que él se aferrara a un adorno metálico que su verdugo tenía en la manga. Como un recuerdo que se llevaría para siempre.

El vacío lo reclamó, y la gravedad se adueñó de su cuerpo.

Cerró los puños, abrió los brazos y por un instante se sintió ligero, se sintió sin carga.

Fue una fracción de segundo, enseguida la ingravidez dejó paso al vértigo de la caída, a las luces alejándose. El secreto que le atormentaba subió al cielo como un globo empujado por la corriente.

El aire rugía en sus oídos y entraba en su garganta ahogando cualquier grito que pudiera haber intentado escapar.

Los músculos se tensaron y los espasmos le agarrotaron el cuerpo entero.

La caída se aceleró, causándole terror; no hubo tiempo para la reflexión, solo para un destello de pánico puro mientras el suelo se abalanzaba sobre él.

El impacto fue un sonido nauseabundo, una mezcla ahogada del golpe seco y el crujido horrible de huesos astillándose.

Una explosión eléctrica recorrió todas las terminaciones nerviosas hasta el cerebro al impactar contra el suelo; cualquier pensamiento o cualquier sensación cesaron en el breve instante en que su cabeza se quebraba contra una piedra.

Donde los huesos buscaron salida a través de la piel, la sangre brotó inmediatamente, oscura y espesa. Un río rojo oscuro comenzó su camino desde su cabeza formando un remanso sobre el que el chico se apagó.

La explosión, como el Big Bang, fue un instante; luego, la quietud absoluta.

El único movimiento era el del viento que venía del mar y el lento transcurrir del río de sangre. Su mano derecha permanecía cerrada, su recuerdo seguía con él.

Su verdugo lo observó caer, reconoció el reclamo del vacío y el terror en su cara mientras se precipitaba. Fue un instante, un suspiro, hasta que el cuerpo estalló contra el suelo.

Comprobó que no hubiera testigos. Un jadeo surgió de sus pulmones y se escapó entre los labios. Bajó la mirada y se alejó, sin mirar atrás.

Esta vez, no hubo victoria. Solo el vacío.

TREINTA Y CINCO

Jueves, 29 de febrero. A primera hora de la mañana.

El grito ahogado de la mujer que paseaba al perro por el paseo marítimo rompió la calma del amanecer. Enfrente de ella, junto a las rocas, yacía un cuerpo roto. Inmóvil.

De forma instintiva miró hacia arriba, hacia el Balcón. Temblando, y sin acercarse al cuerpo llamó al 112. Apenas balbuceaba mientras desde el control de emergencias le pedían la ubicación.

Las sirenas no tardaron en ahuyentar el silencio.

Los primeros en llegar fueron los policías locales, siempre de ronda, siempre en marcha. Pararon el coche en medio de la calle, junto a la mujer que les llamaba haciendo aspavientos. Uno de ellos fue directo hacia el cuerpo; lo que vio le provocó una arcada que apenas pudo retener en la boca.

Después llegó la ambulancia, los sanitarios enseguida confirmaron lo inevitable. No hicieron falta pruebas, la muerte se hacía notar. Se veía, se olía.

Los policías locales acordonaron la zona justo después de llamar a los Mossos, ellos se encargarían a partir de ese momento. Ellos se limitarían a mantener a raya a los madrugadores curiosos atraídos por el bullicio.

Paula llegó cuando el sol empezaba a despuntar sobre el mar, tiñendo de naranja las nubes bajas.Le habían avisado media hora

antes.

El frío era cortante, aquel maldito aire no cesaba.

Se acercó al cordón policial mostrando su placa; todos la conocían, pero era un hábito. Un agente local la puso al día.

—Caída desde arriba, sargento. Desde el Balcón. Diría que murió en el acto. Joder… menuda hostia.

Paula le puso una mano en el hombro y sin decir una palabra más se acercó al maltrecho cuerpo. Se encontró un cadáver desfigurado. El impacto había destrozado el cráneo y llevaba una máscara de sangre seca en la cara.

Daba igual, la máscara no era suficiente para ocultar su identidad; supo quién era. Se giró alterada hacia el policía local.

—¿Identidad? ¿Tenía encima la documentación? —preguntó, pero sabía la respuesta.

—Sí, sí… espere… —el agente consultó su libreta—. David Padilla. Un chaval joven, veinticuatro años…

La confirmación de lo visible le hizo reaccionar. ¡David! El chico al que había interrogado apenas unas horas antes, el que había palidecido al preguntarle por el chalet. El chico atrapado entre Ada, Josep y sus propias mentiras. Esto podría ser el final del caso.

Subió al Balcón. Otro equipo de Mossos ya estaba allí, examinando la barandilla, el suelo, buscando cualquier indicio. No había signos perceptibles de violencia.

Nada fuera de lugar, ni había sangre, ni restos de lucha. Nada. Parecía que había caído solo, un fallo, un descuido o una decisión cobarde.

Miró hacia abajo. La altura era considerable, calculaba unos veinte metros de caída. Definitiva.

Volvió a bajar al paseo, al punto del impacto, y se acercó al cuerpo cubierto por una lona térmica. Se agachó junto a Elena, del equipo forense inicial, que había llegado hacía unos minutos.

—¿Tienes algo?

—Pues, tú misma. Tú lo puedes ver, traumatismos múltiples incompatibles con la vida. Vamos, la causa parece obvia, ¿no crees?

A falta de una autopsia completa, parecía una caída limpia. No mostraba heridas defensivas. Las manos estaban cerradas, algo bastante común en caídas así, por el espasmo o el impacto. O por el miedo.

El suicidio flotaba en el viento. Tenía sentido. Tenía todo el sentido conociendo a ese chico, David estaba acorralado.

La presión de los interrogatorios, las relaciones tóxicas en las que estaba envuelto, la posible influencia de Josep, la tensión con Ada, la conexión con Lidia... Podía haberse roto. Podía haber decidido que saltar era la única salida.

Un hilo de culpa quiso colarse en su cabeza. ¿Acaso el interrogatorio había sido el detonante? Paula no quiso dejar espacio a la duda, había hecho lo que tenía que hacer.

Paula llamó a Joan Vall, no podía esperar.

—Joan, tenemos otro cuerpo. Pero esta vez es diferente, no es un mendigo, es uno de los sospechosos: David Padilla.

Paula le explicó que esa madrugada habían encontrado el cuerpo a los pies del Balcón del Mediterráneo. Todo indicaba que se trataba de un suicidio, se había lanzado buscando una salida.

Hubo un silencio al otro lado.

—¿Suicidio? —la voz de Joan sonaba cautelosa—. ¿Estamos seguros?

—Todo apunta a eso. Estaba hasta el cuello, le presionamos ayer... No sé… igual pinchamos en hueso, quizás no aguantó. Parece que el asesino se ha quitado de en medio.

—Joder, esto cada vez se pone más feo. Bueno, asegúrate de que se haga todo según el libro. Autopsia completa, tóxicos, todo. No quiero sorpresas.

—Descuida. Protocolo completo. Pero... parece que se acabó, Joan.

—Esperemos. Voy a llamar al *capo*, seguro que se alegra de cerrar esto de una jodida vez.

Colgó. Ahora quedaría marcada como la pardilla que se equivocó de sospechoso. Para el *capo* sería siempre esa pardilla. La que quiso cargarle el muerto a su amigo.

Caso cerrado.

El asesino se había suicidado.

Debería sentir alivio, la satisfacción del deber cumplido, aunque fuera con un final trágico. Pero no sentía nada de eso; se sentía vacía. La duda le recorría todo el cuerpo y le provocaba dolor de estómago. Su instinto ya le había fallado una vez, pero algo no encajaba del todo.

Observó cómo preparaban el cuerpo de David para el traslado al Instituto de Medicina Legal. No pudo evitar fijarse en los puños cerrados, era sorprendente cómo reacciona el cuerpo cuando se da cuenta de que va a morir.

Esa imagen, la del puño cerrado de David, se quedó grabada en su retina. «Protocolo completo», se repitió a sí misma, como un mantra.

Antes de irse se acercó a Elena.

—Elena, por favor. Todos con este caso. Ahora no hay otro.

—Sí, sí, tranquila. Haremos todo lo posible.

—Y un poco más —sonrió, sabía que Elena era consciente de la situación—. Gracias. Si alguien se entromete avísame, sea quien sea.

Quizás el protocolo revelaría algo que la escena, tan aparentemente clara, estaba ocultando.

Quería hablar con Pol. Él siempre dijo que no era Josep, seguro que se lo recordaría.

TREINTA Y SEIS

Jueves, 29 de febrero. Por la mañana.

Se subió al coche y conectó el teléfono al manos libres. Buscó el nombre de Pol entre las llamadas recientes. Pensó que estaba en la lista de recientes y de frecuentes; no era capaz de recordar en qué momento empezó a confiar en él. Apenas unas noches antes, por un instante, hubiera jurado que era el asesino.

Ahora ya no era así, aunque aún sentía que había algo triste en él, en su gesto y su forma de actuar: no era un asesino.

Cogió la llamada enseguida, debía estar de camino al trabajo.

—Hola… Me pillas llegando al curro. ¿Todo bien?

—David se ha suicidado. Ya está.

—¿Qué? ¿Cómo?

Lo había oído perfectamente, pero no lo encajaba.

—Se ha tirado por el Balcón. Lo han encontrado esta mañana, menudo trauma le va a quedar a la pobre que se lo ha encontrado. Está destrozado.

Pol guardó silencio un momento, pero ella casi podía oírle pensar; imaginaba las neuronas trabajando a mil por hora como pequeñas obreras a destajo.

—¿Estás segura? ¿Ha dejado una carta? ¿Una carta? ¿Un mensaje?

—Nada.

—¿Qué dicen los forenses?

Le explicó por encima que no veían señales de lucha o violencia, pero que tenían que esperar al análisis completo.

—Esperaremos… Ojalá sea cierto.

—Te voy diciendo. Estoy llegando a comisaría.

—Ok, ok, una cosa. ¿Ves cómo no era Josep? —la sonrisa debió ser grande porque el soplido llegó hasta Paula.

No se aguantó, y el «vete a la mierda» salió como un disparo de su boca. No sabía si antes o después de colgar.

Ya estaba aparcada. Tenía mucho trabajo esa mañana.

***

Pol entró en la oficina. El trabajo era más aburrido de lo que esperaba y esa noche habían vuelto las pesadillas. Cuando pensaba que dejaba atrás esa noche parecía volver con más fuerza.

No iba a ser un buen día; hacía meses que no había días buenos.

***

Un par de horas después, en el Instituto de Medicina Legal olía a limpio, a desinfección absoluta y a espacios fríos e impersonales, a muerte camuflada.

El juez de guardia había hecho rápido su trabajo y ya tenían el cuerpo de David en la sala de autopsias.

Elena tenía un café sobre la mesa y una napolitana de chocolate en la mano, planificaba los siguientes pasos. La mayoría de la gente

sentiría arcadas viendo el cuerpo de David, sin embargo ella era capaz de comer mientras lo revisaba. Era capaz de comer y hacer chistes.

Sabía que en comisaría estarían alterados, esperando noticias, como quien espera que salga el cirujano en una operación. Pronto tendría una llamada de Paula, estaba convencida.

Se puso manos a la obra. Repasó el informe previo, aunque lo había preparado ella misma junto al cuerpo. Era claro, conciso y sin adornos. No parecía haber nada especial.

Repasó las pertenencias y las clasificó en bolsas, no era nada importante: un móvil con la pantalla rota, una cartera con documentación y un poco de dinero.

Le hizo un TAC completo; necesitaba comprender cómo estaba por dentro.

Ese cuerpo era un puzle, no quedaba un hueso por romperse.

La desaceleración fue instantánea, el impacto contra el suelo fue brutal. La lista era interminable: fracturas medulares y craneales, en las costillas, la pelvis, caderas, fémur... No había una zona intacta.

Muchas fracturas no eran visibles a simple vista, únicamente los moratones delataban lo que había debajo de la piel. De todas ellas, había una que siempre le causaba impresión. El estallido de la base del cráneo dejaba a la vista masa encefálica y provocaba los ojos de mapache, unos oscuros moratones alrededor de los ojos.

Tomaba nota de todo añadiéndolo al informe mientras volvía a mirar el TAC, había un brillo especial en la mano derecha, en la mano cerrada. Subió otra vez el cuerpo a la mesa de autopsias; intentó abrirle la mano, pero no tuvo fuerza suficiente.

—Qué miedo pasaste, eh… —lo dijo en voz alta, como si pudiera oírle.

Tuvo que hacerlo ayudándose de herramientas. Cuando por fin pudo separar los dedos de la palma encontró un pequeño objeto metálico; parecía un adorno y lo tenía clavado en la palma de la mano. Desde luego no era habitual. Lo examinó, no parecía ser algo de la ropa de David. El adorno representaba un insecto.

Lo depositó en una bolsa estéril y lo etiquetó. No era trabajo suyo saber qué hacía ese objeto en la mano de David, pero lo documentó como un hallazgo inusual.

Siguió con el resto del procedimiento, la extracción de muestras para toxicología y así descartar el consumo de algún tipo de droga, medicación o veneno. Nunca se descartaba de antemano; la analítica estaba para eso.

Más tarde vendría el examen interno, que empezaba con una incisión en forma de Y en el pecho y proseguía comprobando visualmente el estado de huesos y órganos. Después sería el turno de la piel, el cuello y el cerebro, recogiendo muestras de todo y haciéndolas llegar al laboratorio.

Habían pasado algunas horas y aún le llevaría un tiempo terminar el informe completo, pero pronto ya podría llamar a Paula y ponerla al día, darle las primeras impresiones.

***

Al mismo tiempo, en comisaría, Paula intentaba cerrar los flecos del caso «resuelto».

Había informado oficialmente a Joan, había iniciado los trámites para archivar las diligencias previas relacionadas con David como presunto autor.

El ambiente en comisaría era alegre; ese caso estaba causando malestar. La gente empezaba a echarles en cara la lentitud en la resolución. Algunos ya le echaban la culpa a Paula, sobre todo los más mayores. No creían que una chica joven fuese capaz de llevarlo.

Sin embargo, Paula no daba señales de felicidad; una duda incómoda se había instalado en el fondo de su mente.

La llamada a Pol unas horas antes, justo después de que ella saliera de la escena del Balcón, no ayudaba.

Las dudas de Pol, con su voz grave y cargada de escepticismo, daban vueltas en su cabeza; era incapaz de tener los pies quietos. Se empeñaban en moverse de forma rítmica bajo la mesa.

Un doble golpeteo en la pared de cristal de su oficina la hizo volver a este mundo.

—Paula, esta mañana ya he hablado con el capo. Le he explicado lo que sabíamos. —Joan sonaba serio.

—Ajá… muy bien...

—Después me ha llamado él...

—¿Y? ¿Qué quería ahora el señor? ¿Qué soltásemos a David? — no pudo reprimirse y se sonrió con su propio comentario.

—Para. No vayas por ahí. Y no, no quería eso. Pero no te alteres.

Joan le explicó que el capo había llamado a Josep para pedirle disculpas por el error de su detención, y que habían acordado hacer una visita a comisaría para zanjar ese malentendido.

—¿Qué? ¿En serio? Pero si no hemos cerrado el caso aún… —la cara se le enrojeció, aquello era una vergüenza.

—No te alteres… esto funciona así… Ya lo aprenderás.

Joan no quería discutir y se marchó, girando sobre sus pies, a su despacho.

Volvió a sus dudas, había despachado a Pol sin hacerle caso porque necesitaba creer que había terminado. Pero aún no estaba hecho y los jefes lo daban por cerrado.

«Joder, ya me los imagino de copas con Josep, riéndose de todo esto, riéndose de mí», pensó.

***

Fue a media tarde cuando sonó su móvil. Era Elena.

Ya era hora; había estado a punto de llamarla más de diez veces, pero increíblemente había mantenido la calma y la había dejado trabajar tranquila.

Cogió el teléfono como un resorte.

—Paula, tengo los resultados preliminares y el informe de hallazgos.

—Sí, dispara. ¿Hay algo raro?

Elena le explicó que todo era compatible con la caída, altos niveles de estrés en sangre, múltiples fracturas que justificaban la muerte. No había señales externas de lucha y nada anómalo en tóxicos básicos por ahora…

Hasta ahí tremendamente profesional, aséptica y limpia como la sala de autopsias. De repente cambió el tono, haciéndolo más melódico, menos burocrático.

—¿No hay nada especial? —dudaba si deseaba reabrir el caso o cerrarlo para siempre. Dependía de la respuesta de Elena.

—Espera, ahora voy. Hemos encontrado algo curioso dentro de su mano, la tenía cerrada con eso dentro. Es un pequeño adorno, podría ser un colgante o un broche con forma de insecto…

Lo adjunto en las fotos del informe. Raro, ¿no?

Paula se quedó helada. ¿Un broche? ¿Un colgante? ¿Un insecto?

—Adelántame las fotos de ese broche. Pásamelas ya… por mail, por WhatsApp, ¡como quieras, pero ya!

Se había puesto de pie. Le temblaba hasta el último poro de la piel, tenía un pálpito. Tenía una intuición. Si el broche representaba lo que ella imaginaba… Qué cerca había estado. ¿Cómo no lo había visto?

El teléfono vibró, lo desbloqueó con un gesto rápido del dedo sobre la pantalla. No era Elena, se encontró un mensaje de Pol: ¿sabemos algo ya?

Paula pulsó el botón de llamada.

—¡Dime!

—Hay alguien más detrás de todo esto… te llamo enseguida. Tengo una intuición.

Colgó, dejó a Pol hablándole a una llamada terminada y sin entender nada.

Brrr-brrr... el teléfono volvió a vibrar. Entonces sí, era un mensaje de Elena. Abrió la imagen incrustada y vio un pequeño broche colorido con forma de libélula.

De repente la imagen de Lidia en la recepción de la ONG le vino a la cabeza como un disparo. Un proyectil que llega sin avisar y explota dentro.

Ahora lo veía claro, como si lo tuviese delante. Esa chica llevaba una libélula tatuada en el cuello… le llamó la atención aquel día porque le pareció bonito, con esos colores tan brillantes…

El corazón le empezó a latir con fuerza.

La duda se transformó en una certeza eléctrica.

El movimiento incontrolable de sus pies se había extendido por todo el cuerpo.

Pol hacía bien en dudar, David no había saltado, o al menos no estaba solo. Antes de irse les había dejado un mensaje. Había sido

un chico listo, había hecho algo bien después de todo.

Cogió el teléfono de nuevo, sus dedos temblando ligeramente al marcar el número de Pol. Necesitaba confirmarlo, necesitaba actuar.

—Pol, soy Paula. Lidia está detrás, David tenía un broche suyo en la mano. Estoy segura. Te veo en la ONG, nosotros llegamos en diez minutos.

—Estoy en casa. Yo llego en dos minutos. ¡Os espero allí!

—No entres. No hagas nada. Recuerda que ya no eres…

—Lo sé, lo sé… —lo dijo con una mezcla de amargura y rencor hacia sí mismo— ya no soy policía.

Mientras Pol contestaba al otro lado, Paula ya estaba haciendo gestos a Carlos y a otro agente cercano.

La calma se había roto. La caza volvía a empezar, pero esta vez, el objetivo era claro.

Salió de su despachó y gritó a sus compañeros.

—Localizad a Lidia Sala Padró. ¡Ahora! —su voz era tensa, urgente—. Que nadie se le acerque solo. Es sospechosa de asesinato. De cinco asesinatos. Está loca.

TREINTA Y SIETE

Jueves, 29 de febrero. Por la tarde.

Dejó caer el teléfono sobre la mesa, al golpearla provocó un ruido sordo pero audible en el silencio del despacho. Josep permaneció inmóvil, con las manos levantadas a la altura del pecho como quien acaba de terminar una tarea.

Aún podía oír la voz del comisario, permanecía presente en el ambiente. Había sido una conversación extraña. Le había explicado que el caso estaba cerrándose, que David se había suicidado, lo que hacía pensar que era el autor de los crímenes.

Suspiró largamente, como un fuelle vaciándose. Sin darse cuenta había estado acumulando la frustración en su interior. Se había llenado de miradas acusatorias, de corrillos que se callaban a su llegada. No mancharían su nombre, le había costado mucho ser quien era; y esa muchacha con ínfulas de superpolicía no lo iba a estropear.

Esa llamada había disipado sus temores personales. No perdería su vida, seguiría con su carrera en los despachos y en la universidad. A pesar de todo eso, algo se removía dentro de él. Una intranquilidad creciente.

Se apartó del escritorio y caminó hacia la ventana. Desde ahí podía ver un callejón estrecho enverdecido por la humedad de ese invierno tan lluvioso y frío.

Debía sentir alivio y alegría, pero no era así. Se había quitado el peso de la mala imagen, de la opinión pública juzgándole, pero aún sentía desasosiego. Algo rechinaba en toda esa historia.

Suicidio, la palabra le golpeaba en las sienes desde dentro. La imagen de David estaba presente, pero no el David de siempre, el jovial y animado, sino otro.

El David de los últimos días: pálido, ojeroso, con la mirada huidiza de quien tiene miedo. El que parecía encogerse sobre sí mismo con cada nueva muerte, con cada pregunta de la policía.

¿David saltando desde el balcón?

Era débil, sí. Influenciable, sin duda. Quizás hasta un cobarde.

¿Tan diferente era el David real del que él conocía? ¿Había sido realmente el autor de esas muertes?

¿Tan perturbado como para quitarse la vida? ¿Tanta culpa sentía?

No era lógico, no era coherente. Lo conocía desde hacía bastante tiempo y ese chico no tenía el valor ni la inteligencia suficiente para pensar, planificar y mucho menos ejecutar los crímenes.

Esas muertes requerían tiempo, planificación, sangre fría y valor. Él no tenía las agallas suficientes como para enfrentarse cara a cara con otro hombre.

Se sirvió un vaso de agua, pero al tragarlo el líquido apenas le humedeció la garganta.

Trató de apartar esa inquietud de su cabeza, pasar página. Al fin y al cabo ya había terminado todo, pero no pudo. Fue incapaz de apartar sus dudas. Fragmentos de conversaciones recientes empezaron a inundarle. En algunos aparecía David, pero no era el protagonista. Eran solo frases sueltas, imágenes apareciendo y desapareciendo en un carrusel mental.

Podía sentir esa calma antinatural, la frialdad dura de quien no siente dolor por lo sucedido esos días. Oía justificaciones basadas en teorías sociales sobre la necesidad de no desperdiciar los recursos. Recordaba el eco de las críticas a David por su debilidad, por su buenismo irrazonable, por "no tener la fortaleza necesaria".

No le había dado importancia, la conocía desde siempre y era como parte de su familia.

Hacía tiempo que sus padres habían muerto, desde entonces la relación con su hermano había sido distante y no había tenido hijos.

Así que, con esa chica, a quien había visto crecer, tenía un vínculo familiar, más intenso y fuerte de lo que hubiera sido normal en otra situación.

Un impulso le arrancó de las cavilaciones y le puso en marcha. Tenía que averiguar si esos pensamientos, los presentimientos y las dudas eran ciertas.

Si estaba en lo cierto, si las dudas eran certezas, él había sido parte de todo. Sin quererlo, sin saberlo.

Se levantó bruscamente, golpeando la mesa con el muslo, haciendo vibrar el vaso de agua.

No podía aceptar la simple versión oficial. Tenía que saber la verdad.

Tenía que enfrentarse a ella.

Buscar una señal, una palabra, una mirada que negara esa terrible sospecha. O que la confirmara, para poder enfrentarse al abismo de una vez por todas.

Ya no pensaba en la policía, ni en las consecuencias sociales. Su única necesidad era una urgencia visceral, la necesidad apremiante de arrancarse esa duda del pecho, aunque la verdad pudiera ser devastadora.

Cogió las llaves del coche y, al girarse, su mirada recorrió el mueble del despacho. En ese instante, el abrecartas, la ausencia del abrecartas, le dio un golpe en la conciencia…

Él no había sido, pero el asesino estaba muy cerca, era parte de él.

Al salir de su despacho se cruzó con algunos de los voluntarios y mendigos.

No dijo nada, ni siquiera se despidió. Su cabeza ya no estaba allí...

TREINTA Y OCHO

Jueves, 29 de febrero. Por la tarde.

Hacía pocos minutos que había recibido la llamada de Paula y menos de un minuto después de colgar el teléfono salió de casa.

Tardó el tiempo justo para coger la cazadora y las llaves.

De su casa a la ONG no eran más de un par de minutos a paso rápido y lo había hecho corriendo.

Estaba delante de la puerta recobrando el aliento antes de entrar. Miró el reloj; Paula y sus compañeros aún tardarían en llegar. Había prometido no hacer nada, pero no iba a esperarles.

Entró sin llamar; vio que en recepción no había nadie. Entró en el pasillo en dirección al despacho de Ada justo cuando ella salía.

—¿Dónde está Lidia? —sudaba, la urgencia le había acelerado el pulso.

La noticia de la muerte de David había llegado como un tsunami, con las lágrimas demacrándole la cara. El maquillaje había cedido y tenía el aspecto de una auténtica viuda. Pol se preguntaba qué le impulsaba a seguir ahí en lugar de marcharse a casa.

—No ha venido. Estará en casa…

Pol no supo distinguir si lo había dicho con compasión o como reproche. La voz era tan amarga que la hacía indescifrable.

—Pues tengo que ver a Josep.

—¡Tampoco está! Ha salido corriendo, no ha dicho ni adiós.

—¿Sabes dónde ha ido? Tengo que hablar con él. ¡Ahora mismo!

—No lo sé. Habló con alguien por teléfono y después de terminar se fue. ¡No lo sé! Esto es una locura… —hablaba despacio, arrastrando las palabras.

Pol la miró con lástima. Era evidente que estaba sufriendo. Vio que ella se daba la vuelta, no tenía la menor intención de hablar más. Él hizo lo mismo; no habría sabido cómo seguir…

Volvió a mirar su reloj, la policía debía estar a punto de llegar.

El reloj marcaba que el corazón le latía a toda velocidad, 140 pulsaciones y subiendo, cerca de la zona naranja.

Hacía meses que no se sentía así, primero la adrenalina y más tarde el cortisol estaban haciendo su trabajo. Se sentía vivo.

Sacó el teléfono del bolsillo del pantalón, buscó el número de Paula y marcó la llamada, pero cuando se lo llevaba a la oreja la vio llegar. Venía corriendo, con Carlos siguiéndola unos metros por detrás; ella sudando por el esfuerzo, pero entera. Carlos jadeaba, su cara suplicaba llegar ya.

No les dio tiempo a llegar y Pol ya les gritó que Lidia no estaba.

Paula cambió el gesto, en el fondo esperaba algo así. Durante todo el camino hasta allí había sido su temor. Ya estaba planeando el siguiente paso.

—Josep tampoco. ¡Aquí no están! No hay nadie.

Eso no lo esperaba.

Paula resoplaba, le faltaba el aire. El último sprint había sido duro, últimamente había entrenado menos.

Pol tomó la iniciativa. —Llama a Josep, Paula. Llámalo. Ya.

Le llevó unos segundos ser capaz, lo que tardó en recuperar el resuello.

Marcó el teléfono de Josep. Un tono, dos tonos… tres y llamada finalizada.

Lo volvió a intentar y la respuesta fue contundente: el teléfono al que llama se encuentra apagado, o fuera de cobertura.

—Ha apagado el teléfono. El cabrón lo ha apagado.

—Dice Ada que Josep recibió una llamada, que fue entonces cuando salió a toda prisa.

El silencio se adueñó del instante. Paula y Pol se devanaban los sesos atando cabos y buscando cómo seguir la caza.

—Están juntos. Paula, están juntos. No sé por qué. Pero están en algún lugar, juntos.

—Mi jefe llamó a Josep esta mañana. Le dijo que el caso estaba cerrado. ¿Por qué está haciendo esto?

—Da igual el por qué. Hay que encontrarlos. Conduces tú.

—Pero ¿a dónde?

—Te lo explico por el camino.

Ella no lo puso en duda, no lo discutió. La voz de él fue tan potente, tan segura que se dejó llevar.

TREINTA Y NUEVE

La puerta exterior del chalet se abrió fácilmente, solo se oyó un ligero chirrido al hacerlo.

Josep aún conservaba una llave. Hacía años que los padres de Lidia le pedían que echara un vistazo a la casa y a la joven, cuando se iban de vacaciones.

Nunca había hecho falta realmente, ella siempre había sido responsable, mucho más madura de lo habitual.

Recorrió el camino de piedra de estilo rústico hasta la puerta de la casa mientras empezaba a llover con fuerza, el aire lanzaba la lluvia contra él.

Repitió la operación con la puerta de la entrada, esa también se abrió. Esta vez en completo silencio. Un silencio cómplice de quien quiere entrar sin ser descubierto.

El silencio era el dueño de la casa. No se oía ningún ruido, la quietud hubiera impresionado a cualquiera que estuviera sereno. Pero Josep no lo estaba; las dudas y los temores habían drogado su conciencia.

Echó un vistazo rápido en la planta baja, sabía que su amigo y su mujer no estaban. Se acercó a la escalera y poco a poco avanzó sobre los escalones de mármol blanco.

Conocía bien la casa, sabía que si Lidia estaba allí la encontraría en su dormitorio.

Estaba sentada en la cama, con la mirada tranquila puesta en una pequeña mochila abierta a sus pies. En la mochila había algo de ropa perfectamente doblada.

Sintió la presencia de Josep y entonces levantó la vista. No había sorpresa en su gesto; transmitía una calma impropia de la situación. Su mirada mezclaba serenidad e indiferencia a partes iguales.

—Josep —dijo, con cara de niña y voz baja—. Sabía que vendrías. Tarde o temprano vendrías. Pero no estoy segura de para qué.

—Lidia... —la voz de Josep era apenas un hilo, cargada de miedo por la sospecha que estaba a punto de confirmar—. David… dime la verdad. ¿Fuiste tú quien...?

Ella ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa casi imperceptible que jugaba en sus labios. Una sonrisa de niña pequeña, orgullosa de su pequeña travesura. Una sonrisa que heló la sangre de Josep.

—¿David? ¿Vienes por David? ¿No ha quedado claro que se tiró por el balcón? Una pena. Siempre fue un poco flojo, ya sabes…

—Dime que sí, que se ha tirado él. Dime que no tienes nada que ver con eso. Ni con la muerte de mi hermano. Fue él, desde el principio fue él. Dímelo. Dímelo, Lidia, dímelo.

Ella se puso de pie y se acercó a la ventana. La luz entraba tamizada por la lluvia y recortaba las sombras en su cara.

Hizo una pausa mirando la calle.

Cogió aire, hinchando el pecho, aspirando el aire por la nariz.

Lo exhaló poco a poco. Y giró la cara hacia él.

La niña pequeña que sonreía tras las travesuras se había ido. La joven risueña que él conocía había abandonado ese cuerpo.

Lo miró y empezó a hablar.

—Era débil, Josep. Un lastre. Como los demás. Iba a derrumbarse, a contarlo todo. Era un cobarde. No podía permitir que arruinara... nuestro trabajo. El trabajo que tú empezaste con tus palabras.

Josep sintió cómo la vista se le nublaba, sentía el suelo tambalearse bajo sus pies. Se sentía flotando.

La frialdad que transmitía Lidia al hablar le atravesó como un puñal. Jamás hubiera imaginado verla así.

Se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Nuestro trabajo? —repitió, la incredulidad luchando contra el horror—. ¿Matar? ¿Asesinar?

—Sí, Josep, llevo años oyendo cómo lo decías. Decir que hay gente que no merece estar en esta sociedad, estar entre nosotros. Vivir de la caridad.

—Niña estúpida. No has entendido nada. Nada. Yo nunca... dije que… nunca quise que… —la rabia y la pena frenaban la lengua de Josep.

—¡Sí! —miró fijamente a su mentor—, tú marcaste el camino hace tiempo. Nos enseñaste a ver quién aporta y quién no. Quién merece algo, y quién no es más que una carga prescindible.

Lo que sentía no era asco, ni asombro. Lo que sentía era una losa de pena que le tiraba de la piel y le alargaba el gesto.

—Solo hemos seguido tu camino. Hemos tenido el valor de hacerlo real, hemos cogido tus ideas, y hemos creado con ellas.

Cuanto más elevaba el tono Lidia, más se hundía Josep en sí mismo. Como en una balanza que se desequilibra, la voz de ella ascendía y las ganas de vivir de él se hundían.

Repasó a cada una de las víctimas y uno a uno los motivos que hicieron que los eligiera.

—¿Tu hermano? Un puto yonki que os jodió la vida a toda la familia —clavó la mirada en los ojos vidriosos de Josep—. ¿Te atreves a decir que no está mejor muerto? ¿Vas a decir ahora que no está mejor muerto? Ojalá se hubiera podrido hace años, no me jodas…

Josep podía reconocer sus charlas en la voz de Lidia. Eran las suyas, sus charlas y sus ideas, pero distorsionadas y adulteradas. La manipulación había conseguido crear una justificación en la cabeza de esa chica.

Veía el abismo que había cavado y desde el que había surgido Lidia convertida en un monstruo.

La boca se le llenó de náusea, la culpa le presionaba la tráquea como una soga a un ahorcado.

—No... —murmuró, retrocediendo un paso—. Yo no quería esto. No es así. Dios mío, Lidia... ¿Qué has hecho? ¿Qué te he hecho?

Ella se acercó, buscando su mirada, esperando quizás la aprobación final, la validación de su mentor.

—¿No estás orgulloso, Josep? Hemos empezado la limpieza. Solo necesitábamos ser fuertes. Incluso más que tú.

Esa última frase retumbó entre las sienes de Josep, el orgullo que demostraba en cada palabra su protegida, casi era su hija, prendió la mecha del horror.

¿Cómo podía contener tanta monstruosidad alguien que lo tenía todo? No lo comprendía y algo se rompió dentro de él.

El horror se retorció dentro de él hasta convertirse en una obligación espantosa, un imperativo salvaje de corregir su creación. La única salida era el silencio definitivo, un acto tan primitivo como la sangre que ahora sentía hervir.

Su cuerpo se quedó paralizado mientras su cerebro buscaba una salida.

Únicamente movía los ojos buscando una respuesta y la encontró en forma de paraguas. Era un paraguas metálico con la empuñadura de madera y unas coloridas libélulas grabadas a mano.

Volvió en sí y su cuerpo recobró la actividad, con paso calmado pero seguro se acercó al paragüero. No era aún consciente del siguiente movimiento, actuaba por instinto. Estaba gobernado por su cerebro reptiliano, ese que controla los instintos más básicos sin atender a la razón.

Lidia vio el cambio en su mirada, la incredulidad y el horror dando paso a una decisión oscura y desesperada. En ese momento conoció el miedo y retrocedió instintivamente.

—Josep... ¿Qué haces? —la seguridad se había evaporado.

Sin ser consciente, sin ser el dueño de sus actos, sin pensar en sus movimientos, Josep cerró su mano sobre el paraguas. Suspiró profundamente, hasta hacerse daño, y después alzó el paraguas sobre su cabeza.

CUARENTA

El chirrido agudo de los neumáticos del coche de Paula rasgó el aire; sintió el corazón martillear contra las costillas cuando frenaron bruscamente tras el vehículo de Josep, aparcado de forma descuidada frente a la entrada del chalet.

Pol fue el primero en bajar del coche, con la mandíbula apretada. Paula bajó del coche mientras echaba la mano a su pistola.

—Ponte detrás. No vas armado.

Odiaba esa punzada de vulnerabilidad, el recordatorio de que ya no era policía. Se pegó a la espalda de Paula, tragándose su frustración.

La puerta estaba cerrada y el acceso por el garaje también. No tenían otra opción que trepar la valla. Era un muro de piedra; Paula empezó a escalar, pero la piedra mojada por la lluvia la hacía resbalar casi a cada paso. Pol la aupó para que alcanzara su objetivo.

Una vez ella estuvo al otro lado, corrió el cerrojo de la puerta, la abrió, y los dos avanzaron en silencio por el camino de piedra que les conducía hasta la puerta principal.

Seguía lloviendo, estaban empapados y el aire les azotaba envolviéndolos.

Al llegar a la puerta vieron que estaba abierta; se oía un murmullo indescifrable, voces explotando. Eran gritos

descontrolados, un río en plena crecida.

—¡Mossos! —el grito de Paula resonó en la entrada, pero nada cambió; el silencio de la planta baja contrastaba con el volcán sonoro de la primera planta.

Intercambiaron una mirada. Entraron rápido, barriendo el vestíbulo y el comedor. Estaba vacío, solo el silencio.

Paula señaló hacia las escaleras.

Subieron conteniendo la respiración.

Amortiguaban los pasos pisando con las puntas de los pies. La urgencia les exigía velocidad, la cordura les suplicaba pausa.

Llegaron al final de la escalera, seguían sin poder distinguir de qué habitación escapaba el torrente de voces.

Seguían sin entender las palabras, pero podían distinguir a dos personas, dos sensaciones. La furia y el horror, uno frente a otro. No había duda de quiénes eran. Dos voces inconfundibles: Josep y Lidia.

Paula daba las órdenes, pero no podía olvidar que Pol tenía razón. «Joder, cómo no lo he visto antes…»

Avanzaban pegados a la pared, despacio. Querían entrar por sorpresa.

Entre latido y latido escucharon un grito de animal asustado, a punto de ser cazado. Les erizó hasta el último milímetro de la piel.

Se precipitaron hacia la puerta abierta del dormitorio.

El tiempo se detuvo completamente, con ellos inmóviles por una fracción de segundo, en el umbral de la puerta.

Vieron a Lidia desplomarse, oyeron el ruido seco del cráneo crujiendo al ser golpeado. Le siguió el eco del golpe de la cara contra el suelo. Y después fueron testigos de un último espasmo.

Minúsculas gotas de sangre aún flotaban en el aire antes de caer al suelo.

El brazo tembloroso de Josep sostenía un paraguas en la mano; la punta, metálica y afilada, aún goteaba sangre.

Él estaba allí de pie, jadeaba, con los ojos rojos y la mirada ausente clavada en el cuerpo, perdida en el horror que acababa de cometer.

Solo el jadeo de la respiración de Josep rompía el silencio.

Levantó la vista hacia ellos, seguían en la puerta. El arma de Paula le apuntaba al pecho. Podría disparar en cualquier momento.

Sin embargo, no había sorpresa en su rostro, ni miedo, solo un vacío desolado y la incomprensión aturdida de que lo acababa de hacer.

—Josep —la voz de Paula se escapó oculta en un susurro.

Él asintió lentamente, su mirada iba desde el cuerpo inerte de Lidia hacia ellos, y volvía al inicio.

Pol puso su mano sobre la de Paula y con suavidad le bajó el brazo, la pistola no iba a hacer falta.

—Ella... ella los mató. A todos —sonaba mecánico, plano como si hubiera desconectado su interruptor emocional—. Dijo... dijo que lo hizo por mí. Por mis ideas. Para seguir mi camino.

Hizo una pausa, tragando saliva con dificultad, el temblor empezó a apoderarse de sus manos manchadas.

—Creé un monstruo de dos cabezas. Y una se comió a la otra, mató a David —lloraba y los mocos le caían como a un niño—. La he tenido que matar.

Después se quedó mudo, con la cabeza perdida en algún lugar lejos de esa habitación. No reaccionó cuando le pusieron las

esposas, ni al oír las sirenas de los equipos de emergencia.

Simplemente se paralizó, se quedó quieto. Su cuerpo estaba agotado, pero su mente derrotada y su alma vacía de emoción, atrapada en una espiral de horror.

No solo había matado a Lidia, su querida Lidia; también era culpable de seis muertes.

Paula y Pol salieron al llegar los refuerzos; ellos se harían cargo de la escena. Se sentaron al abrigo del porche viendo cómo el sol se abría paso entre las nubes.

Se miraron conscientes de que aquello era más difícil de lo que habían imaginado, más duro, más cruel. Los dos habían acertado, los dos se habían equivocado.

La caza del monstruo había terminado.

CUARENTA Y UNO

Viernes, 01 de marzo. Después del mediodía

La luz parpadeante de la comisaría se reflejaba en el cristal de la ventana mientras Paula recogía sus cosas.

El papeleo final del caso «Sin Nombre», como lo conocían ya todos de forma extraoficial entre pasillos, estaba casi listo.

Archivos cerrados, informes enviados y la maquinaria burocrática digiriendo la tragedia para convertirla en estadísticas.

El alivio oficial contrastaba con la pesadez que Paula sentía en el pecho, una mezcla de agotamiento y la certeza incómoda de que la justicia a veces se escribe con renglones demasiado torcidos.

El caso estaba cerrado, sí, pero las cicatrices quedaban.

David muerto, Lidia asesinada —confesando los crímenes ante su mentor y ejecutor antes de ser abatida—, Josep hundido en la culpa de haber sido el catalizador involuntario de un monstruo.

Un reguero de vidas rotas. La mayoría no serían lloradas por nadie.

Mientras guardaba su libreta, su compañera silenciosa, su móvil vibró.

Un mensaje corto de Pol: «¿Café o algo más fuerte esta noche?».

Ella sonrió levemente. Otro mensaje: «Yo invito».

Tecleó una respuesta rápida: «Balcón. 21:00. Y sí, algo más fuerte que un café».

Al otro lado de la ciudad, Pol cerraba la puerta de la agencia de detectives.

Pol había pasado la mañana haciendo un informe sobre una cajera presuntamente ladrona. Había sido un respiro de normalidad absurda después del torbellino de los últimos días.

García le había dado una palmada en la espalda, mezcla de felicitación por haber salido del lío y advertencia para que no volviera a meterse en fregados policiales. «Zapatero a tus zapatos, chaval», le había dicho con su habitual tono socarrón.

Pero Pol sabía, como le había dicho a Paula, que uno nunca dejaba de ser policía del todo. Miró el mensaje de Paula. «Perfecto», contestó.

***

Eran las nueve en punto y la brisa del mar barría el Balcón del Mediterráneo.

El aire era fresco, limpio tras días de lluvia, y el cielo, por fin despejado, mostraba un manto de estrellas indiferentes sobre el negro vibrante del mar.

Las luces de la ciudad parpadeaban a sus espaldas. Paula ya estaba allí, apoyada en la barandilla de hierro negro forjado, la misma que había visto caer a David en su último instante. La imagen era inevitable.

Pol llegó caminando despacio, con las manos en los bolsillos de su cazadora.

Se detuvo a su lado, siguiendo su mirada hacia la oscuridad del horizonte.

—Buenas noches, sargento —dijo él, rompiendo el silencio cómodo que había entre ellos.

—Buenas noches, detective —respondió ella, girando ligeramente la cabeza para mirarle. Había una nueva familiaridad en sus ojos, forjada en la tensión compartida.

Se quedaron callados un momento, escuchando el rumor lejano de las olas rompiendo abajo, contra las rocas donde habían encontrado a David.

—Es irónico, ¿verdad? —empezó Paula—. Toda esa palabrería de Josep sobre la limpieza social, sobre quién merece y quién no... y al final, él mismo crea al verdugo. Y el verdugo resulta ser alguien de su círculo más íntimo, alguien a quien quería y protegía.

—Las ideas son peligrosas, Paula. Más cuando caen en terreno fértil y retorcido como el de Lidia —hablaba mientras sacaba un paquete de tabaco—. Ella solo necesitó un empujón ideológico para justificar su propia oscuridad, la maldad era propia. David... él solo era una marioneta más. Y los otros… solo daños colaterales en su particular cruzada.

—Daños colaterales —repitió Paula con amargura—. Cuatro vidas. Cinco, contando a David. Nadie se preocupaba por Antonio, Tomás, Lluís o Ramón hasta que sus muertes se convirtieron en un expediente. La hipocresía es asfixiante, somos unos cínicos.

—Siempre lo hemos sido, todos lo somos —Pol se encendió un cigarrillo, ofreciéndole uno a Paula, que negó con la cabeza—. La sociedad prefiere mirar hacia otro lado hasta que la mierda le salpica en la cara.

Se hizo otro silencio, pero esta vez cargado de una tensión diferente. Paula observó el perfil de Pol recortado por las sombras de las luces.

—Te metiste hasta el fondo en esto, Pol. Más de lo que exigiría tu… nuevo trabajo. Y no lo digo solo por la pista de las cámaras.

¿Por qué?

Pol dio una larga calada, exhaló el humo que poco a poco se fue fundiendo en el cielo de la noche. Sus hombros parecían soportar una carga inmensa e invisible.

—Supongo que necesitaba demostrarme algo. O quizás expiar algo. —Su mirada se perdió lejos, en el horizonte.

Paula esperó. Sabía que había algo más, algo que explicaba esa mezcla de determinación y melancolía que arrastraba.

—Hubo un caso… Hace unos meses. Justo antes de dejarlo —su voz se volvió más grave, más íntima—. Estábamos cerca, muy cerca. Y ya sabes, presión desde arriba, plazos… Un compañero, Marcos. Joder, éramos más que compañeros. Tomé una decisión, un atajo para cerrar el caso rápido. Pensé que controlaba la situación, pero la cagué.

Hizo una pausa, mirando la punta incandescente del cigarrillo. Paula lo miraba en silencio; quería tocarle, pero no se atrevió. Deseaba que un gesto, como poner su mano en el hombro de Pol, pudiera decirle lo que ella no se atrevía con palabras.

—Marcos fue a hacer una comprobación. Siguiendo mi plan. Fue un error. Lo mataron. —Tragó saliva—. Fue culpa mía. La burocracia, las prisas… mi puto orgullo. Después de eso, no pude seguir. No de esa manera. Necesitaba aire, cambiar… Supongo que por eso volví aquí, a Tarragona. Y por eso, cuando oí lo del primer mendigo… algo hizo clic. Otra vez la sensación de que algo no estaba claro, que las piezas no ajustaban, de que se podía hacer más.

Paula escuchaba en silencio, sintiendo el peso de la confesión en el aire frío. Ahora entendía la urgencia de Pol, su impaciencia con los procedimientos, su necesidad casi obsesiva de resolverlo.

—Lo siento, Pol —dijo suavemente—. La culpa… es una carga pesada. Este trabajo te obliga a convivir con ella a veces.

—Lo sé —asintió él, tirando la colilla al suelo y pisándola—. Pero hay culpas y culpas.

Se quedaron un rato más, sin hablar, simplemente compartiendo la inmensidad silenciosa del mar y el peso de los secretos compartidos y confesados.

La tensión entre ellos se había disuelto, ahora había un respeto mutuo, una complicidad nacida durante esos días, no se habían dado cuenta.

—Bueno, sargento —dijo Pol finalmente, enderezándose—. Supongo que ahora toca volver a la normalidad. Tú a tus casos oficiales, yo a mis pequeños robos y bajas fingidas.

Paula esbozó una media sonrisa.

—Parece que sí, detective. Ha sido… peculiar trabajar contigo. O a pesar de ti.

—Lo mismo digo. Cuídate, Paula.

—Tú también, Pol. Y… ten cuidado ahí fuera. No vuelvas a meterte donde no te llaman, o al menos, avisa antes.

Él le devolvió la sonrisa, esta vez más abierta.

—Lo intentaré. —Hizo una pausa, mirando hacia el casco antiguo —. Oye, Paula... la oferta sigue en pie. Si quieres un café o algo más fuerte, mi humilde morada está a un paso. Sabes que no tengo gran cosa, sigue siendo agua o vino, aún no he tenido tiempo de ir a comprar, pero la compañía mejora la calidad.

Paula le sostuvo la mirada.

Un rastro de sonrisa, esta vez genuina, jugó en sus labios. Sopesó la idea por un instante. Ya no era la policía interrogando a un sospechoso en un piso ajeno, ni él el expolicía resentido y a la defensiva. Algo, definitivamente, había cambiado entre ellos después de esos días oscuros de reproches.

—Está bien, Gutiérrez —dijo finalmente, con un tono que mezclaba la vieja formalidad con una nueva ligereza—. Pero… ¿esta vez me dejarás ver el piso entero o no podré pasar del comedor?

—¿Es un registro o solo curiosidad?

Los dos sonrieron, mirándose a los ojos.

Pol abrió los brazos, una invitación a que le siguiera. Paula dudó solo un instante antes de caer a su lado.

Caminaron juntos, en silencio, alejándose del Balcón y adentrándose en las calles estrechas y oscuras del casco antiguo. Las farolas proyectaban largas sombras que por momentos se mezclaban con las suyas.

El aire seguía oliendo a sal, a trabajo hecho, a heridas que tardarían en cicatrizar. La herida de Pol aún seguía abierta. ¿Se cerraría del todo algún día?

El caso sin nombre estaba cerrado, habían acabado con los monstruos. Al menos con los de carne y hueso.

Muchas gracias por haber leído esta novela.

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una reseña en Amazon.

También te invito a leer la historia del caso que atormenta a Pol. Mi primera novela.

Fuera de lugar: un *thriller policíaco*